

LIBROdot.com

Recuerdos difusos

El relato

El presente relato es una historia ubicada en la época actual. A lo largo del mismo, van apareciendo una serie de circunstancias que contribuyen finalmente a la demostración de la culpabilidad o la inocencia de un acusado. Realidad hecha ficción, ficción hecha realidad, a cual de ellas más irracional.

Sipnosis

Nuria, tras una noche de celebración, es víctima de una agresión que le produce serias secuelas cambiando el rumbo de su vida. Las escasas evidencias y las circunstancias que envolvieron este hecho, hacen que sea muy difícil demostrar la autoría del delito e incriminar a un presunto culpable. ¿Cuál será el veredicto final?.

Relatos de Autor

Hora de dormir - *Intriga*
El don - *Misterio*
Kuemetek - *Aventuras*
Duendes - *Psicológica*
Viaje a Ronda - *Turismo*
Recuerdos difusos - *Policial*
Asunto Cerrado - *Policial*

© Rafael López Rivera
Septiembre 2001
rlr.rlr@terra.es

1. Ellos

Raúl manipuló la botonera de la radio y puso los tonos graves al máximo. El coche palpitaba al son de la música. El equipo estereofónico era una *pasada* y los CD's de *marcha*, con el sonido cuadrafónico envolvente, se escuchaban divinos.

De una forma intencionada, los vidrios delanteros estaban ligeramente bajados para que los sonidos se difundiesen hacia el exterior, haciendo partícipes de su música al resto de los conductores y a los transeúntes. Ésta era su manera de llamar la atención obligando a los demás a que dirigieran, aunque sólo fuese por curiosidad, una mirada fugaz a su coche.

Un vehículo, dicho sea de paso, cuidado con esmero y cariño, equipado con todos los accesorios y extras que su bolsillo le podía permitir. Era perfecto como reclamo para las chicas.

Aparecer con ese carro en la puerta de cualquier local, generaba el mismo efecto en las nenas que el que producía el pavo real en su hembra cuando éste, desplegaba su majestuosa cola llena de colores vivos y atractivos. Raúl estaba firmemente convencido que parte de su éxito como ligón provenía de su carroza.

El coche iba equipado prácticamente con todo lo que se podía incorporar. De exteriores no le faltaba nada, disponía de: alerones, faldones, adhesivos llamativos, llantas guapas, doble tubo de escape cromado y faros antinieblas supletorios delante y atrás. En el interior todavía era necesario cambiar alguna cosilla como poner los vidrios tintados. Esto lo haría dentro de unos meses, cuando llegase la paga extraordinaria de Navidad, la de verano la gastó íntegra en las llantas. A excepción de ese detalle, por lo demás, el coche estaba completito: asientos deportivos, palanca de cambio anatómica, volante de competición, relojes y un equipo de música atronador.

Era viernes, faltaba poco para las diez de la noche. Raúl se dirigía a casa a cenar para después, al cabo de un rato, *maquearse* y salir de caza. La noche anterior también traspasó pero, como no encontró mucha animación, volvió pronto a casa. Los jueves todavía no había muchos noctámbulos. Para ligar, la del viernes era la mejor noche, se llevaba la palma con diferencia. Los sábados aparecían muchas niñas tontas y muchas *yogourcitas* sueltas. ¡Era cuando las dejaban traspasar a todas!. Las chicas que salían el viernes era porque tenían ganas de marcha y no querían esperar hasta el sábado. ¡Éstas eran las mejores!. Además, normalmente, la noche del viernes era más tranquila, menos masificada y, aún cuando no había tanto *ganado*, se ligaba mejor. Las aglomeraciones y el bullicio no ayudaban a *enrollarse*, no permitían mantener una conversación ni contribuían a crear el ambiente y la atmósfera necesaria.

Él era un chico bien plantado: moreno, alto, corpulento, simpático, seguro de sí mismo y con cara de picarón. Poseía mucha labia y dominaba el arte de "comer el coco" a las nenas. Las muchachas acababan sucumbiendo en sus brazos con relativa facilidad, sobretodo cuando las tenía dentro del coche.

¡A ver si hoy tenía suerte!. Llevaba un par de semanas de abstinencia y eso de "no comerse un rosco" no era bueno: ni para el cuerpo, ni para su reputación. El éxito con las chicas era un fenómeno similar al dinero o al trabajo, si los tenías siempre aparecían más, si no los tenías o estabas escaso entonces, no había manera de obtenerlo.

Raúl estaba al volante de su llamativo automóvil inmerso en estos planteamientos filosóficos aguardando a que la luz del semáforo se pusiese en verde. De repente algo ocurrió...

-¡Ñiiiiick!. ¡Pom!... ¡Crash!.

-¡Ostras!. ¿Qué ha pasado? –se preguntó Raúl, mirando a su alrededor-. ¡Se había producido un accidente!.

Un coche que venía en sentido contrario al suyo, inició la marcha demasiado pronto. ¡En verdad, el conductor fue muy precipitado!. Arrancó cuando el semáforo de los peatones cambió a rojo, sin esperar a que su luz verde se encendiese. Por otro lado, un monovolumen que circulaba a gran velocidad por la calle transversal del cruce, apuró demasiado y terminó pasando con la luz de su semáforo en rojo, en definitiva, dos imprudencias temerarias simultáneas. Como consecuencia de ambas acciones, los vehículos se encontraron en mitad del cruce.

Cuando se vieron venir era demasiado tarde, el choque fue inevitable. ¡El impacto fue bastante fuerte!.

Los coches, al colisionar y por la inercia del movimiento, se desplazaron hacia donde Raúl estaba esperando. Los coches accidentados quedaron a unos escasos ochenta centímetros de él, obstaculizando la marcha en ese carril.

A causa del choque, una esquirla procedente de los vehículos saltó en dirección al coche de Raúl y, aún cuando él tenía la música muy fuerte, pudo oír con nitidez como el trozo de metal impactaba contra la parte frontal de su automóvil. ¡Crock!. Sonó el golpe seco, duro y brusco. Paró la música y, aunque a esas horas, el tráfico comenzaba a ser más bien escaso, apartó el vehículo hacia el lateral para no molestar la circulación. Salió al exterior e inspeccionó el coche en busca de daños.

-¡Mierda!..., un faro –exclamó contrariado a la vez que golpeaba con la palma de la mano el capó en un acto reflejo incontrolado.

Una pletina de metal, posiblemente el soporte de uno de los parachoques delanteros, atravesó el vidrio del faro destrozando las bombillas y la pantalla reflectora interior, dejándolo totalmente inservible. Si en lugar de chocar contra el automóvil, el metal durante su vuelo, se hubiera cruzado con alguna persona en su trayectoria, le habría ocasionado serias lesiones.

Pero... ¡Qué mala suerte!. ¡Tenía que haber sido un faro!. Hacía menos de dos semanas que había colocado esos faros nuevos al coche. Este modelo alógeno incorporaba luces de gran alcance con unas pantallas reflectoras que focalizaban mejor la luz, permitiendo una mayor potencia luminosa y nitidez, a la vez que molestaban menos a los conductores que circulaban en sentido contrario que las luces convencionales que venían montadas de serie en el vehículo.

Todavía no disponía de un juego de bombillas de repuesto para este modelo, eran muy caras y no poseían recambios en las tiendas ya que se traían de importación y era necesario solicitarlas expresamente por encargo a Alemania. No había manera de reparar provisionalmente aquel estropicio.

Raúl tras observar el destrozo y hacerse a la idea, intentó contener su enojo. ¡No valía la pena!. El mal estaba hecho.

Los otros dos conductores estaban ilesos, sólo se produjeron daños materiales y, en esos momentos, se hallaban discutiendo entre ellos y vociferando, intentando determinar quien de los dos tenía la culpa a base de reproches recíprocos. Aunque ambos contribuyeron al accidente, ninguno quería reconocer la autoría, empeñándose ambos en recriminar la acción del contrario negando la propia imprudencia.

Raúl sólo quería un parte de accidente y obtener uno de los dos números de póliza de seguros para garantizar, de esta forma, que alguien asumía el coste de la reparación del faro. Le traía verdaderamente sin cuidado de quién fuese la culpa o qué compañía pagase finalmente los desperfectos.

Al cabo de unos minutos de espera y tras dejar que aquellos dos energúmenos discutieran, los ánimos se apaciguaron y, entonces, fue cuando él intervino calmadamente, explicando lo ocurrido. Aquellos individuos en el fragor de la discusión, no repararon apenas en su presencia allí parado frente a ellos, simplemente pensaban que se trataba de un transeúnte curioso. Además, ignoraban totalmente que otro vehículo hubiese sido dañado en el accidente.

Raúl les mostró los desperfectos. Dentro del faro roto todavía se encontraba alojado el trozo alargado y retorcido de hierro con el tornillo de sujeción incluido. Examinaron los coches para determinar quién era el propietario de la pieza y una vez averiguado, no hubo protestas ni discusión, ante la evidencia sólo le quedaba al propietario la opción de rellenar un parte más, una vez puestos, daba lo mismo cumplimentar uno que dos.

De cualquier forma, aquel accidente ya les supondría a todos una penalización en sus cuotas del seguro a la hora de tramitar la renovación.

Después de rellenar el papeleo, Raúl marchó velozmente hacia su casa. Si pretendía salir esa noche, debía darse prisa para llegar pronto y ganar algo de tiempo, antes de ir de marcha, tendría que cambiar el faro por uno de los viejos. No se podía circular de noche en esas condiciones. ¡Seguro que lo pararían y lo multarían!. Últimamente, los fines de semana, había muchos controles policiales de alcoholemia en la ciudad.

Los faros antiguos andaban ocupando espacio por el garaje. ¡Por suerte no los había puesto todavía en venta!. El sábado por la mañana montaría el faro roto para llevar el coche a un taller oficial que estuviese abierto para que un técnico de la compañía de seguros peritase los daños del vehículo. Por la tarde lo cambiaría otra vez y tendría que esperar a que el personal del taller recibiese uno nuevo. ¡Eso tardaría bastantes días!. Cuanto antes tuviese el vehículo peritado, menos tardaría en estar reparado y antes podría poner en venta los faros viejos en el rastrillo de los domingos. Sus arcas necesitaban una inyección de dinero con relativa urgencia, las vacaciones de verano y los últimos cambios en el coche lo habían dejado sin blanca.

Alrededor de las diez de la noche.

—¡Menos mal que ya es la hora!—pensó aliviada Nuria consultando su reloj de pulsera. En esos momentos, estaba llegando al restaurante. Hacia rato que andaba deambulando dando vueltas por los alrededores, paseando vagamente, esperando a que el reloj avanzase.

Después de las ocho y media de la tarde, los autocares de su pueblo que circulaban con destino a la ciudad pasaban con intervalos de una hora de diferencia y, tomando el de esa hora, llegaba demasiado pronto, un poco pasadas las nueve; sin embargo, con el siguiente autocar habría llegado tarde al restaurante.

Ella vivía en una pequeña población a las afueras de la ciudad. Tenía que desplazarse todos los días a trabajar a la oficina que se encontraba ubicada en el centro de la urbe. El trayecto duraba casi treinta y cinco minutos. A veces, aprovechaba este tiempo para leer, otras, para dormir un poco, al fin y al cabo, representaba cada día un tiempo muerto de una hora aproximadamente.

Este desplazamiento diario podía parecer para mucha gente, en un principio, algo engorroso, sobretodo para los que vivían inmersos en el casco urbano pero, a fuerza de rutina, cualquiera llegaba a acostumbrarse. Todo dependía del punto de vista y de dónde vivieses en la ciudad, según la zona, se necesitaba casi el mismo tiempo para llegar a la oficina que el que ella invertía en el trayecto en autocar desde su pueblo.

No obstante, ella pensaba que valía la pena vivir fuera del núcleo urbano. La calidad de vida en los pueblos era mayor. Se vivía de una forma más tranquila y segura, con menos bullicio y ajetreo, el ritmo de la gente y la vida cotidiana eran diferentes, más lentos y sosegados, sin prisas, algo más casero y familiar.

Encontrándose en esos momentos frente a la puerta del restaurante, confiaba en no haber sido la primera en llegar y tener que esperar, como una boba, a que fueran entrando las demás convocadas. La hora de la cita era entre las diez y las diez y cuarto, aunque se sabía que la gente por costumbre, solía retrasarse un poco.

Al entrar pudo apreciar, con alivio, que allí se hallaban otras dos compañeras del trabajo, por suerte, no iba a ser la única que hubiese llegado pronto. Se encontraban sentadas en la barra tomando unos refrescos que tenían pinta de no estar recién servidos. Nada más verla, le hicieron señas para que fuese junto a ellas.

La conversación que mantenían era trivial y poseía poco de novedosa, los mismos temas de siempre: el trabajo, la familia y el cotilleo entre compañeros, era como leer los platos de los restaurantes de comida casera, semana tras semana se repetía cíclicamente la lista del menú y las únicas pequeñas variaciones venían condicionadas por la escasez u oferta de algún producto en el mercado local. Algo parecido era lo que ocurría en la oficina, de vez en cuando, aparecía algo nuevo sobre lo que charlar, alguna noticia interesante se filtraba o se daba a conocer vagamente. Normalmente, este tipo de información solía ser rumores que eran difundidos oralmente y finalizaban totalmente distorsionados a causa de: la cadena de transmisión, la interpretación y la divulgación posterior que se producía por parte de todos y cada uno de los interlocutores que había intervenido en la expansión de la noticia.

En ocasiones, se generaba el fenómeno de la “consolidación popular”, es decir, se había dado el caso que alguien en la oficina había hecho un comentario por la mañana del tipo: “...Ojalá el próximo lunes nos diesen día libre para hacer puente con la fiesta del martes...”, al cabo de una hora y de dos o tres interlocutores más en la cadena de comunicación, la frase había mutado en “...A lo mejor el lunes nos dan puente...”, una hora más tarde y, después de unos cuantos boca a oreja más, la frase era “...Me han dicho que el lunes nos darán puente, la información procede de una fuente sólida...”, en estos momentos, la noticia ya había corrido lo suficiente como para llegar al punto inicial de origen de la misma, pero con un contenido totalmente diferente y desvirtuado. Una vez realizado todo este recorrido, a veces, se cumplía la noticia porque se producía la consolidación tácita de la misma debido a que alguien acaba diciendo al jefe: “...La gente está convencida que el lunes habrá fiesta. Como vaya usted y les diga que no hay puente, pueden haber problemas, lo tienen muy asumido...”. Al final, la jefatura acababa claudicando.

Por otro lado, este canal de comunicación también era usado con otros fines más estratégicos. En este conducto se solían soltar los "globos sonda" para conocer, de una forma no oficial, cuál sería la reacción del personal frente a una noticia o decisión y a través de ello decidir que se hacía finalmente si emitirla u omitirla.

Otro uso muy común consistía en divulgar por esta vía difamaciones o rumores. Si querías desprestigiar a un rival o "dejar fuera de juego" a un competidor, éste era el mejor camino. Las habladurías quedaban consolidadas y refrendadas popularmente por el mero hecho de existir, estuviesen o no fundadas, esta particularidad era lo de menos. Lo verdaderamente importante para que corriera una noticia como la pólvora y que todo el mundo la aceptase como cierta, era que su contenido debía hablar mal de algo o poner en entredicho a alguien. Éstas eran las noticias estrella del boca a oreja. Eran las más interesantes y las que solían tener más morbo y aceptación popular, sobre todo si se trataba de asuntos de faldas o de vicios ocultos inconfesables públicamente.

Las deformaciones y desvirtuamiento del contenido de la información eran los riesgos que se corría al utilizar las cadenas de transmisión oral como un medio para manipular la percepción de los empleados, pero... ¡Para eso estaban!. Como solían decir los ciudadanos de a pie: ..."Un comentario en la cafetería puede hacer más daño que un informe entregado en un despacho"...

El encuentro de hoy, en el restaurante, no era una cena convencional de compañeras de trabajo. Esta noche se celebraba la despedida de soltera de la "amigueta" del jefe y, aunque nadie confraternizaba con ella, a excepción de él, claro está, la asistencia al evento era de obligado cumplimiento. Todo el personal invitado eran mujeres menos el jefe que se había apuntado a la cena por motivos obvios.

Si algo le había enseñado a Nuria los años de experiencia en la oficina, era que existen tres personas con las que jamás te podías llevar mal, éstas eran por orden de importancia: la querida del jefe, su secretaria y su mano derecha. Si tenías alguna vez un tropiezo con una de estas personas, a partir de ese momento, quedabas clasificado como individuo no grato y tu compañía pasaba a ser algo poco recomendable a los ojos de los demás compañeros. Aquello sonaba muy a falso y falta de compañerismo entre los colegas del trabajo pero las reglas no escritas de la oficina eran así, las acatabas o sufrías las consecuencias de no haberlas tenido en cuenta.

Esta noche significaba mucho para el jefe. Al casarse su amigueta se quitaba de encima la presión del chantaje matrimonial, es decir, si ella estaba casada igual que él, sería más difícil que le comprometiera en este sentido y que hubiese escándalos, ya que ella tenía tanto que perder como él. Al fin y al cabo, su único objetivo era pegarse un revolcón de vez en cuando.

Bueno..., a la vista de la importancia del evento, la que faltase sería duramente criticada y, sólo sería excusada si el motivo era lo suficientemente importante, además de, por supuesto, tener que realizar un buen regalo a la homenajeadada.

La lista de boda estaba confeccionada con muy mal gusto y todos los regalos poseían un precio desorbitado. Realmente, no estaban pagando por la calidad o la utilidad del objeto sino, más bien, por el nombre del establecimiento y la marca.

A la hora de confeccionar la lista de regalos de boda, no se había considerado criterios de estilo y de diseño para hacer que los elementos encajaran decorativamente en un ambiente o contexto. Los objetos no hacían juego entre sí, se apreciaba claramente que la única premisa tenida en cuenta en su selección había sido el precio.

Nuria le regaló una cubitera y un juego de vasos que formaban un conjunto. Por suerte, ella fue de las primeras en acudir a la tienda y tuvo la oportunidad de seleccionar uno de los regalos, de los más baratos de la lista, con esto quedaba cumplida con la futura esposa.

El restaurante daba una imagen un poco tétrica y descuidada, posiblemente, era de algún conocido de la protagonista de la noche o bien, ésta fuese a comer allí de forma habitual. El día anterior, en la oficina, habían pasado una copia de los posibles menús de grupos para que cada uno escogiese los platos que quería a fin de realizar las reservas en el restaurante, esto daba una imagen realmente pobre del local y decía muy poco a favor suyo.

Nuria pensaba que esta clase de celebraciones era la forma más rentable que tenían este tipo de establecimientos para *sablear* a la gente y, normalmente, no se correspondía el binomio servicio y calidad con el precio pagado. Por otro lado, tampoco existía en las comidas de grupos un interés por fidelizar al cliente porque solía ser ocasional y, en muy raras ocasiones, uno de estos clientes se convertía en habitual.

En esta cena, en total, iban a ser unas veinte personas. Esta noche sería un buen negocio para aquel pequeño restaurante.

La gente iba llegando poco a poco, en esos momentos, ya se encontraban unas diez personas congregadas. Sin embargo, ella se iba a sentir un poco sola en la cena. Su amiga y confidente en la oficina, Teresa, no podía asistir porque tenía a su niño enfermo en casa con la varicela. Ante esta ausencia, la mejor táctica que podía poner en práctica Nuria sería la de pasar lo más desapercibida posible, intentando sentarse lo más lejos que pudiese del centro de atención, es decir, del jefe y de su amiguita.

Ésta era una cena que estaría repleta de *peloteo* hacia el jefe y podía llegar a ser muy empalagosa. En esos menesteres, había algunas personas por allí que dominaban la forma de desenvolverse con destreza, conocían sobradamente este arte y sabían sacar partido de estas situaciones. Por supuesto, éste no era su caso, por lo que ella optaría por quedar en un segundo plano y, a ser posible, intentaría no ser la primera en marcharse del restaurante. ¡Eso quedaba muy mal!.

En estos encuentros con gente del trabajo, al día siguiente de oficina, todo el mundo se acuerda siempre de: quién fue la primera en marcharse, de la que más bebió y de la que llevaba el conjunto más hortera, éstos serían los temas de conversación del próximo día en la cafetería de la oficina. Así pues, para no llegar a ser el blanco de atención de las conversaciones del “día después”, al menos, debía esperar hasta que se entregase la tarjeta dedicada y firmada por las compañeras a la novia y se brindase con cava por el bienestar y la prosperidad de la futura esposa. Cuando esto hubiese ocurrido, podría abandonar el restaurante sin peligro de ser descortés ni criticada. Después, más tarde, se encontraría con Matilde, su compañera de vivienda, en un bar de copas cercano y, juntas, volverían a casa en el coche de ésta. ¡A esas horas de la noche no circulaban autocares hacia su pueblo!.

2. Los problemas

Hospital Nuestra Señora de la Trinidad.

Matilde observaba con apatía la lentitud con la que transcurría el tiempo. Hoy le tocaba hacer jornada larga de doce horas y hasta la media noche no vendría el relevo del turno de enfermería.

No había mucho trabajo en la sala de urgencias del hospital, se podría decir que menos de lo que es habitual, tal vez, esa fuese la razón por la que las agujas del reloj avanzaban con aquel movimiento tan pausado.

Las semanas como ésta que le tocaba hacer el turno extendido de doce horas seguidas durante el día, eran un latazo. Conforme los días iban transcurriendo con esta larga jornada, la sensación de agobio era mayor, la abocaba a una situación en la que comenzaba a plantearse que no tenía vida privada, tan sólo tiempo para trabajar. Con un horario diurno tan largo, sólo disponía de un par de horas libres por la mañana, que no daban de sí para nada, apenas si le quedaba tiempo para desayunar, hacer la cama y comprar rápidamente algo en el mercado. Por suerte, a estos turnos largos, siempre le continuaban una semana de descanso que, en cierto modo, compensan el sacrificio realizado en la anterior.

Hoy viernes, tenía actividad extra después de la jornada. Por la mañana, se cambió el reloj de muñeca para acordarse de no regresar directamente desde el trabajo a casa, debía recoger a Nuria, su compañera de vivienda. Ésta tenía que asistir a una cena con gente de la oficina y cuando terminase, volverían juntas.

Para encontrarse al término de la velada, se citaron en un bar de copas, más o menos, entre la una y la una y media de la madrugada. Aquella era una hora razonable para ambas; a su amiga le habría dado tiempo de cumplir con sus compañeras en la cena y, a ella, no se le iba a hacer muy larga la espera ya que con duchase, vestirse y llegar hasta el lugar de encuentro, prácticamente, iba a transcurrir casi una hora después de haber finalizado su jornada a las doce.

Matilde estaba segura que no iba a tener que esperar mucho tiempo, sabía que Nuria odiaba todas aquellas salidas de compromiso de la oficina que ponían en evidencia el peloteo a los jefes, la hipocresía y la falsedad de las personas, dando en este tipo de actos una imagen totalmente distorsionada y que, por supuesto, no se correspondía con lo que realmente pensaban.

La actitud de Nuria frente a su trabajo siempre le había llamado la atención a Matilde, es como si su amiga tratase de mantener una clara división entre su vida privada y su vida laboral. En los años que llevaban compartiendo vivienda, casi tres dentro de bien poco, apenas si habló de cosas referentes a la oficina o a su trabajo. En contadas ocasiones, su amiga realizó algún comentario, pero era porque había ocurrido algo muy extraordinario o casi anecdótico. Nunca hablaba de la rutina diaria, ni de sus compañeros, ni de las conversaciones o las cosas que en su trabajo ocurriesen.

Desde jovencitas, su amiga siempre había sido más extrovertida que ella, le gustaba ser el centro de atención del grupo, sabía como provocar y manejar a los chicos, consiguiendo todo lo que se propusiese de ellos sin tener que dar nada a cambio. ¡Siempre la había envidiado por esta cualidad!. Bueno..., por eso, por su éxito relacionándose con la gente en general y por su físico.

Matilde siempre se había considerado a sí misma como más intelectual y cerebral que Nuria, dejando el papel más alocado y superficial a su amiga, ésta sabía interpretarlo mejor y, además, le encantaba.

Poseían muchas cosas en común, pero en este sentido eran dos personas con caracteres yuxtapuestos, tal vez, en ello residía el equilibrio de su convivencia y respecto mutuo y, también, por qué no decirlo, porque los horarios de trabajo de ambas hacían que raramente coincidieran muchas horas juntas en casa, ni tan siquiera los fines de semana ni en vacaciones. De esta forma, la posibilidad de interferir en las respectivas vidas privadas era menor y las oportunidades que surgieran fricciones entre ambas durante la convivencia quedaban minimizadas.

-¡Matilde! –dijo alguien llamando su atención, rompiendo este momento de reflexión interna.

-¿Sí?.

-Ven conmigo y ayúdame a preparar los quirófanos dos, cinco y siete. Van a llegar en breve heridos con lesiones de traumatología.

-¿A esta hora? –exclamó sorprendida.

-¡Sí!. ¡Venga date prisa!. Hay que traer una máquina móvil para hacer las placas directamente en la sala.

-¿Qué ha pasado?.

-Nos han llamado desde el Hospital Central. Ha sucedido un accidente de tráfico en la autovía. Un autocar cruzó la mediana y volcó, esto ha provocado a su vez un choque en cadena de algunos vehículos más. Se cree que hay muchos heridos, no se sabe todavía si son muy graves, pero opinan que, con toda seguridad, no tendrán capacidad para atenderlos a todos en el Central, así que cabe la posibilidad que comiencen a desviar ambulancias directamente hacia nosotros. Estamos en alerta y debemos de prepararnos para recibirlos.

-¡No sé lo que pasa! –exclamó Matilde contrariada-. Siempre al final de mi turno es cuando se agolpa todo el trabajo.

-Es normal, hoy es viernes y ya sabes que estas noches y las de los sábados, son las que más accidentes de tráfico generan.

-Sí, lo sé, pero yo debo de tener el gafe para esto de los accidentes en masa. ¿Recuerdas el edificio que se derrumbó en mitad de la noche, hace cosa de medio año?. También me tocó estando de guardia y casi a punto de terminar.

-¡Dímelo a mí! –aludía su compañera-. Yo estuve esa noche, el día de la explosión de depósito de gas, el día de la invasión del banco de medusas en la playa y a ver que más... -enumeraba la enfermera en un intento por hacer memoria histórica de una larga e interminable lista.

-Bueno, bueno..., no sigas. ¡A lo peor la gafe eres tú!.

-¡Seguro que sí! –asintió dándole la razón a Matilde.

-Recuérdame siempre que no tome ningún turno más coincidiendo contigo.

-No hay inconveniente por mi parte, pero existe un pequeño problema, para recordártelo, necesito estar en el mismo turno que tú, así que va a ser un poco difícil. ¿No crees?. Tendrás que elegir: te lo recuerdo o no te hago compañía, lo uno o lo otro.

-¡Ostras!. Espero que se aclare pronto la situación y que no haya que quedarse de refuerzo durante toda la noche. Hoy tengo una cita y no puedo retrasarme.

-¡Pues lo tienes bastante mal!. Esta noche le toca al doctor Rodríguez, está de jefe de urgencias y ya sabes que ése es inmutable, tiene el corazón más duro que una roca. ¡Es capaz de hacer madrugar a los de la mañana si fuese necesario!. ¡Conozco pocos jefes tan dictadores como él!.

-¡A mí me lo vas a decir! –exclamó Matilde sintiéndose afectada-. Ayer se retrasó Loli, la Jiménez, creo que tuvo problemas con su hijo el mayor, el que siempre está metido en líos. Yo pienso que ese chico está tonteando con las drogas y los padres no lo quieren ver –dejó caer a modo de cotilleo-. Bueno..., en fin, a lo que iba, el caso fue que se retrasó sin avisar, entonces el Rodríguez, me obligó a quedarme y esperar a que Loli se incorporara a su puesto y suerte que al final vino, porque sino, no sé a que hora me habría marchado del hospital.

-¡Ya sabes!. El doctor siempre dice que si los empleados no atienden a razones con la empresa y se toman demasiadas libertades personales, dado el caso, cuando sus actos acaben fastidiando al resto de sus compañeros, éstos ya les obligaran a cambiar de actitud y los forzarán a cumplir con sus responsabilidades, de esta forma la empresa no tiene que ensuciarse las manos.

-En ese sentido creo que está en lo cierto, porque no me dirás que la Loli no está siempre haciendo tarde, con una excusa u otra, no hay semana que no llegue un par de días con la hora pasada. Va siendo el momento que alguien le ponga las cosas claras, porque al final, las que nos tenemos que terminar jorobándonos somos las demás, que tenemos que aguantar "a pie de cañón" sin podernos marchar a casa hasta que a ella le da la gana de llegar y hacer el relevo. Las que no tienen que sufrirla, no saben lo mal que sienta esto.

-Si a mí me pasara, yo ya habría puesto *los puntos sobre las íes*. Las demás también tenemos una familia y nuestros problemas particulares.

-Por la parte que me toca, ya me fastidió bastante anoche, hasta que no estuvo en la sala con bata y todo, el doctor no me dejó marchar, así que ayer me fui una hora y pico tarde. Yo pienso que eso habría que denunciarlo al Comité de Empresa, creo que está prohibido por el convenio el alargar el turno sin una justificación aparente de fuerza mayor. Tiene que ser una emergencia muy grande para obligarte a continuar prolongando tu jornada. ¡Esto se está convirtiendo en rutina!. Además, no te lo paga nadie, queda como un tiempo a compensar por la empresa pero luego, cuando pides las fiestas, siempre te miran con caras raras, parece como si te estuviesen haciendo un favor y es todo lo contrario, el favor lo habías hecho tú antes a la empresa.

-¡Así es la vida!. Por mucho que te quejes, esta noche va en camino de ser larga.

-Pues comienzo a estar harta de todos estos cambios de planes a última hora.

-Lo siento por el muchacho que te esté esperando. Pero como empiecen a llegar ambulancias, el chico va a tener que pasar la noche más sólo que la una.

-¡Ojalá fuese un hombre el que me esperase!. ¡No tendré esa suerte!.

-¡Eh, eh!. ¡Si no es un chico con quien has quedado citada, no quiero saberlo! –exclamó la enfermera bromeando y moviendo los brazos en señal de desentendimiento.

-No te preocupes, no voy a confesarte mis secretos de alcoba. Volviendo a las cosas serias, aviso a rayos para que traigan el equipo portátil y después me paso por el vestuario para tomar el teléfono móvil y hacer una llamada.

-¡No seas tonta!. Llama desde la centralita como todo el mundo.

-Es que no tengo el número de teléfono y no me lo sé, lo llevo grabado en la memoria del móvil.

-¡Venga, date prisa!. ¡No te entretengas!. El doctor estará a punto de pasar por aquí y tenemos que estar todos. Ya me encargo yo de avisar a rayos. ¡Anda corre tú y haz la llamada! –le apremió su compañera.

Matilde se marchó rauda al vestuario para hablar con Nuria y prevenirla del más que posible retraso. Recorrió los pasillos y las escaleras tan rápido como los zuecos le permitieron. Llegó al vestuario, abrió la taquilla y, cuando tomó el teléfono, apreció que estaba *frito*, sin batería. ¡Qué mala suerte!. ¡De nuevo a correr por los pasillos!. Tenía que intentar llegar rápido a la antesala de urgencias para ver si alguien tenía un cargador a mano, tal vez, los de recepción.

De regreso a la sala se encontró de bruces con el doctor Rodríguez en el pasillo.

-¡Esta noche está gafada! –pensó-. ¡No cabía duda!.

Como era de esperar, éste nada más verla, le recriminó por no estar en su puesto todavía. A Matilde ni siquiera le dio tiempo a excusarse, el doctor en un pase de manos, la tomó por los hombros, la giró y la envió camino de los quirófanos y de las salas de cura de urgencias. Cuando llegó, comenzaba a haber movimiento en el ambiente, se palpaba la excitación y la tensión previa a los momentos de acción. Parecía que se confirmaban las predicciones, algunas de las ambulancias con accidentados estaban ya de camino hacia este hospital. Para más fastidio, allí nadie llevaba móvil porque producían interferencias con los equipos electrónicos, así que no existía la posibilidad de que alguien le proporcionase momentáneamente una batería para poder telefonar. ¡Las complicaciones nunca vienen solas!

-¡Pufff!. ¡Nos espera otra noche movidita para ser la última de la semana! –refunfuñó Matilde.

No transcurrieron ni quince minutos cuando comenzaron a llegar ambulancias cargadas de heridos. Primero llegaron los más graves, aunque éstos, a simple vista, no presentaban lesiones de gran consideración. Daba la impresión que el accidente había sido más aparatoso a la vista que grave para los implicados.

De los accidentados que llegaron detrás, algunos no tenían daños serios, apenas alguna contusión o leves rasguños. Más bien, se trataba de aplicar medidas de prevención: hacer revisiones, placas, algún calmante para tranquilizarlos tras el susto del accidente y, tal vez, dejarlos un rato en observación no fuese que existiesen lesiones internas no apreciables a simple vista y que se manifestasen con posterioridad. Al poco de comenzar a trabajar con un ritmo frenético de atenciones, parecía que estaba todo bajo control.

Era la una de la madrugada, el tiempo transcurrió deprisa para Nuria. No tenía la sensación de aburrimiento que vaticinó en un principio. La cena era muy animada. De por sí, comenzaron a cenar muy tarde, prácticamente no pidieron los primeros platos hasta cerca de las once y, entre unas cosas y otras, ahora iban por los postres.

Previamente, a la homenajeadora le habían traído el típico plato "sorpresa" consistente en una zanahoria con mayonesa en la punta, acompañada de dos huevos cocidos, uno a

cada lado de la base y cubiertos estos parcialmente de perejil realizando la presentación del plato, en su conjunto, una clara alusión artística e imaginativa a los atributos sexuales masculinos. Por supuesto, tuvo que morder y comerse la punta de la zanahoria, en medio del *cachondeo*, risas y bromas de las presentes.

En la mesa se estaba proponiendo el ir después de la cena a un local de "boys". Aparentemente era una sorpresa para la futura esposa, pero Nuria sospechaba que era algo planeado de antemano, ella estaba segura de ello, aquella *pelandrusca* no dejaba nada sin atar, tampoco tenía pinta de perderse la oportunidad de brindarse una juerga como mandan los cánones. Hasta era posible que, para rematar la faena, se llevase al jefe a la cama.

La noche transcurría y se iba acercando la hora tope del encuentro con Matilde. Ésta no la había telefonado, eso quería decir que no la debía de estar esperando todavía.

Su compañera era bastante impaciente y muy dada a ser aprensiva. Cuando alguien se retrasaba un poco, enseguida, pensaba que podía haber pasado algo grave. Estaba segura que en el momento en que ésta llegase al local y no la viese allí, la llamaría por el móvil inmediatamente. Si hasta este momento no la había hecho, sólo quería decir que había tenido trabajo extra en el hospital y no habría terminado todavía. Últimamente esto le ocurría con bastante frecuencia a su compañera. Sin ir muy lejos, anoche mismo, la escuchó llegar, eran casi las dos y media de la madrugada, ella ya estaba en la cama, hacía poco que se había acostado. Si no hubiese tenido tanta modorra, se habría levantado para charlar un rato con su compañera. Los días que trabajaba tanto, llegaba muy desmoralizada a casa y con el sentimiento de que le estaban "tomando el pelo" en el trabajo, en esos momentos, era necesario una amiga para levantarle un poco la moral.

Si tal y como parecía, Matilde no había llegado al local y no la estaba esperando, mejor. Por su parte, era necesario continuar haciendo teatro durante un rato más, faltaban los cafés y brindar.

Las comensales parecían estar muy animadas, nadie se había marchado. ¡No quería ser ella la primera en hacerlo!. No era un buen momento para tener prisa, al fin y al cabo, hizo acto de presencia y aguantó durante toda la cena, no iba a quedar mal por no esperar media hora más. Matilde seguro que lo entendería. Además, su compañera sabía que ella no acudía a este tipo de encuentros por gusto sino que era más bien una obligación y un fastidio.

La una y veinte de la madrugada.

Por fin llegó el momento de levantarse de la mesa y despedirse.

Haciendo un balance global de la cena, no fue tan mala, por supuesto mucho mejor de lo que en un principio esperaba ella.

La gente que le tocó alrededor de la mesa, era gente muy maja y aún cuando normalmente no tenía mucho roce con estas personas en la oficina porque eran de Contabilidad, la aceptaron bien y hubo un buen ambiente.

La conversación estuvo muy animada durante toda la cena, es más diría que con la tontería, había bebido más de la cuenta. Esto lo notó enseguida, nada más levantarse de la mesa, le dio una especie de pequeño mareito y se tuvo que apoyar por un instante en el respaldo de la silla. Además, hacía rato que tenía el sofocón y la risa tonta que le entraban cuando se colaba de la raya bebiendo.

Bueno..., tampoco había que darle más importancia de la que tenía. No había cometido ninguna indiscreción, sabía perfectamente lo que se hacía y todas iban más o menos igual. ¡Una noche era una noche!. No tenía nada de malo que de vez en cuando hiciese un pequeño exceso con el alcohol. Cuando saliese fuera del restaurante, tenía que recorrer un trayecto de unos cinco minutos a pie, era el trecho que la separaba del local musical. Entonces, con el frescor de la noche al aire libre, se le pasaría enseguida el mareo y la tontería.

Mientras tanto a esas horas, Matilde continuaba trabajando duro en el hospital, estaba preocupada por su amiga, era la una y media, no tenía posibilidad de avisarla y todavía se encontraba la antesala de urgencias abarrotada de pacientes que, desde el punto de vista médico, no estaban tan mal como para ser atendidos allí pero no podían mandarlos a casa sin más.

Hubo que salir, en varias ocasiones, para llamarles la atención y obligarles a que hablaran más bajo para que no molestasen a los verdaderamente heridos. El motivo para que estuviese tanta gente congregada en el hospital era únicamente para llevarse bajo el brazo un parte de lesiones del accidente, aunque sólo fuese un dolor de espalda o de cervicales que ni siquiera el doctor era capaz de determinar o asegurar que existiese o que se hubiese producido como consecuencia del accidente. ¡Cualquier cosa valía!. El caso era tener algo con que reclamar una indemnización a la compañía del seguro del autocar y sacar un dinerillo con ello.

La mayoría de los accidentados eran jubilados y no les iba a ir nada mal un pequeño *pellizco*, aunque para cuando la sentencia fuese firme en un tribunal, puede que algunos de ellos estuviesen ya criando malvas, pero no importaba, disponían de todo el tiempo del mundo.

El jaleo y el murmullo se incrementó un poco más tarde, cuando comenzaron a personarse los familiares de los heridos en el hospital. Un gentío llenaba la sala, todos queriendo saber, todos exigiendo, todos con prisas para volver a casa y acostarse.

No quedaban más heridos de quirófano, los últimos estaban siendo atendidos en esos momentos, había cuatro o cinco yesos pendientes y el resto eran: revisiones, curas menores y vendajes. Así que era cuestión de ser eficaces, de realizar las revisiones rápidas y despachar los papeles lo antes posible para dejar despejada urgencias. Un esfuerzo más... ¡Y todos a casa!. ¡Incluida ella!. El día ya había sido lo suficientemente largo y ajetreado como para merecer un buen descanso durante todo el fin de semana.

3. El encuentro

Al salir del restaurante hacía un poco de aire fresco en la calle, Nuria se vio obligada a subirse la solapa del abrigo para resguardarse de la suave brisa y no tomar frío en el cuello. Las demás compañeras de la cena se arremolinaban alrededor de la puerta del restaurante y comenzaron a hacer grupitos repartiéndose las plazas vacantes de los vehículos. Iban a desplazarse al local de los “macizos” a deleitarse viéndolos bailar y contonearse provocativamente delante de sus narices con sus cuerpos hercúleos tersos, brillantes y duros como el mármol.

A Nuria le ofrecieron una plaza en un coche pero ella rehusó educadamente, también alguien le propuso acercarla a donde quiera que fuese. De buena gana habría aceptado evitando tener que andar tan tarde sin compañía alguna que la escoltara, la lástima era que no podía hacerlo, no quedaría muy bien visto que pensasen que abandonaba el grupo para seguir una juerga por su cuenta en solitario en un bar musical, despreciando de esta forma la compañía de las demás. Así pues, se despidió de la homenajeadada aludiendo que se marchaba a casa y puso rumbo al punto de encuentro con Matilde.

Andaba a paso ligero, esto le ayudaba a paliar el miedo y el desasosiego de caminar sola por la calle a esas horas. Avanzaba inquieta, mirando instintivamente en todas las direcciones, anticipándose y examinando con la vista las sombras amenazadoras antes de aproximarse.

Ya no sentía frío, en realidad, no lo hacía, la noche estaba despejada. La sensación de enfriamiento que tuvo antes, sólo había sido un efecto producido por el cambio de ambiente de dentro del restaurante al exterior y no como consecuencia de la temperatura de la noche.

En la calle había mucha gente andando y desplazándose en esos momentos. Éste era un barrio con muchos locales nocturnos y siempre existían noctámbulos pululando hasta altas horas de la madrugada. La compañía de otros transeúntes en las aceras, aunque fuese ajena y distante, le reconfortaba a la vez que le ayudaba a no sentirse muy indefensa pero, aún así, no era bueno deambular por la ciudad de noche a esas horas y sin compañía. Menos mal que el local estaba muy cerca y enseguida llegaría.

Confiaba en que Matilde estuviese esperándola, aunque lo dudaba porque no la había telefoneado al móvil dando señales de vida, en todo caso, ya no debería tardar mucho, de lo contrario, la habría avisado con suficiente antelación, a no ser que la muy torpe no se acordase de la cita y se hubiese marchado directa a casa al terminar su jornada en el hospital. ¡Esto no encajaba con la forma de ser de Matilde!

Podría llamarla con el móvil, pero no valía la pena, tenía a la vista la puerta del local, sería cuestión de comprobar primero si estaba o no esperándola.

Tres o cuatro personas se encontraban alrededor de la puerta, acababan de llegar en esos momentos. Estos locales de ambiente relajado e íntimo, últimamente, se estaban poniendo de moda, o tal vez era que ella cada vez se hacía más mayor, comenzaba a huir del ruido machacón de los ritmos discotequeros sintiéndose más confortable en locales

menos bulliciosos y concurridos. Más valía que el ambiente fuese acogedor. Si no estaba Matilde allí, a falta de noticias, debería esperarla.

Confiaba que, a esa hora, todavía no estuviesen llenas todas las mesas y debiera quedarse sentada en la barra. Ése no era el mejor sitio para que una chica sola esperase a alguien sin tener una compañía masculina al lado. Ella solía tener imán para atraer a los *moscones* que cuando van a pedir las bebidas al mostrador, mientras esperan a que les atiendan, no solían tener otra cosa que hacer que intentar *ligar* con ella. Cuando estaba sentada en una mesa, aunque fuese sola, se acercaban menos chicos a dar la *tabarra*, en ese caso, era más fácil suponer que estaba acompañada o puede que la distancia, hiciese de buena barrera para desanimar a los menos atrevidos. En la barra era diferente, si te sentabas bebiendo sin compañía, se entendía como un reclamo, producía el mismo efecto que si se colgase un letrero en la espalda que dijese con letras grandes y llamativas: “estoy sola y no tengo pareja, espero que alguien venga a socorrerme”, era como si estuviese prohibido que una chica pudiese estar sin acompañantes. Aunque puede que en la mentalidad de los hombres esto sea una máxima, ellos son así de obtusos. Ya se sabe, hay hombres que salen de fiesta con el único propósito de demostrarse a sí mismos lo conquistadores e irresistibles que llegaban a ser, era una cuestión de ego masculino y lo llevan en sus genes, es algo patológico.

Al abrir la puerta hacia fuera, un sofocón de aire templado y denso le golpeó el rostro. El ambiente estaba cargado de humo y de otros olores sin determinar, casi se podía arañar el aire con los dedos. En contraste con la fuerte iluminación exterior que alumbraba la puerta de entrada, tras cruzar el umbral, una impactante y negra oscuridad la envolvía, Nuria arrugó los párpados en un esfuerzo por focalizar e intentar adaptar rápidamente sus ojos a la luz en semipenumbra que iluminaba internamente el local.

Tras permanecer un instante de pie, inmóvil, sus pupilas comenzaron a poder discernir claramente los objetos y las personas. Avanzó hacia el interior caminando paralela al mostrador de la barra e inició la búsqueda visual de su amiga. El local estaba medio vacío, ella esperaba encontrarlo mucho más concurrido, pero esa era una mala hora porque a la una y media, la marcha solía estar en las discotecas.

Después de la infructuosa búsqueda, decidió sentarse y esperar a su amiga. ¡Ya no podía retrasarse mucho!. Eligió una mesa en el rincón, se encontraba libre y rodeada de otras mesas con gente conversando, así no daría una clara impresión de estar sola. Dejó el abrigo y el bolso colgados de la silla colindante. Allí con la proximidad, estarían bien vigilados.

La iluminación en aquella esquina era francamente pobre. Tomó el móvil y tras duros esfuerzos para visualizar el número de su compañera en la pantalla del teléfono, intentó sin éxito contactar con su amiga. Repitió la operación dos veces más, siempre con el mismo resultado, sólo recibía como respuesta la voz impersonal del contestador automático de la operadora de teléfono diciendo “el teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento”. Ella miró su pantalla y sí tenía cobertura, así pues el problema no era de su teléfono. Estos cacharros tecnológicos eran un buen invento y muy prácticos pero..., cuando realmente te hacían falta, siempre estaban fuera de servicio o no tenían cobertura, el caso era que ante la necesidad, nunca te hacían el apaño. ¡No quedaba otra solución que esperar a que Matilde diera señales de vida!

En esos momentos, llegó el camarero a su mesa.

-Hola buenas noches, ¿desea tomar algo o prefiere esperar? –dijo el camarero dando por sentado que no estaba sola.

- Hola, será mejor que me traiga algo, puede que tenga que esperar un ratito.
- Muy bien, ¿qué quiere que le sirva?.
- Un Baileys con hielo estaría bien.
- Enseguida se lo traigo.

El camarero se retiró hacia la barra a cumplimentar el pedido.

Nuria comenzó a recorrer el local con la mirada, en un intento vago por pasar el tiempo. Ahora ya habituada a la escasa luz ambiental, se apreciaban mucho mejor la decoración interior, los pormenores y los adornos. No estaba mal aquel lugar para charlar un rato en un ambiente íntimo y cómplice pero, para su gusto personal, era demasiado lúgubre, oscuro y claustrofóbico.

Las paredes forradas a base de oscuras láminas de madera chapada, no contribuían a dar una sensación de amplitud. La abundancia de tanta madera en exceso, lo hacía básicamente acogedor y cálido pero el color tan oscuro estrujaba y ahogaba visualmente el espacio.

En aquel rincón el aire continuaba cargado de tabaco y los olores allí estaban como más concentrados era difícil de describir y al respirar lentamente se notaba el aire denso, espeso y viciado. Posiblemente esos olores fuesen algo intrínseco en el local y estuviesen incrustados en sus paredes de tantas noches de humo cargando y llenando el ambiente, impregnando y filtrándose hasta el último rincón.

La entrada del local era más bien estrecha y angosta, al ser éste totalmente interior y estar desprovisto de ventanas, con toda seguridad tenía problemas de ventilación, de ahí su olor principalmente a rancio y enmohecido. ¡A saber cuando fue la última vez que estuvo el local totalmente abierto para que se airease!

En lo referente a la limpieza no se veía muy mal, pero ante la evidente escasez de luz y la continua presencia de la penumbra que lo envolvía todo, no podía afirmarlo con rotundidad.

Continuó dejando pasar el tiempo vagando con la mirada con aire distraído. Al pasar por la barra, sus ojos detectaron que un chico, que acababa de llegar, la estaba observando fijamente. De inmediato, desvió la mirada en otra dirección en un infructuoso intento por eludir los ojos del muchacho.

-¡Vaya!. Lo que me faltaba, un ligón! –pensó Nuria, tratando de disimular y pasar inadvertida.

No tenía ganas de compañía, sólo deseaba que: llegase Matilde, volver a casa, tumbarse en la cama y quitarse los malditos zapatos que hacían rato que le estaban recordando lo nuevos y estrechos que eran. Si hubiese podido, se los hubiera quitado antes pero estaba segura que cuando sacase los pies de su prisión de cuero, éstos, se iban a expandir volumétricamente en un reconfortante alivio tras el sufrimiento padecido, entonces, sus pies se negarían a ser calzados y torturados de nuevo.

Raúl había llegado al local después de haber recorrido otros dos con anterioridad durante esa noche. Cuando la velada comenzaba así, siempre era un mal augurio. Al igual que la noche anterior, no había tenido éxito con las chicas y al paso que marchaban las cosas presagiaba que no lo tendría tampoco en lo que quedaba de noche. Podría ir a una de las discotecas, como última opción, pero hoy no le apetecía que le bombardearan los tímpanos con ritmos machacones y música estridente.

Como buen "latin lover", nada más cruzar el umbral de la puerta, hizo un rápido examen visual a la situación, oteando las mesas, clasificando las hembras y seleccionando las posibles candidatas a recibir sus halagos y atenciones.

La cosa en un principio, tras una evaluación preliminar, parecía que estaba bastante fastidiada. El local se hallaba casi vacío y todo el mundo charlaba en grupitos. Las muchachas se encontraban siempre acompañadas de chicos. Se apoyó en la barra y pidió una cerveza en espera de acontecimientos.

Volviendo a mirar de nuevo a su alrededor y descubrió a una chica de buen ver que estaba sentada en el rincón. Antes no la había visto porque el camarero se hallaba justo delante de ella. La chica parecía que acababa de llegar y que estaba sola. Se giró en redondo sobre el taburete mirándola fijamente tratando de captar su atención. En ese instante, sus miradas estuvieron a punto de cruzarse pero ella inmediatamente, en un acto reflejo, desvió la suya. Esta reacción era normal en las chicas al principio del escarceo, formaba parte del juego.

Raúl rápidamente, con relativa ansiedad, hizo una seña al camarero que le había estado tomando nota a ella.

-¡Eh Manolo!

-¡Hombre Raúl! –le saludó el camarero-. ¿Qué haces por aquí?. ¿Buscando carnaza fresca?.

-Sí, ya ves, yo siempre a lo mío. ¡Chico!. ¡Uno es guapo y hay que aprovecharse de ello!. ¡La belleza es efímera y los años de bonanza fugaces y breves!

-¿Desde cuando tú utilizas palabras tan cultas?. ¿Te has leído el diccionario esta tarde antes de salir de casa?.

-¡Intelectual que es uno!. Lo que ocurre es que sois de tan pobre cultura que nunca habéis sabido apreciarlo. Uno aparte de guapo, es listo también.

-Bueno, por lo visto han dejado salir a *los fantasmas* esta noche –bromeó el camarero desaprobando el narcisismo de Raúl.

-Cuéntame..., ¿quién es la chica del rincón?.

-No lo sé, es la primera vez que la veo por aquí.

-En ti es normal, nunca te enteras de nada.

-Si en una noche tuvieses que servir tantas copas como yo, veríamos de cuántas caras te ibas a acordar tú, no pienses que es fácil –apostilló el camarero autojustificando su eventual falta de memoria.

-¡Seguro que de unas cuantas más que tú!. Por cierto, volviendo a la chica que está sentada en la esquina, ¿sabes si está acompañada?.

-Por ahora no, sólo ha pedido para ella, pero creo que está esperando a alguien.

-¿Tío o tía?.

-¡Y yo que sé!. ¿Por qué no vas tú y se lo preguntas? –respondió incómodo el camarero.

-Pues sí, sí que lo pienso hacer. ¿Qué ha pedido para beber?.

-Un Baileys con hielo.

-¡Oye!. A esa copa la invitó yo.

-¡Vale!. Tomo nota. ¿Se la vas a llevar tú en persona?.

-¡No hombre!, para eso están los camareros.

-¡Tú sí que tienes la cara dura!. Ahora esperas que vaya yo a hacerte el trabajo duro, luego llega el señor y se queda con la chica.

-No te quejes, no es tan grave. Por un amigo yo también lo haría.

- Vale, vale, no insistas más, voy a hacerlo, pero la copa te la cargo a tu cuenta.
- Sí, vale, cárgamelo a mí y añade una copa para ti.
- Eso no tiene sentido, yo puedo beber lo que desee sin necesidad que nadie me invite.
- Ya lo sé pero quiero invitarte.
- ¡Como tú digas!. Me tomaré un agua a tu salud. ¡El cliente siempre manda!
- Venga deja de charlar y date prisa, que al final se marchará por aburrimiento.

El camarero comenzó a preparar la bebida, él en el fondo era un poco vergonzoso y este tipo de situaciones le incomodaban en gran medida y, en este caso, más aún, ya que todo pronosticaba un fracaso total, por lo poco que había hablado con aquella chica, no parecía que fuese de aquellas fáciles que enseguida son accesibles.

Mientras él se dirigía hacia la mesa a servir la copa, Raúl continuaba girado, manteniendo la mirada fija en Nuria, expectante a los acontecimientos que estaban a punto de producirse. Ésta, por su parte, no le estaba prestando ni la más mínima atención, hacía como que observaba la decoración. No tenía el cuerpo para aguantar a moscones.

Transcurridos unos segundos llegó el camarero con la bebida.

- Aquí tiene señorita, su Baileys, la invita Raúl, el chico de la barra.

Nuria quedó extrañada aunque no le sorprendió, se inclinó hacia el lado a la vez que el camarero se apartaba para permitirle observar el rostro del chico de la barra. Raúl, por su parte, le devolvió un movimiento de muñeca con la palma de la mano abierta, a modo de saludo acompañado de una forzada sonrisa de oreja a oreja.

-Lo siento, no puedo aceptar la invitación –dijo Nuria con solemnidad-, creo que aquel chico se equivoca de persona. No lo conozco de nada y tampoco quiero conocerle, por favor,... ¿Cuánto le debo por la copa?.

- Disculpe señorita pero ya está pagada.
- Bueno..., pues entonces, llévesela a quién lo haya pagado y tráigame otra.
- Como usted mande. Enseguida le traigo otro Baileys.

El camarero retornó a la barra con la bebida. Raúl había observado todo con perplejidad, era la primera vez que esto le fallaba. Normalmente, las chicas ante una invitación, le devolvían una sonrisa y, era en ese momento, cuando él aprovechaba para iniciar el contacto y la conversación.

Al llegar el camarero a su altura, le expresó claramente su opinión.

-¡Menudo ridículo he hecho por tu culpa!. Ésta vez lo tienes *crudo*. Ha dicho que te lo bebas tú. No quiere conocerte y me pide que le lleve otro Baileys a ella.

- ¡Hombre de poca fe!. Trae la bebida, observa y aprende del maestro muchachito.

Raúl tomó su bebida y la de ella, se dirigió directo a la mesa de Nuria. Ella se percató de sus movimientos de aproximación y comenzó a inquietarse.

El camarero le observó sin decir palabra, levantando instintivamente una ceja en señal de escepticismo.

-¡Este tío es un pesado y no parece que se dé fácilmente por vencido! –pensó Nuria viéndolo venir.

-Hola, me llamo Raúl –se presentó el muchacho mostrando una de sus mejores sonrisas.

Nuria no podía verle con nitidez la cara y mucho menos su esforzada sonrisa ya que él estaba situado a contraluz y el rostro quedaba ensombrecido.

-Ya le he dicho al camarero que no deseo compañía, además, estoy esperando a mi novio que llegará de un momento a otro –respondió Nuria secamente.

-Bueno..., el camarero únicamente me ha dicho que no aceptabas mi invitación y nada más, y yo, sólo he venido a ofrecértela de nuevo ya que esta pagada y es una pena tirarla, estoy bebiendo cerveza y no me sentaría bien si mezclo bebidas tan diferentes. ¡Ya me entiendes!

Nuria le miraba con indiferencia, con desinterés, reflejando la misma expresión que esculpiría en su rostro un yanomami si le vendiesen un par de esquís para la nieve.

-No es mi intención molestarte –prosiguió Raúl en su argumentación-. Puedo hacerte compañía al menos hasta que llegue tu novio y, si mientras tanto te aburres, prometo levantarme y no volver.

Raúl quedó callado en espera que la chica dijese algo en respuesta a su propuesta o bien, le invitase a sentarse, no quería que aquella conversación terminara finalmente siendo un monólogo. Pasados unos segundos de tensa espera, hizo ademán de sentarse a lo que la muchacha reaccionó de inmediato.

-¡Creo que nadie te ha invitado a sentarte!

-¡Anda, no seas arisca!. Date cuenta el ridículo que puedo hacer si después de haber venido hasta aquí con la copa en la mano, me despachas en un minuto. Sería el hazmerreír del bar durante toda la semana.

-¡Eso a mí no me importa!. Es tu problema, aquí nadie te ha llamado.

-Al menos, hazlo por mí. No te va a pasar nada si charlas conmigo durante cinco minutos y después me marchó. Está en juego mi reputación y tú no tienes pinta de ser antipática.

Nuria dirigió una mirada a la barra del bar y, en verdad, el camarero desde hacía un par de minutos, no perdía detalle sobre lo que en su mesa acontecía. Otros dos muchachos situados de pie al lado del camarero también estaban atentos, posiblemente se tratasen de amigachos del pesado que tenía sentado enfrente.

Efectivamente, Nuria estaba en lo cierto, acababan de llegar unos colegas de Raúl, que formaron aquel grupito improvisado en la barra del bar y, junto con el camarero, estaban observando con deleite las técnicas de acoso y derribo del maestro.

Raúl era muy bueno en aquello y sabía entrarles muy bien a las muchachas. Muchas veces, no se explicaban como las chicas no lo despachaban en la segunda frase, pero ahí radicaba su secreto, ¿qué les debía contar a las féminas para conseguir siempre lo que quería de ellas?. Como era de suponer, alguna tontería para que se riesen, siempre una sonrisa allanaba el camino, pero con ésta de esta noche no parecía que se hubiese reído mucho hasta este momento.

Nuria siguió escuchando a aquel charlatán que, de una forma u otra, ya estaba sentado en su mesa. Tal vez, la mejor forma de librarse de él fuese esa, accediendo a su propuesta, pero si daba la casualidad que llegaba Matilde, entonces aquel pelmazo se daría cuenta de que no estaba esperando a ningún chico y no se lo podría quitar de encima en toda la noche.

Tras sopesar los pros y contras de la situación tomó una resolución. Levantó el brazo e hizo una seña al camarero. Éste lleno de curiosidad, más rápido que un relámpago llegó hasta la mesa.

-¿Desea algo señorita? –preguntó cortésmente.

-Sí. Este chico, que no conozco de nada, me está molestando y desearía que se marchase de mi mesa y que dejara de incordiar-me. ¿Sería eso posible?.

El camarero lanzó una mirada severa a Raúl, aunque interiormente estaba haciendo verdaderos esfuerzos por no soltar una carcajada allí mismo, el respeto a la clienta le obligaba a guardar la compostura. "El maestro" estaba haciendo uno de los mayores ridículos de su vida, lo estaban despachando con un puntapié en el trasero. El camarero no veía el momento de volver a la barra y contárselo a los otros colegas.

-Bueno mujer, tampoco es para tomárselo así. Disculpa si te he molestado, pero creo que he sido cortés y educado contigo –se excusaba Raúl levantándose de la mesa.

-No, no es eso. Perdona por la brusquedad, es simplemente que estoy esperando a alguien. ¡Así de fácil de entender!.

-Al menos acepta la copa y si dentro de un rato te aburres, me haces una seña, ¿vale? - propuso el muchacho en un último y desesperado intento.

-¡No lo creo!. De todas formas gracias –respondió ella educadamente intentando esbozar una leve sonrisa en el rostro mientras observaba como se marchaba Raúl escoltado por el camarero.

4. La compañía

Raúl se dirigió cabizbajo hacia la barra. Mentalmente se iba preparando para la mofada general que le esperaba por parte de sus colegas cuando llegase.

-¿Qué te ha pasado Raulete?. ¿Ésta tía era dura?.

-No, que va, ya la tenía en el bote, sólo que estaba preocupada porque en cualquier momento podía llegar su novio y no quería que me encontrase con ella, por eso me ha despachado.

-Pues no parecía muy nerviosa cuando me ha llamado para echarme de la mesa – argumentó el camarero.

-¡Te ha llamado para echarlo! –exclamó entre risas un colega del grupo-. ¡El fracaso ha sido más grande de lo que pensaba!.

-Lo que yo te diga, cinco minutos más y ésa hubiese caído –explicaba Raúl tratando de salvar su reputación.

-¡No había tantos lobos en el cuento, Caperucita! –la carcajada fue colectiva.

-Sí, sí, vosotros reíros, pero esta noche puede que yo no haya ligado pero vosotros ligáis menos que una medusa en una carrera de caballos.

Raúl dirigió una mirada fugaz a Nuria, sólo para comprobar si ella continuaba estando pendiente de él o no.

Nuria en ese preciso instante, saboreaba su bebida con total indiferencia y despreocupación, más bien parecía más pendiente del teléfono móvil que depositó encima de la mesa que del entorno que la rodeaba.

-Puede ser que la chica dijese la verdad y estuviese esperando a su novio –pensó Raúl-. Eso quería decir, que en el fondo él no había fracasado, simplemente existió un ponderante circunstancial imposible de eludir. Tenía claro que cuando él se proponía algo, siempre lo conseguía y, esta vez, no iba a ser menos. Esta chica sería suya.

-Nosotros nos vamos a ir al “Nostradamus”. ¿Te vienes Raúl? –le propusieron sus colegas.

-No gracias, ya estuve allí hace un rato y no había mucho ganado, el ambiente estaba bastante alicaído

-Anda vente, nos reiremos un poco. Puede que allí cambie tu suerte.

-Prefiero quedarme aquí un rato e intentarlo más tarde de nuevo antes que ir con vosotros y aguantar vuestras bromas y risas durante toda la noche.

-Date por vencido, no tiene nada de malo que una noche no liganes –consolaban a Raúl no sin añadir un ligero tono sarcástico a la frase-. Aunque ya comienza a ser una racha muy larga. ¿No te parece?.

-Sí, sí, vosotros reíros pero a ésa todavía yo no la doy por perdida, durante el transcurso de esta noche será mía. Además, hasta que yo no llegue a vuestros índices de fracaso, todavía me quedan muchos intentos fallidos.

-Bueno, vale, ahí te quedas, nosotros nos vamos. Si te cansas, estaremos en el Nostradamus durante un rato.

-Vale, hasta luego –se despidió Raúl de sus colegas.

Nuria comenzaba a impacientarse, todavía no había recibido noticias de Matilde. Lo estuvo intentado en varias ocasiones y ni siquiera pudo dejarle un mensaje en el buzón de voz. ¡No lo tenía activado!

En el peor de los casos, podía dejar un mensaje en el contestador de casa. Si en un imperdonable descuido, Matilde se hubiese olvidado de ella, cabía la posibilidad, que al llegar a casa, escuchase el contestador con el mensaje y viniese a recogerla. ¡Más valía tarde que nunca!

Cada vez quedaba menos gente en el local. El tiempo transcurría lentamente y se acercaba la hora del cierre. "El pesado" todavía se encontraba allí, parecía tener una paciencia infinita, no se daba finalmente por vencido. Permanecía en la barra, allí sentado, acechando, esperando el momento oportuno para el contraataque. Todavía no había vuelto a la carga de nuevo. La dejó tranquila y sin molestarla hasta este momento, pero ella estaba segura que volvería a intentarlo. Eso ya era suficiente carga para ella.

Pasadas las tres de la madrugada.

Nuria hacía rato que había apurado su copa, ya bebió suficiente, no le apetecía ninguna más. Se le había pasado el punto alegre que adquirió con el vino en la cena y no tenía el cuerpo predispuesto para seguir ingiriendo más alcohol.

Debía tomar una decisión antes que fuese demasiado tarde. No podía continuar allí parada como un pasmarote en espera de acontecimientos que no acaban de producirse. Cuanto más tarde fuese, más difícil sería encontrar un taxi para llegar hasta su pueblo.

-¡Y ésta Matilde sin aparecer!. ¡Menudo fastidio! –refunfuñaba para sí misma-. ¿Qué puede haberle sucedido?.

El camarero comenzó a recoger las sillas de alrededor poniéndolas patas arriba encima de las mesas. Era un claro indicio que se disponía a cerrar en breve. Nuria captó la indirecta y llamó la atención al camarero.

-¿Sí...?.

-¿Quería que me cobrases el Baileys? –dijo sacando el monedero del bolso.

-Lo siento, al final quedó pagado. Lo pagó Raúl y ante su insistencia no pude rechazarlo. ¡No lo debo cobrar dos veces!

-De todas formas gracias –dijo Nuria con resignación-. Por cierto, ¿dónde puedo encontrar un taxi a estas horas?.

-Lo veo un poco difícil, después de las tres no suelen circular muchos taxis por la calle. A unos doscientos metros, calle arriba, hay una parada de taxis pero seguro que estará vacía. Yo, todas las noches, paso por allí más o menos a esta hora y está desierta. Además, las callejuelas colindantes son un poco oscuras y solitarias. ¡No diría yo que es el mejor lugar para una chica sola a estas horas!. ¡Usted ya me entiende!. Siento no poder ayudarla, precisamente hasta hace unos días tenía una tarjeta de esas, de los teletaxis, esos que se llama por teléfono, pero hice limpieza de la caja y tire todos los papelajos a la basura. La vida es así. ¡Si antes te deshaces de algo que piensas que es inútil, antes te hace falta!.

-Gracias por el intento, ya me apañaré -dijo Nuria con resignación mal disimulada-. Si viniese alguien preguntando por mí, por favor dígame que me he ido ya para casa.

-No creo que me dé tiempo de ello –contestó el camarero-. En menos de un cuarto de hora espero haber cerrado el local

-Hasta la vista –se despidió Nuria levantándose y recogiendo sus cosas.

El camarero se dirigió a la barra y mantuvo unas breves palabras con Raúl.

Nuria se percató de ello y ahora temía que éste estuviese esperándola a la salida. Al fin y al cabo, el tiempo le había dado la razón a él y después de haber comprobado que seguía tan sola como cuando llegó al local, era evidente que: o bien ella le mintió o bien le habían pegado un plantón tremendo.

Durante todo el tiempo que estuvo saboreando su bebida, tuvo la oportunidad de formular mil y una posibles explicaciones para justificar el retraso tan grande de su amiga, cualquiera de ellas factible, cualquiera de ellas probable, cualquiera de ellas irreal. No sabía que pensar, lo más extraño era la falta de noticias.

Nuria reflexionó por un momento y tuvo una gran idea:

-¿Cómo no se me había ocurrido antes? –pensó-. Podía llamar al hospital para ver si todavía estaba allí Matilde. ¡Qué tonta había sido por no pensarlo antes!

Se dirigió a la barra y pidió el listín telefónico.

-Hum... -el camarero hizo un esfuerzo de memoria-, lo siento, no tengo ni idea de dónde puede estar –contestó tratando de disculparse por su mala cabeza-, cuando lo traen siempre lo tiro en algún rincón, yo nunca uso el listín, cuando necesito algo siempre llamo a información telefónica. ¡Inténtelo de esa forma!

-¿Qué número es información?.

-El 012345, es sencillo de acordarse.

Nuria realizó la llamada y en información telefónica le proporcionaron el número de teléfono del hospital. Cuando llamó allí, los del hospital se negaron a dar información privada acerca del personal que trabaja en el centro hospitalario, por eso no le quisieron decir si Matilde había terminado o no su jornada, lo que sí le informaron era que había ocurrido un accidente grave en la autovía y los servicios de urgencias habían tenido más trabajo del habitual.

Nuria no necesitaba más explicaciones, ya sabía que este accidente hizo que Matilde terminara más tarde o hasta era posible que todavía estuviese trabajando.

No tenía más opción que aceptar la situación con resignación y "buscarse la vida" sin contar a priori con Matilde.

Fue hasta la salida temiéndose que la estuviese esperando el pesado. Para su sorpresa, cuando cruzó el umbral y salió a la calle no estaba el muchacho allí, contrariamente a lo que ella suponía. En su lugar, había un grupo de chavalotes, tres o cuatro, tratando de decidir dónde iban a continuar la travesada.

La noche se había vuelto templada. El aire limpio y fresco de la calle, la reanimó del letargo producido por la larga espera y el aburrimiento.

Una última llamada, un último intento antes de tomar una decisión. Volvió a marcar el número de Matilde y el resultado obtenido fue infructuoso, todo igual, sin cambios, como un parte de relevo rutinario de la guardia, "sin novedad en el frente".

Miró a ambos lados de la calle intentando dar una oportunidad más a su amiga, anhelando ver aparecer los faros del coche de Matilde. Tras girar varias veces la cabeza hacia ambos sentidos, no consiguió mejores resultados que con el teléfono, la calle estaba completamente desierta no circulaba ni un sólo vehículo. Era de esperar, a las tres y cuarto de la madrugada no suelen haber muchos ciudadanos vagando por la ciudad. ¿Qué iba a

hacer ahora?. Hasta las seis de la mañana no comenzaban de nuevo los autocares regulares.

No, no, no debía pensar en ello, ésta era la última baza, antes de esa hora, seguro que habría encontrado un taxi o alguna solución al problema. No se iba a quedar allí en la ciudad esperando a que transcurriesen casi tres horas. ¡Sólo le faltaba esto para tener una velada completita!

-Hola guapa –una voz se dirigió a ella procedente de un grupito de jóvenes que estaban en la calle al lado de la puerta.

Intentó hacer como que no había escuchado nada, el tono con el que habían dicho la frase la inquietaba.

-¿Te has quedado solita, nena?. ¿Quieres que te hagamos compañía?.

Nuria se giró mirándolos fijamente con esa mirada penetrante, con ese gesto de osadía que sabía imprimir en su rostro cuando estaba enojada, intentando de esta forma dar a entender claramente que sus propuestas no eran bien recibidas por ella.

-Bueno chica. ¡Uhhh!, no te lo tomes así –contestaron mofándose, burlándose descaradamente de ella.

Volvió a mirar a ambos lados de la calle con creciente nerviosismo y ansiedad. No podía comenzar a andar en ninguna dirección por miedo a que aquellos individuos la siguieran. Tampoco podía quedarse mucho más tiempo allí plantada porque acabarían abordándola. ¡Qué situación más embarazosa!. ¿Qué hacer, andar, quedarse, entrar de nuevo al local?. ¡Matilde sin venir!. ¡Ufff!. ¡Qué agobio!.

-¡No seas sosa guapa!. Con nosotros te lo pasarás bien –la continuaban increpando.

El nerviosismo y la inquietud crecían por momentos. Un cosquilleo creciente ascendía por el estómago y unas tremendas ganas de orinar hicieron aparición. Todo ello como consecuencia de su nerviosismo.

Las luces de un vehículo hicieron aparición por el extremo de la calle.

-¡Ojalá fuese Matilde! –pensó Nuria deseándolo con todas sus fuerzas.

El vehículo paró a sus pies y la ventanilla delantera se deslizó hacia abajo. Ella se agachó para poder ver el rostro del ocupante.

-Hola, ¿quieres que te acerque a algún sitio? –le dijo una voz conocida desde dentro del vehículo.

Nuria se agachó un poco más y pudo ver plenamente el rostro del conductor. No se sorprendió.

-Venga, es evidente que te han dado un gran plantón. Siempre será mejor venir conmigo que quedarte ahí parada.

Nuria estaba dubitativa, no era bueno montarse en el vehículo de un desconocido, pero tampoco resultaba mucho mejor quedarse allí en compañía de aquellos *cabestros*, los cuales, ya le habían dejado entrever sus intenciones.

Analizando fríamente las dos posibilidades, parecía mucho mejor montar con un casi desconocido en un coche, que quedarse con un grupo de ellos en la calle, al menos del primero sabía que se llamaba Raúl y sólo era uno.

Nuria abrió la puerta con decisión y montó en el coche.

-Adios guapa, si te aburres, ven a buscarnos –dijo alguien del grupo a modo de despedida acompañándola de una risa burlona.

Nuria subió la ventanilla rápidamente para dejar de escucharles. Le hubiese gustado sacarles la lengua al igual que hacen los niños pequeños, pero era mejor quedarse con las

ganas y no tentar a la suerte provocándolos. Al menos, ya se había desembarazado de ellos.

-Bueno, permíteme que me presente de nuevo y así te refresco la memoria. Yo soy Raúl y tú...

-Me llamo Nuria –contestó la muchacha secamente.

-Muy bien Nuria, ya que las presentaciones han terminado, ¿adónde quieres que te lleve?.

-El camarero me ha explicado que hacia delante, en aquella dirección, al final de la calle, hay una parada de taxis. ¿Podrías llevarme hasta allí?.

-No hace falta que tomes un taxi, yo te puedo llevar a dónde tú quieras, no tengo nada más que hacer.

-Por lo pronto preferiría que me llevaras a la parada de taxis. Si no te importa.

-¡Que val! No me importa nada. Si la señora dice que a la parada de taxis, no se hable más, vamos raudos y veloces hasta allí.

-Disculpa si he sido un poco brusca, es que esos tipejos de la puerta me han puesto un poco nerviosa.

-No te preocupes, es normal. A mí me habría pasado lo mismo.

Dicho esto, el vehículo arrancó haciendo un cambio de sentido para dirigirse en la dirección indicada.

Continuaron en silencio recorriendo el breve trayecto.

Reconocieron fácilmente la parada de taxis por la señal y las pintadas en el suelo. Tal y como vaticinó el camarero, a excepción de un perro vagabundo que estaba olisqueando las basuras, la parada se encontraba totalmente desierta.

-Ya hemos llegado y ahora..., ¿qué? –preguntó Raúl lleno de curiosidad.

-Déjame hacer una llamada y mientras, esperamos a ver si viene algún taxi –le contestó Nuria a modo de propuesta.

Raúl asintió con la cabeza con resignación.

Nuria intentó de nuevo contactar con su amiga llamando tanto a su móvil como al teléfono de casa. En ambos casos el resultado fue nulo.

-Yo no es que quiera meterme en tus asuntos y desanimarte –prosiguió Raúl retomando la conversación-, no obstante, dudo mucho que por aquí aparezca un taxi.

-¿Por qué dices eso?. Pareces muy seguro de ello.

-No, sólo pienso que es lo normal, pura lógica. A estas horas posiblemente los taxis estarán en las inmediaciones de las discotecas ya que es allí donde van a encontrar la clientela para llevarla de vuelta a sus casas. No creo que ninguno de ellos sea tan tonto como para venir a esperar a una parada solitaria perdida entre estas callejuelas. Aquí no hay negocio.

-Aunque me pese reconocerlo, tiene sentido lo que dices –añadió Nuria casi autojustificándose ante sí misma por el hecho de estar allí dentro del coche de un desconocido.

-Los viernes por la noche siempre hay mucho movimiento –continuó Raúl con su argumentación-, no les da tiempo a enfriar el asiento de los pasajeros cuando tienen a otro montado. Los viernes y los sábados son las mejores noches de trabajo para ellos.

-Y según tú... ¿Qué crees que debería hacer?.

-Pues dejar que un chico guapo y simpático como yo, te lleve a casa en un coche *molón* como éste.

-Mira por donde no termino de estar de acuerdo contigo. Yo pienso que sería mejor que me acercases al centro para tomar un taxi.

-¿Qué puede tener un taxi que no tenga este coche?. ¿Acaso piensas que con un taxista estarías más segura que conmigo?.

-No, no es eso, es que...

Realmente Raúl presionando era muy bueno y la estaba acorralando, dejándola sin argumentos para deshacerse de su amable compañía.

-Ya entiendo, lo que tú tienes es ganas de pagar. ¿Verdad que es eso? -bromeó el muchacho.

Nuria esbozó una sonrisa, no sabía que decir. El chico parecía amable y no le faltaba razón en lo que estaba exponiendo. Tan bueno podía ser él como cualquier conductor de taxi con el que se fuera a montar. Al menos a Raúl ya le había visto bien la cara y sabía dónde lo podía encontrar.

-Venga no seas tan desconfiada, prometo no molestarte, dime dónde quieres que te lleve y ahora en serio, nada de decirme que al centro de la ciudad.

-La verdad es que vivo un poco lejos, en las afueras.

-¿Dónde?. ¿En Sotillos?.

-No, en la otra dirección en Villareal del Soto.

-¡Ah Villareal!. Ya sé donde es. He ido allí unas cuantas veces a tomarme alguna copa.

-¡Sí...! –exclamó Nuria alegremente sorprendida-. ¿Adónde concretamente?. ¿Al pub Pintó?.

-No, a un sitio que se llama algo así como..., déjame recordar..., ya lo tengo, “la manzana roja”.

-“La manzana roja”, que interesante. Ahí sólo van las *socorridas* del pueblo a buscar un ligue para pasar el rato y desfogarse.

-No me malinterpretes, pero nadie iba a hacer unos cuantos kilómetros para meterse en un tugurio pueblerino como ése si no tuviese un mínimo de garantía de que al menos iba a encontrar plan. ¡Sería de género idiota!.

-No estoy tratando de juzgarte, sólo digo que sé que allí no cuesta mucho ligar con las chicas que van. Yo conozco un par de ellas y con éstas seguro que el tema está bastante fácil. Con esta afirmación no pretendo criticar a quien va por allí. ¡Allá cada cual con su vida!.

-Entonces..., ¿qué?, ¿rumbo a Villareal del Soto? –propuso Raúl.

-Bueno, que sea lo que Dios quiera –asintió Nuria con resignación-. Si no te importa podrías pasar de nuevo por la puerta del bar no sea que hubiese llegado la persona a la que estaba esperando.

-No me importa, veo que no pierdes la esperanza, pero si hasta esta hora no había llegado no creo que llegue ahora –afirmó Raúl con total rotundidad.

Cuando el coche llegó a la altura de la puerta del bar, no había nadie allí, únicamente el camarero bajando la persiana y poniendo el candado, dispuesto a irse para su casa tras la larga y nocturna jornada de trabajo.

Raúl picó levemente el claxon a modo de saludo a la vez que servía para llamar la atención de su colega, el camarero, para demostrarle que el maestro siempre gana.

Tal y como él solía defender en las tertulias con sus colegas, sólo era cuestión de ser paciente y de saber en qué momento y cómo hay que entrarle a cada fémica y él, en esos menesteres, era todo un experto, más bien, como todos afirmaban, un maestro.

5. Lo que aconteció

La avalancha de trabajo extra que invadió urgencias, fue por fin atajada. Todo volvió a la normalidad de siempre. Ya eran más de las tres de la mañana, Matilde salió sin pérdida de tiempo en dirección al bar musical. No sabía todavía cómo iba a explicarle lo sucedido a su impaciente amiga. La mejor forma era diciéndole la verdad. Estas cosas, tal y como postula la ley de Murphy, suceden y formaban parte de los inconvenientes de su trabajo, eran inevitables y siempre aparecían en el peor momento. Aunque la tardanza estaba justificada y era fácilmente comprensible, también debería considerarse que una cosa era un retraso y otra, muy distinta, un plantón de casi dos horas, además, con la circunstancia agravante de no haber podido hablar con ella para avisarla con antelación.

Antes de salir del hospital, Matilde consiguió llamar a casa para cerciorarse que no había regresado Nuria, no quería hacer el viaje al local musical en vano. Nadie respondió a la llamada y terminó finalmente saltando el contestador, eso quería decir que, al menos, hasta allí no había llegado su amiga o si lo había hecho, no estaba despierta.

No guardaba esperanza que Nuria continuara todavía esperándola, ella en su caso no esperaría tanto, habría tomado un taxi y vuelto a casa pero, de cualquier forma, moralmente estaba obligada a ir a su encuentro. Por suerte, a esas horas no había tráfico y tardaría poco en llegar al lugar de la cita.

Se encontraba cansada, nerviosa e incómoda, ni siquiera se paró a ducharse en el hospital. Estas cosas le pasaba por tonta, no se podía comprometer con nadie a una hora determinada cuando no podía controlar a qué hora iba a terminar de trabajar. Tenía que aprender con la experiencia y tenerlo en cuenta para la próxima ocasión.

En esos momentos, de buena gana, cambiaba la dirección del vehículo y se iba a casa a descansar, después del día tan ajetreado que tuvo, ya se había ganado el merecido reposo.

Estaba aproximándose al local cuando, al acercarse a un semáforo, pudo apreciar que en carril del sentido contrario de circulación estaba parado un coche tipo deportivo y, en él, iba su amiga. Su vehículo llegó al semáforo justo cuando la luz de éste se puso verde, apenas si había reducido la velocidad y no le daba tiempo a pararse. Picó el claxon en un fugaz intento por llamar la atención de su amiga pero el esfuerzo fue en vano, el deportivo marchó velozmente en dirección contraria a la suya.

Matilde tendría que llegar hasta el próximo cruce para poder girar y seguirlos. A la velocidad que circulaba el otro vehículo, sería imposible darle alcance, a no ser que se parase demasiado tiempo en los semáforos.

¡No valía la pena!. De cualquier modo, ella anímicamente no se encontraba en la mejor forma para iniciar una persecución automovilística a alta velocidad.

Ya sabía que su amiga se encontraba bien y que estaba acompañada, con eso era suficiente. ¡Mañana sería día para dar explicaciones!.

-¿Qué tipo de música te gusta? –preguntó Raúl con curiosidad.

-Me da igual mientras no la pongas muy fuerte. Tienes un coche *muy guapo*.

-Se hace lo que se puede—contestó el muchacho con orgullo mal disimulado.

-¡Oh!. ¡Qué gracioso!. El colgante éste que baila es como el muñeco rockero que sale en el anuncio del coche y mueve la cintura con la inercia del vehículo.

-Sí, es muy parecido pero no idéntico. Me costó mucho trabajo conseguirlo. No lo venden por aquí. ¿A que es *chulo*?

-Sí, desde que lo vi en el anuncio de la televisión, me hizo mucha gracia. Me encanta el movimiento de cintura del muñeco cuando se balancea —reafirmó Nuria empujando levemente el muñequito con el dedo índice para provocar su contoneo.

-¿Te va bien un poco de música *dance*?

-Perfecto.

-Supongo que el mejor camino para ir a tu pueblo será por la carretera nacional. ¿Verdad?

-Yo diría que es el único, no conozco otro.

-Ahora avanzaremos despacio por culpa de los semáforos, cuando salgamos de la ciudad iremos más rápido y llegaremos enseguida.

-Lo sé, hago este recorrido a diario en autocar.

-¡Ah, sí!... —exclamó Raúl haciéndose el sorprendido—. ¿Vienes todos los días a la ciudad a trabajar o a estudiar?

-Trabajo en una oficina en el centro.

-¡Qué interesante! —exclamó Raúl con interés. En el fondo no le *importaba ni un comino*, sólo pretendía dar la imagen de alguien que se interesaba por las cosas de la muchacha, formaba parte de sus técnicas para ligar.

Transcurrieron unos minutos sumergidos en una charla informal y banal.

A la salida de la ciudad se encontraron con los controles policiales de alcoholemia. Los vehículos debían pasar uno a uno. Era la fortuna y el azar los que decidían a cuál de los conductores se les realizaba el control.

Por suerte para Raúl, estaban haciendo el control a dos conductores y el cupo de espacio reservado estaba lleno por lo que se libró que le tocara a él. Aunque esa noche no bebió mucho, siempre existía la posibilidad de dar positivo. Esperaba tener la misma suerte a la vuelta o bien que se hubiesen disuelto los controles a esa hora. Las multas eran muy cuantiosas y hasta podían inmovilizar el vehículo, sus arcas financieras no estaban para muchas tonterías.

Últimamente estos controles estaban presentes todos los fines de semana, las fiestas y las vísperas. Dentro de poco, la juventud no se podrá tomar ni una cerveza por miedo a sobrepasar, en los tests, los límites de alcohol que marcan la ley.

El tráfico en la carretera era prácticamente nulo. Raúl aprovechó la ocasión para sacar partido a su magnífica máquina y tratar de impresionar a la chica con el sonido ronco y potente del motor. Como era de esperar, llegaron a la salida de Villareal enseguida y sin ningún tipo de problemas. Enfilaron hacia la aglomeración de casas que formaban el pueblo. A la entrada, Raúl le solicitó más indicaciones a la chica.

-A partir de aquí me tienes que guiar.

-Tira recto por la calle principal y ya te indicaré. Vivo aquí al lado, muy cerca de la entrada.

El pueblo era pequeño sin gran relevancia, su único mérito era estar cerca de la ciudad por lo que en los últimos años fue sufriendo un crecimiento paulatino por la llegada de familias que fijaban allí su residencia definitiva huyendo de la aglomerada y ruidosa urbe.

El pueblo tenía la fisonomía propia de los de la región, casas tradicionales, bajas, hechas a la vieja usanza, de gruesas paredes, encaladas de blanco para combatir el sofocante sol del mediodía, salpicadas de balcones y enrejados coronados por macetas de geranios, callejuelas de trazado irregular, angostas y empinadas.

La calle principal atravesaba el pueblo de extremo a extremo. Estaba empedrada con adoquines y el silencio reinante a esas horas de la noche hacía que el ruido de los neumáticos y del tubo de escape se multiplicara ayudado por su propio eco. El vehículo circulaba a baja velocidad para amortiguar, en la medida de lo posible, el ruido generado en su avance.

Llegaron frente a la vivienda de Nuria. Estaba cerrada y las luces apagadas. Era un mal presagio daba la impresión que Matilde no había llegado. Buscó las llaves en su bolso y fue entonces cuando cayó en la cuenta que, al arreglarse para salir, cambió de bolso dejando las llaves en el otro, en el bolso de diario, precisamente encima de una mesa que estaba tan próxima y tan inaccesible a la vez. Salió del coche y llamó al timbre. Como era de esperar nadie contestó. Matilde no había regresado todavía. Esta noche no daba "pie con bola".

Le explicó a Raúl lo sucedido, quitándole importancia y tratando de no parecer tonta, ni dar pie a que pensase que era una treta para quedarse más tiempo con él en el automóvil. Allí estacionados, continuaban hablando acerca del coche de Raúl. No es que ella fuese una entendida ni que le apasionase el tema, pero surgió por sí sólo cuando comenzaron a hablar del muñequito que se balanceaba sobre el tablero, de una forma inocente y sin pretenderlo, la conversación derivó en dicho sentido.

Se notaba que Raúl disfrutaba hablando sobre su vehículo. A veces, utilizaba unos tecnicismos en sus descripciones que ella no comprendía pero le encantaba ver como él le explicaba los pormenores como si ella fuese una entendida, era como contemplar a un niño exhibiendo su juguete preferido.

Nuria comenzó a incomodarse un poco, hacía rato que tenía ganas de orinar. Pronto tendría que poner remedio a esta necesidad fisiológica y, en medio del pueblo, no era el mejor lugar para ello.

Raúl se percató de la creciente inquietud de la muchacha y le dio pie para hablar de ello.

-¿Tienes ganas de ir al lavabo?.

-Sí, ¿se me nota mucho?.

-¡Hombre!..., un poco sí, hace rato que estás moviéndote como los niños pequeños cuando se aguantan el pipí.

-Nosotras las mujeres, no lo tenemos tan fácil como vosotros que orináis en cualquier sitio y ya está –se justificaba Nuria.

-¿Quieres que vayamos a un bar o algún sitio de estos por aquí?.

-En este pueblo no hay ningún local abierto a estas horas.

-Puedo llevarte a algún callejón oscuro o a algún lugar un poco apartado –sugirió Raúl amablemente.

-No, sería igual de privado que aquí mismo. Pero..., podríamos ir a un pequeño descampado muy discreto que hay en dirección a la nacional –propuso Nuria.

-¡Ya sé donde dices!.

-Sí... ¿Y tú cómo conoces ese lugar? –preguntó Nuria con curiosidad.

-Bueno, ya te dije que había estado varias veces en "la manzana roja" y, no es que vaya de *vacilón* pero siempre ligaba y, después, íbamos a ese descampado para desahogarnos un poco. ¡Ya me entiendes!.

-Seguro que es cierto, ese descampado es famoso sobretodo por eso. ¡Quien va allí, ya sabe a que va!.

-Veo que me has comprendido.

-Por lo pronto yo sólo voy a orinar. ¡Eso que quede claro!.

-Bueno... ¡Vamos para allá!.

Raúl arrancó el vehículo y, en silencio, puso rumbo al descampado. Nuria estaba un poco avergonzada por la situación y, en cierto modo, agradecida por la comprensión del muchacho. La necesidad era apremiante y no era necesario andarse con cursiladas.

En esta ocasión, al igual que en muchas otras suele ocurrir, una valoración precipitada o una primera impresión sobre alguien, mostraba que era totalmente diferente y contraria a lo que en realidad resultaba ser la persona. Éste muchacho parecía ser uno de esos casos. Nuria, poco a poco, estaba cambiando su concepto sobre el chico, si bien en el bar se había mostrado egocéntrico y algo machista, ahora iba adquiriendo un tono más humano y desinteresado.

Llegaron al descampado que estaba desierto, por suerte no había ninguna pareja en la explanada disfrutando de la intimidad y complicidad que les proporcionaba la oscuridad de la noche.

Las luces del vehículo permanecieron encendidas para iluminar el entorno.

Nuria bajó con rapidez a aliviarse al lado del vehículo. Raúl apagó la radio y bajo del coche. Permaneció junto al mismo en espera que volviese la muchacha.

-He terminado. ¡Qué alivio!. Bueno..., ya nos podemos marchar –dijo la muchacha cuando llegaba al vehículo.

Raúl rodeó el coche y la alcanzó antes que ésta entrara.

-Ahora que estamos aquí, podríamos aprovechar para confraternizar un poco –propuso tomándola por la cintura.

-No, ¡déjame en paz!. He venido aquí porque lo necesitaba y no para hacer *manitas* contigo. ¡Creía que eso había quedado claro!.

-¡No seas estrecha! –Raúl la había tomado por los brazos con firmeza e intentaba besarla.

Nuria forcejeaba con todas sus fuerzas pero era inútil, no se podía librar del abrazo. Con un quiebro de cintura consiguió zafarse pero él, la volvió a abrazar de nuevo. Con los movimientos bruscos de ambos, cayeron al suelo rodando una vuelta sobre las hierbas. Los forcejeos continuaron, ella luchando, intentando librarse, él exigiendo cobrar el precio del pasaje.

Cuatro y cuarto de la madrugada

Matilde llegó al pueblo, conduciendo despacio su vehículo. Ella, de por sí, era muy prudente al volante, pero esta noche en especial más aún. Se sentía cansada, derrotada. La jornada en el hospital la consumió por completo. Éstas no eran las mejores condiciones para conducir pero no tenía ninguna otra opción donde escoger.

Llegó a casa y dejó el vehículo estacionado frente a la entrada. Las luces de la vivienda estaban apagadas. Abrió la puerta prudentemente tratando de hacer el mínimo ruido posible, no quería despertar a su amiga y tener que darle explicaciones de lo que había sucedido, al menos, no ahora.

Fue hasta su habitación y se cambió de ropa preparándose para dormir. Después de cepillarse los dientes, cuando volvía del lavabo, apreció que la puerta de la habitación de su amiga estaba entreabierta.

La curiosidad le tentaba a mirar, se acercó hasta el dormitorio de Nuria y abrió suavemente la puerta empujándola con las yemas de los dedos para no hacer ruido. Asomó la cabeza por el hueco y comprobó que Nuria no había llegado todavía.

Faltaban quince minutos para las cinco de la madrugada, su compañera no acostumbraba a salir hasta tan tarde. Hoy parecía que era un día especial. Por lo que ella había podido ver, su amiga se encontraba bien acompañada y era lo suficientemente grandecita como para saber lo que se hacía. Era sano que, de vez en cuando, disfrutase un poco de la vida y se lo pasara bien, últimamente se encontraba apergaminada y se le estaba agriando el carácter.

Si su amiga había tenido éxito ligando esta noche, puede que mañana encajase mucho mejor el imperdonable plantón. Envuelta en estos pensamientos se introdujo en la cama sin demora, tenía que recuperar el descanso perdido. Unos instantes más tarde quedó profundamente dormida, rendida ante el cansancio y el agotamiento.

Sábado, ocho y media de la mañana

El día amaneció gris y encapotado. Una espesa neblina cubría los cerros y el valle del pueblo. Una figura tambaleante se desplazaba en medio de la carretera nacional realizando movimientos errantes en zig-zag como consecuencia de su paso débil y poco firme.

Llevaba el rostro cubierto con las manos, las ropas manchadas y la camisa rota. Deambulaba en medio del asfalto con un caminar embriagado, ciego y sin rumbo, totalmente desorientada y sin ver hacia dónde se dirigía.

Un camión pasó por su lado, evitándola de milagro, emitiendo un largo, ronco y fuerte pitido. Un coche, que venía a unos treinta metros detrás, no pudo esquivarla tan limpiamente como el camión.

Tras una fuerte frenada en la que los neumáticos chirriaron y patinaron a lo largo del asfalto, el vehículo se atravesó y, desliziéndose de lado, alcanzó a la figura andante.

El impacto fue leve, apenas si tiró a la muchacha desplazándola un par de metros sobre el suelo.

El matrimonio que ocupaba el vehículo, se quedaron por un momento perplejos, pétreos, blancos ante la sorpresa por la repentina aparición de la muchacha en mitad de la carretera y el inevitable golpe, necesitaron unos segundos para reaccionar. Salieron del coche y fueron corriendo a socorrer a la accidentada que permanecía inmóvil tirada sobre el pavimento.

La muchacha se encontraba inconsciente en el suelo, tenía sus rotas vestimentas manchadas de sangre, en parte ya reseca. Se podía contemplar una fuerte herida en la cabeza, en el rostro, algunos rasguños y cortes en los brazos. Aparentemente no se apreciaban más heridas superficiales; no obstante, a simple vista, no podían saber que más lesiones internas pudiera tener la muchacha.

No era el momento de hacer elucubraciones ni de plantearse incógnitas sobre lo que le había ocurrido a aquella chica. Lo evidente era que necesitaba asistencia médica con urgencia.

Con cuidado, tomaron el cuerpo inerte y lo pusieron en el asiento de atrás del vehículo. Le aplicaron una pequeña toalla presionando con fuerza en la cabeza y el rostro de la muchacha puesto que las heridas habían comenzado a sangrar, copiosamente.

Arrancaron el coche y se dirigieron directos al hospital de la ciudad lo más rápido que la pericia y la habilidad del conductor le permitían.

Colocaron un pañuelo en la ventanilla y tocaban el claxon en señal de emergencia para que los otros conductores reconociesen que era una urgencia y les cediesen el paso facilitando su avance.

Llegando a la entrada de la ciudad se toparon con una pareja motorizada de policías de tráfico. Éstos, inmediatamente se hicieron cargo de la situación avisando por radio al hospital para que estuviesen preparados a la llegada de la accidentada a la vez que escoltaron el vehículo con las sirenas encendidas proporcionándoles vía libre de semáforos y de retenciones.

Cuando llegaron al hospital, entregaron la accidentada que continuaba inconsciente.

Los enfermeros la tumbaron en una camilla y sin más demora la introdujeron inmediatamente en el quirófano. Sus constantes vitales eran muy débiles, había perdido mucha sangre y corrían el riesgo de perderla.

Fue entonces cuando llegó el momento de serenarse, aquel matrimonio continuaban asombrados y aturdidos por lo sucedido, ahora debían relatar lo acontecido a la policía.

Aquella no dejaba de ser una situación extraña rodeada de circunstancias desconocidas, el hecho que la chica fuera indocumentada no ponía las cosas fáciles, era necesario recabar información y saber quién era aquella muchacha, de dónde procedía, qué le había pasado antes del accidente en la carretera, dónde le sucedió y sobre todo, quién le hizo aquello.

6. La identificación

Sábado mediodía.

Matilde se despertó tras un largo y reparador sueño. Durmió plácidamente de un tirón, ningún ruido la molestó durante toda la mañana. Sólo podía abrir los ojos, el resto de su cuerpo permanecía inmóvil en la cama negándose a incorporarse, como indicándole que todavía era necesario reposar un poco más.

Por cierto..., ¿habría vuelto ya su amiga?. Hoy se tendría que plantar delante de ella y disculparse por el retraso, así que cuanto más tarde ocurriese el encuentro entre ambas, tanto mejor. No obstante, le picaba la curiosidad por saber cosas sobre el chico que la acompañaba la noche pasada. Puede que se tratase simplemente de algún compañero de trabajo, pero se le hacía raro, su amiga nunca le había hablado con anterioridad de él. Era hora de levantarse y desayunar algo, a este paso, iba a juntar la comida con el desayuno, aunque antes, era necesario tomar la ducha que quedó pendiente desde el hospital.

Asomó la cabeza en la habitación de su amiga y estaba vacía. Todo permanecía intacto. Las cosas ordenadas, la cama hecha, su edredón impecablemente alisado, sin una sola arruga o imperfección. Esto ya no era normal. Nuria nunca se había ausentado tanto tiempo sin decirle nada.

Miró el contestador y tenía mensajes pendientes. Tras escucharlos, comprobó que eran de la noche anterior, todos de su amiga que, con inquietud, trataba de contactar con ella desde el bar musical, se escuchaba perfectamente la música de fondo.

Conectó su teléfono móvil a la red eléctrica y llamó al móvil de su amiga. Aunque sonaron varias veces los tonos, nadie contestó al teléfono. Posiblemente lo tenía dentro del bolso y no lo escuchaba.

Se duchó, comió algo ligero y se marchó de compras a la ciudad, el refrigerador estaba en las últimas, prácticamente vacío. Un sábado, a la hora de comer, era cuando menos gente había en las grandes superficies comerciales, entonces, se podía hacer la compra de una forma desahogada sin tanto gentío y aglomeraciones.

Era media tarde cuando regresó a la casa, de nuevo, miró alrededor en busca de su amiga, no había señales de su presencia, todo estaba igual que cuando ella se marchó. Ningún mensaje, ninguna noticia.

Transcurrió la tarde del sábado y todo el domingo sin noticias de Nuria. Por más que ella llamase a su amiga, no recibía ninguna respuesta. Su preocupación iba en aumento minuto a minuto.

El domingo por la tarde llamó a la policía local para informarse de los pasos a realizar para formular una denuncia por desaparición. Un policía amablemente le explicó que en los casos de adultos, debería transcurrir al menos cuarenta y ocho horas desde la última vez que se vio al presunto desaparecido. El policía tranquilizó a Matilde y le aconsejó que esperase hasta el lunes, si hasta ese día no había dado señales, entonces se podía

formular la denuncia por desaparición. En ese supuesto, sería aconsejable que portase fotos recientes de la persona, si era posible con un primer plano del rostro.

La conversación con el policía no la tranquilizó sino que, más bien, le produjo el efecto contrario. Para su amiga se aproximaba el límite de tiempo por el cual, a una persona se le daba oficialmente por desaparecida y eso no le hacía ni pizca de gracia. ¿Qué le había ocurrido a Nuria?

Matilde se acostó esa noche inquieta. No pudo conciliar el sueño obsesionada pensando en su amiga y en la última imagen que tenía de ella grabada en su mente. Se la veía bien, montada en el coche deportivo con aquel chico guapo. ¿Qué pudo haber pasado?

El sueño por fin acabó con sus fuerzas. Su descansar fue inquieto, sobresaltado por las imágenes que le invadían, escenas terribles, cosas sin sentido, el único denominador común era el tono horripilante y grotesco de las mismas. Un descansar desasosegado, un dormir para no reposar.

Lunes por la mañana.

Hacía rato que se había levantado Matilde sin haberse recuperado tras pasar una maldita noche de perros. Hizo las comprobaciones de rutina como tantas veces en los últimos días: miró en el cuarto de Nuria, observó las lucecitas del contestador que avisaban de un mensaje recibido, llamó al teléfono de Nuria en busca de una respuesta. ¡Nada!

Interiormente no confiaba en que hubiesen cambios y que su amiga diese señales de vida, en cualquier caso, debía hacer todas estas cosas, al igual que la máquina repite un ciclo, una rutina programada, una y otra vez sin cesar. La esperanza es lo último que el ser humano pierde.

Buscó entre los enseres de su compañera y halló una fotografía reciente, tipo carnet, se la había tomado para la renovación de la licencia de conducir. No entendía porque renovaba su amiga la licencia, si luego, ella nunca manejaba el coche y, hoy por hoy, tampoco tenía intención de comprárselo.

Entre los papeles también encontró una fotocopia de Documento de Identidad, esto le facilitará las cosas a la policía, allí se reflejaban todos los datos oficiales de su compañera.

Se arregló y se dirigió con paso firme y decidido al puesto de policía del pueblo. Le atendió un policía local, el cual le informó amablemente que ellos podían tramitar la denuncia pero, si realmente quería que se activase pronto, sería mejor que la denuncia la hiciese ella directamente en la Jefatura de Policía de la ciudad. En la jefatura disponían de mejores medios, más personal y existían mayores garantías de éxito porque eran más operativos. En el puesto del pueblo no dejaban de ser sólo tres policías destacados, dotados simplemente con: un teléfono, una máquina de escribir y un par de mesas. Por lo pronto, aunque ellos la enviaran hoy mismo, la denuncia tardaría en llegar a la jefatura unos dos días como mínimo. Éste era un ejemplo de cómo funcionaban las cosas.

No fue necesario insistir mucho, Matilde se concienció de que tenía que ir hasta la ciudad a realizar allí el trámite, así pues, tomó su vehículo y puso rumbo a la ciudad. Suerte que disfrutaba de fiesta hasta el próximo fin de semana, sino, no sabía como hubiese realizado todas estas idas y venidas de un lado a otro.

Llegó a la Jefatura de Policía en el centro de la ciudad, para su sorpresa, disponían de plazas libres dónde dejar estacionado el vehículo. Este detalle, en aquella urbe tan concurrida y con tanto tráfico, era de agradecer.

Entró y expuso el motivo de su visita, muy amablemente la dirigieron hacia el departamento de personas desaparecidas para que tramitase la correspondiente denuncia.

-Buenos días señorita. ¿En qué puedo servirla? –le preguntó un policía mirándola desde su escritorio.

-Hola, quería informar la desaparición de una persona.

-Muy bien, pase y siéntese, por favor.

El hombre se giró y de unos casilleros extrajo unos impresos. Tomó la primera hoja y la colocó en la máquina de escribir presto a rellenar el formulario con los datos que le fuese proporcionando Matilde.

-¿Se trata de un adulto, un niño, una persona de edad avanzada?.

-Un adulto, es mi amiga, una chica joven de unos treinta años.

-Luego entraremos en datos personales de la desaparecida –aclaró el policía imponiendo un orden de ejecución-. ¿Cuánto hace que desapareció esa chica?.

-Desde el viernes por la noche no ha dado señales de vida y no sé nada de ella.

-Vale, han transcurrido más de cuarenta y ocho horas, el plazo de espera ha expirado. Éste es el principal requisito, por lo tanto, podemos tramitar la denuncia. No obstante, usted debe asegurarse que no se trate de un desafortunado malentendido. ¿Lo ha hecho?.

-No, pero no hay equivocación posible -contestó Matilde un poco exaltada-. Yo estoy segura que algo malo le ha ocurrido a mi amiga.

-Bueno, tranquilícese, estamos aquí para ayudarle. Entonces..., me dice que no sabe nada de ella, ni usted ni ningún amigo, familiar o allegado.

-No, nadie más vive con ella.

-Me refiero a alguna amistad o un familiar con el que habitualmente se relacione, no tiene que convivir forzosamente con ella, ya me entiende, no fuese que se haya ido a pasar el fin de semana con alguien y no le haya dicho nada. Tal vez, le haya dejado alguna nota o un mensaje que usted no hubiese visto.

-Ése no es el caso de mi amiga, estoy segura, ella no actúa así. En cuanto a la familia, que yo sepa, sólo tiene un hermanastro mayor que ella. Se llama Antonio, no recuerdo su primer apellido pero el segundo es Pelayo, de eso estoy bien segura. Ellos son hermanos por parte de madre y Pelayo es el segundo apellido de mi amiga. Él vive aquí en la ciudad pero ella nunca va a visitarle sino todo lo contrario, es él el que, muy de cuando en cuando, se pasa por casa para visitarla y charlar un rato. Tienen una relación muy despegada, apenas se ven una vez o dos cada año. Yo sólo lo he visto, en una ocasión, muy brevemente y por casualidad. No sé si sabría reconocerle si me lo cruzara por la calle.

-Según afirma, tiene claro que se ha producido una desaparición. Usted está segura que no se trata de una falsa alarma o un malentendido.

-Sí, estoy totalmente segura.

-En ese caso, primero empecemos por sus datos personales. Me puede dejar su Documento de Identidad.

Matilde sacó su documentación del bolso. Estaba un poco incomodada por el interrogatorio al que la había sometido el policía, seguramente formaba parte del procedimiento. Ella no era una histérica, si estaba allí era porque tenía la certeza que algo malo le había sucedido a su amiga. Ella tenía cosas más interesantes que hacer que estar

importunando a la policía con tonterías y falsas historias para llamar la atención. ¡No estaba chalada!. Sabía muy bien lo que estaba diciendo.

-¿Todos los datos de su carnet están vigentes?.

-Sí, son correctos todos –asintió Matilde con la cabeza.

-¿Un número de teléfono para localizarla?.

-Mi número de teléfono es 82417536.

-¿Cuál es su relación con la desaparecida?.

-Somos amigas y llevamos viviendo juntas casi tres años.

-¿Son ustedes pareja?. Me vengo a referir a... -el policía puso cara de circunstancias, no sabía como decirlo sin molestar a la muchacha.

-No, no, solamente somos amigas, no existe ningún tipo de relación íntima entre nosotras.

-Ahora, déme los datos personales de su amiga.

-Aquí tengo una fotografía reciente y una fotocopia de su Documento de Identidad.

-¡Vaya!, me sorprende usted. Viene muy bien preparada -resaltó el policía.

-Sí, es que ayer llamé para informarme.

-¿Ayer ya estaba usted segura de la desaparición de su amiga? –pregunto el policía con escepticismo, no sin dejar dar un tono acusativo a la pregunta-. ¿No le parecía algo precipitado?.

-¡No, que va!. Esta situación no era nada normal en mi amiga, tanto tiempo sin decir nada. Imposible.

-Independientemente de la fotografía, me podría dar una descripción física de cómo es, complexión, estatura, algún defecto claramente visible o alguna marca, cicatrices, como iba vestida la última vez que la vieron, ya sabe usted, todo este tipo de cosas.

-Ahora tiene el pelo un poco más corto que en la fotografía, lo tiene cortado a media melena. Mide más o menos como yo, alrededor del metro sesenta y cinco centímetros. Debe de pesar por los sesenta kilos. Que yo recuerde, no tiene ninguna cicatriz visible, bueno sí, la operaron de apendicitis hace dos años. Sus ojos son de color verde claros, en esta fotografía no se aprecia muy bien.

Como música de fondo se escuchaba el golpeteo de los dedos del policía sobre la máquina de escribir, así como el martilleo de las letras contra la cinta de tinta y el papel sobre el rodillo de la máquina.

-La última vez que la vio..., ¿dónde iba?, ¿con quién había quedado?, ¿qué iba a hacer?.

Matilde relató al policía lo que habían planeado Nuria y ella para la noche del viernes y, a continuación, lo que realmente aconteció. Añadiendo el hecho que al final de la velada, en un fugaz instante, vio a su amiga en compañía de un muchacho en un vehículo negro, adornado como los deportivos, con unos dibujos en el frontal y los laterales delanteros que representaban lenguas de fuego. El policía escribió fielmente con todo lujo de detalles lo que Matilde le iba relatando.

Una vez redactada y terminada la denuncia, volvieron a repasar conjuntamente todo lo escrito. Cuando finalizaron, solicitó a Matilde que firmase el formulario. Tras esto, el policía se levantó y volvió enseguida con una fotocopia de los documentos.

-Esta copia de la denuncia es para usted –dijo entregándosela a Matilde-. Si más adelante quiere información sobre en qué estado se encuentra o, para saber cómo va la investigación o, que noticias nuevas hay sobre ella, puede usted personarse aquí mismo.

Para facilitar la labor e identificar el caso más fácilmente, tiene que dar como dato de referencia este número que aparece en la esquina, es el número de expediente.

-Ironías de la vida –reflexionó Matilde-, su amiga se había convertido en un expediente identificado por un número. El destino de una persona redactado en tono de tragedia en un formulario impersonal forrado por una carpetilla. En el instante en que ella abandonase la comisaría, pasaría a ser un expediente más de los cientos que debían existir en aquel lugar tan grande. Un grupo de papeles, un caso más a resolver, un trabajo rutinario para el funcionario asignado a tiempo parcial al caso, en el supuesto que lo llegase a tener algún día.

-Con esto hemos terminado la denuncia–informó el policía rescatando a Matilde de sus pensamientos.

-¿Ya está todo?. ¿Cuándo sabré algo?.

-No, por favor sígame, no hemos terminado del todo todavía. Hemos tramitado la denuncia por la desaparición, a continuación vamos a revisar lo que ha acontecido en un radio de unos cien kilómetros durante este fin de semana. Cabe la posibilidad que revisando los partes, encontrásemos alguna referencia o pista que nos diese luz sobre este asunto.

-Ya entiendo, están ustedes muy organizados.

-Es nuestra obligación señorita sino, sería esto un caos y los delincuentes camparían a su aire por nuestras calles.

-Es cierto, el mundo está muy revuelto y hay gente con muy malas entrañas por ahí sueltas.

-A mí no me lo tiene usted que contar, yo lo veo a diario en esta comisaría. No existe nada que me escandalice o me asombre, a veces, pienso que lo he visto todo, pero siempre surge algo novedoso.

Tras caminar unos metros, se sentaron en una mesa con un montón de expedientes apilados a un lado. El policía comenzó a mirarlos, descartándolos rápidamente hasta que llegó a uno el cual, ojeó con detenimiento.

-¿Dice usted que su amiga desapareció el viernes por la noche?.

-Sí, sí, yo la vi por última vez de madrugada, pasadas las tres y media, más bien hacia las cuatro.

-Aquí tenemos un informe de una chica que físicamente puede encajar con la descripción de su amiga. Fue encontrada el sábado por la mañana deambulando por la carretera nacional cerca de Villareal.

A Matilde le dio un vuelco el corazón.

-¡Nosotras vivimos en Villareal! –exclamó con los ojos muy abiertos.

-Por eso precisamente lo he mencionado –añadió el policía.

-Deambulando quiere decir andando... ¡Significa que no la encontraron muerta!.

-¿Muerta?. No, sólo malherida porque la atropelló un coche. Según se desprende del informe, la chica presumiblemente fue agredida antes. Después con posterioridad, fue atropellada cuando caminaba por medio de la carretera. En palabras de las personas que viajaban en el vehículo del accidente, la muchacha llevaba las vestimentas rotas y con manchas de sangre parcialmente secas cuando la vieron tumbada en el asfalto. A ver, déjeme ojear un poco más... ¡Lástima!, no hay ninguna foto –comentó el policía ojeando el expediente.

-¿Recuerda cómo iba vestida su amiga?.

-No, vete a saber que fue lo que se puso para salir. Sé que debía llevar un bolso pequeño de color verde pistacho, el de diario estaba en casa encima de la mesa.

-¡Qué contrariedad!. Precisamente no encontraron ningún bolso.

-¿Pone ahí, cómo está o dónde?.

-Aquí lo que está escrito es que fue ingresada de urgencia en el hospital de Nuestra Señora de la Trinidad, llegó inconsciente y que ahora está en la Unidad de Cuidados Intensivos.

-¡En el Nuestra Señora! –exclamó Matilde sorprendida.

El policía se sobresaltó un poco ante la creciente y notable excitación de la muchacha.

-Sí, en ése en concreto, ¿ocurre algo?.

-¡Ahí trabajo yo!. –contestó Matilde sin salir todavía de su asombro.

El policía se quedó un poco asombrado, a él nunca le habían gustado las casualidades y la experiencia le decía que cuando se juntaban dos o más, siempre había detrás *gato encerrado*.

-Como no hay ninguna fotografía en el expediente, ni sabemos cómo iba vestida su amiga y teniendo en cuenta que existen muchas cosas afines, ¿qué le parece si una pareja de policías la acompaña al hospital y hacemos una identificación “in situ”? Sería la mejor forma de salir de dudas -propuso el policía.

-Me parece bien. Cuando ustedes quieran, no tengo otra cosa que hacer.

El policía marchó a buscar a alguien para que la acompañase al hospital.

Matilde por su parte estaba un poco acongojada. No sabía que era peor, si no tener noticias o conocer que algo malo podía haberle ocurrido. Interiormente poseía la firme certeza que era su amiga la chica del hospital, al menos, eso significaba que estaba viva.

Un coche de policía la recogió en la puerta de la jefatura y la llevó hasta el hospital.

Cuando Matilde entró por la puerta tan bien escoltada, los compañeros y conocidos la miraban con curiosidad. Ella les hacía a todos un ademán con la mano indicando que no ocurría nada. Un guardia de seguridad del hospital se unió a la comitiva.

Matilde sin ningún titubeo, se dirigió directa a la UCI, conocía el camino de sobra. Al llegar allí, María Teresa, la enfermera jefe, atendió al grupo.

A través de los vidrios identificó plenamente a su amiga Nuria, no fue nada fácil teniendo gran parte del rostro vendado y el resto deformado a causa de la inflamación. No obstante, no había lugar a dudas, era ella y estaba viva. Así se lo hizo saber a los policías que la acompañaban.

Pidió permiso a la enfermera jefe para echar un vistazo al historial médico de la tableta del seguimiento y control. Contusiones múltiples, arañazos, una gran herida facial con fractura del hueso maxilofacial izquierdo, algunas lesiones menores externas, dos costillas rotas, el bazo dañado y abundante pérdida de sangre. Fue intervenida de urgencia. Postoperatorio delicado con vigilancia en la UCI. El estado actual era estacionario, con desorientación y pérdida de memoria, en espera de síntomas de recuperación.

Las lesiones, en parte, pudieron ser por culpa del accidente con el coche, pero eso no justificaba que previamente estuviese deambulando por la carretera y que sus ropas hubiesen estado rotas y manchadas de sangre. Realmente, algo siniestro y cruel le tuvo que ocurrir a su amiga. Habría que esperar a que estuviese mejor para averiguar qué pasó o que la investigación policial aportase algún dato nuevo al caso.

Matilde solicitó permiso para entrar dentro del habitáculo a ver a su amiga, pero la enfermera jefe lo desestimó, el estado de la paciente era muy delicado todavía y sin el permiso expreso del jefe de la unidad, ella no estaba dispuesta a asumir ese riesgo.

Asimismo, la policía informó a Matilde que era necesario volver a la comisaría para hacer un informe de la identificación positiva, dejar constancia que la persona desaparecida había sido hallada y completar el otro expediente, el de Nuria.

Matilde volvió a mirar por los vidrios y se despidió con un suave gesto de la mano, aunque no era posible que su amiga la viese, estaba dormida o despierta con los ojos cerrados, en cualquier caso ausente como consecuencia de la batería de narcóticos que le suministraban para mitigar el dolor. No importaba que su amiga no fuese consciente que ella estaba allí para ayudarla. Lo verdaderamente importante era que la había encontrado y estaba viva. ¡Qué más podía pedir!.

Más tarde, cuando volviese de la comisaría, hablaría con el jefe de la UCI, un viejo amigo de ella, para que en lo sucesivo no le pusiesen pegas y pudiese estar todo el tiempo que quisiese al lado de su amiga.

Montó en el coche de vuelta a la comisaría, una triste y solitaria lágrima descendía por su mejilla. No sabía definir si lloraba de alegría por haber encontrado al fin a su amiga o de lástima por el estado en el que la halló.

Poco a poco dio rienda suelta a los nervios y a la tensión acumulada durante todo el fin de semana salió *a flor de piel*. Comenzó a llorar tímidamente, apenas un sollozo. Estaba desfogándose, deshaciéndose del desconsuelo que albergaba en su interior. Lo necesitaba. Uno de los policías le ofreció un paquete de pañuelos de papel.

Al mismo tiempo que se desahogaba, un sentimiento interno de culpa iba creciendo en ella. Todo aquello no habría ocurrido si hubiese llegado a tiempo a la cita. Ése era el reproche que se hacía. Aquella fatídica noche dejó sola a su amiga. No se lo perdonaría jamás. ¡Maldito teléfono!. ¡Maldito cacharro!. Una sensación de angustia la embargaba por completo. Debía dejar de llorar, no quería aparecer en la comisaría como una tonta sentimental con los ojos enrojecidos.

7. El comienzo

Matilde se afanaba, como cada día por realizar, en el menor tiempo posible, la escasa faena de la casa. Más tarde, marchaba al hospital a hacer compañía a Nuria. Pasaba casi todo el día sentada al lado de ella, hablándole, leyéndole revistas y libros, cogiéndole la mano, dándole ánimos. Le hacía sentirse mejor, más persona. No es que con ello consiguiera apaciguar a su conciencia y borrar el sentimiento de culpa de su mente, lo hacía porque era su amiga y estaba segura que, en el caso contrario, Nuria también lo haría por ella, al fin y al cabo, no tenían a nadie más allegado en este mundo.

Hablando de allegados, debía de buscar el número de teléfono del hermanastro de su amiga y comunicarle que ésta estaba en el hospital. En el supuesto, Dios no lo quiera, que fuese necesario realizar alguna intervención de urgencia de alto riesgo, ella no estaba capacitada legalmente a dar ningún tipo de autorización al equipo médico, esta potestad sólo la poseen los familiares y, en el caso de Nuria, sería su hermanastro.

Su amiga se estaba recuperando muy bien, poseía un organismo fuerte y estaba sana. Con suerte, la semana que viene la trasladarían a la planta, fuera de la UCI. Su progresión estaba siendo buena, aún así, le quedaban bastantes días en el hospital y después, una larga y tortuosa rehabilitación hasta conseguir la correcta movilidad de la mandíbula y poder hablar bien, para ello, sería necesario, al menos, dos operaciones para insertar unos implantes metálicos y, después, operaciones de estética para reconstruir totalmente esa parte del rostro. Un calvario que, en el mejor de los casos, sólo le consumiría un par de años de su vida para no saber, a ciencia cierta, como sería el resultado final.

Las secuelas físicas que quedarían remanentes eran fáciles de imaginar, lo que no resultaba tan sencillo era evaluar las secuelas psicológicas: los trastornos emocionales y de personalidad que quedarán grabados y latentes en el cerebro para el resto de su vida.

Había recuperado totalmente la memoria excepto por lo concerniente al episodio de la noche del suceso. Según le había explicado el psicólogo que trataba a Nuria, tras un suceso traumático de esta índole, era normal que se produjera un shock, una especie de bloqueo inconsciente por el cual, la mente del individuo relega los hechos y recuerdos no deseados a lo más profundo de su inconsciente creando un muro de aislamiento alrededor de ellos. Era un arma de autodefensa que el organismo ponía en marcha consiguiendo de esta forma, aislar la mente de la angustia y el estrés que le podría ocasionar el tener presente los sucesos acontecidos. El olvido y la ignorancia temporal facilita la paz y el sosiego mental tan necesarios para la recuperación física del paciente.

No obstante, con el transcurso del tiempo, este bloqueo mental se irá debilitando, las imágenes y los recuerdos se escaparán del férreo presidio. Primero, durante las fases de sueño, emanando en forma de pesadillas alimentando la mente con imágenes incoherentes y después, llegarán hasta el consciente como recuerdos difusos de lo acontecido, los cuales, poco a poco, irán tomando cuerpo y consolidándose en la mente del individuo, estando la persona en ese estadio de su recuperación más preparada para asimilarlos. ¡La mente humana es una caja de sorpresas!.

El médico que llevaba el seguimiento psicológico de Nuria, aconsejó que no se planteara el tema con ella, que nadie le refiriese nada de lo que posiblemente aconteció en la fatídica noche. La enferma necesitaba tiempo para hacerse a la idea de su nueva situación. No le beneficiaría que la atosigaran con preguntas para las cuales no tenía respuesta ni esta preparada para contestar.

El informe médico sobre las lesiones detectadas en el cuerpo de Nuria era determinante, no dejaba lugar a dudas. La muchacha fue duramente agredida y, unas horas más tarde, golpeada por el coche, esto último le produjo una serie de daños de menor importancia. Las lesiones verdaderamente significativas fueron generadas durante el maltrato anterior al accidente. Existían marcas evidentes de forcejeo: cardenales, contusiones, arañazos y uñas rotas. Por otro lado, como ingresó en urgencias del hospital como víctima de un accidente de tráfico y hubo que intervenirla con tanta premura, no se hicieron pruebas para determinar si hubo una posible violación o abuso en este sentido, ni se extrajeron muestras que pudiesen arrojar alguna luz, lo que añadía más misterio y confusión al asunto.

Viernes por la mañana

Hoy era el último día que Matilde iba a poder permanecer tanto tiempo acompañando a su amiga. Se terminaban los días de descanso y mañana sábado comenzaba a cubrir el turno de las mañanas en el hospital. Podría pasar a ver a Nuria unos instantes, pero no mucho más tiempo, su puesto estaba en urgencias y no podía despistarse durante excesivo rato fuera de ese recinto, los jefes detectarían las faltas de presencia con facilidad, era un área muy dinámica con mucho movimiento y actividad.

Antes de llegar al hospital, decidió pasar por la comisaría a recabar información de cómo estaba marchando la investigación. Hacía casi una semana que ella estuvo tramitando la denuncia y, posiblemente, ya tuviesen datos interesantes sobre el individuo del coche deportivo negro.

La policía no había aparecido en toda la semana por el hospital a interrogar a Nuria, tal vez, no fuese necesario o estuviesen siguiendo las recomendaciones de los médicos, pero si no hablaban con ella, ¿cómo pensaban establecer lo hechos y esclarecer lo sucedido?.

Entró en la comisaría con la copia de la denuncia por desaparición en las manos, se dirigió al mostrador de la entrada y tras explicar el motivo de su visita e identificarse, la dirigieron a la misma sección en la que estuvo cumplimentando la denuncia. El policía que tramitó la denuncia la vio llegar e inmediatamente se incorporó de su mesa y fue a su encuentro.

-Buenos días señorita, ¿qué le trae de nuevo por aquí?.

-Hola, venía a ver si teníais más información sobre el caso de mi amiga, si se sabía algo nuevo.

El policía la miró perplejo y con asombro, como con cara de no entender qué era lo que estaba diciendo aquella muchacha. Por un instante, no supo que decir.

-Perdone usted, pero no entiendo nada –dijo el policía desconcertado-. ¿Su amiga no era la chica del hospital?. Recuerdo que sí -contestó el policía sin dar tiempo a replicar a Matilde-, era ella y se hizo el informe de identificación positiva. ¿Entonces?...

-Sí, sí, eso ya está claro. Era ella, pero yo no me refería a eso. Yo lo que quiero saber es qué han hecho ustedes referente al agresor, al chico del coche deportivo en el cual iba mi amiga. ¿Saben quién es?. ¿Cuándo se le va a detener?.

-Continuo sin seguirle. ¿Qué tiene que ver con su amiga?.

-Hombre, pues está claro –contestó Matilde con un ligero tono de indignación-. Si a mi amiga la encontraron malherida, lo más seguro es que haya sido ese individuo, lo menos que podrían hacer ustedes es demostrar un mínimo de interés buscándolo e interrogándolo. ¡Vamos!. Creo que es de sentido común.

-Vale, vale –dijo el policía con una sonrisa en la cara-. Ya sé dónde está el malentendido.

Matilde quedó a la espera de lo dijese el policía, sin entender a qué venía aquella sonrisa tonta y socarrona, ella no le veía gracia al asunto.

-Cuando vino usted el otro día, formuló una denuncia por desaparición.

Mientras decía esto, el policía tomó la copia del expediente de las manos de Matilde y con el dedo índice, estaba señalando y golpeaba suavemente el casillero del formulario dónde quedaba detallado el motivo de la denuncia. Este tipo de gestos siempre le había molestado mucho a ella, porque parecía que la tratasen de tonta. No hacía falta que se lo remarcasen con retintín.

-Cuando su amiga fue hallada, se hizo una identificación positiva y con ello se cerró el expediente. Más llanamente para que usted me entienda, se terminó el trabajo, ya no hay desaparecida, no hay que seguir buscando.

El enojo iba creciendo interiormente en Matilde que, asombrada por la paciencia que estaba demostrando, apreciaba que la estaban tratando poco menos que de idiota.

-¿Qué me dice de las lesiones?. ¿Y del chico del coche?. ¿Es que no piensan hacer nada sobre eso?.

-Ahora mismo no tenemos nada más pendiente con su amiga. Para nosotros oficialmente y, hasta que no se nos diga por parte de alguien lo contrario, las lesiones de su amiga fueron causadas en el accidente de coche.

-Pero eso no es así y ustedes lo saben por la declaración de las personas que la atropellaron, ellos lo dijeron bien claro. Recuerdo que usted mismo me mostró que en el expediente ponía que tenía las ropas rotas y manchadas antes de ser atropellada.

-Sí, lo recuerdo perfectamente, pero si el hospital no nos envía un parte de “Lesiones por maltrato o agresiones”, nosotros no podemos presuponerlo ni asumirlo e iniciar una investigación. Antes que nosotros podamos hacer nada siempre debe haber una denuncia o un delito, es como está montado todo esto y funcionamos así.

-¿Y no vale con este expediente?.

-No, las agresiones es otro tema diferente a las desapariciones, es otro tipo de caso y lo lleva otra sección, no es asunto de mi competencia.

-Entonces... ¿Qué debo hacer para poner en marcha una investigación sobre lo que le ocurrió a mi amiga?.

-Se me ocurren dos formas diferentes: que el hospital mande un parte de agresiones informando claramente de las circunstancias, argumentándolo con las evidencias médicas necesarias y con eso ya podemos comenzar o, lo que es más fácil, que venga su amiga y formule la correspondiente denuncia. Es así de sencillo. No hay más ciencia en esto.

Matilde se encontraba totalmente decepcionada, había ido allí en busca de noticias y resultaba que no se había hecho absolutamente nada y lo que era más grave, o conseguía el papeleo del hospital o allí no iban a mover ni un dedo por esclarecer los hechos.

Era asombrosa la pasividad con que la gente se tomaba las cosas, o se movía ella para hacer que la maquinaria se pusiese en marcha o nadie hacía nada dejando totalmente

impune al agresor de Nuria. ¡Era increíble!. Nunca pensó que las cosas llegarían hasta ese extremo de incompetencia e ineficacia.

-Entonces..., según ustedes, ¿no hay nada más que hacer? –preguntó Matilde en un último intento por conseguir algo.

-Lo siento, pero así es –aseguró el policía con aplomo-. Yo no he hecho las normas -se excusaba.

Nuria se giró enérgicamente y tomó rumbo hacia la salida con cara de muy pocos amigos, a la vez, iba refunfuñando y murmurando frases inaudibles, que si las dijera en un tono más alto y fuesen escuchadas por los allí presentes, más de uno se sentiría ofendido y escandalizado.

Salió del edificio y se giró contemplando la fachada por unos segundos.

-¡Inútiles!. ¡Ineptos!. ¡Holgazanes!.

Todas estas palabras las dijo en tono bajo para no llamar la atención, pero fueron dichas con el sentimiento y la energía necesaria como para apaciguar, por unos momentos, su furia interior reprimida.

Nuria abrió los párpados tras haber descansado durante un rato. La primera imagen que se aparecía frente a sus ojos, cada vez que los abría, era el blanco amarillento de las paredes y el alto techo del habitáculo. Sabía que estaba en un hospital, pero no recordaba cómo llegó hasta allí.

La cosa debió de ser seria, a fe de la cantidad de cacharros que tuvo los días anteriores conectados alrededor suyo y por el volumen de vendajes que todavía cubrían parte de su cuerpo.

En alguna ocasión intentó preguntar a Matilde qué fue lo que le sucedió, pero la imposibilidad de hablar y la escasez de fuerzas hicieron siempre que desistiera.

Había dormitado durante un rato, al igual que en estos días pasados, pequeños periodos de sueño y descanso intercalados con espacios de tiempo en los que permanecía semidespierta pero totalmente ausente.

El cansancio y el dolor dominaban su mundo interior. No sentía que fuese dueña de su vida. Había perdido la noción del día y la noche, los rayos de luz solar no llegaba hasta su camastro, únicamente la presencia de Matilde le proporcionaba alguna pista, si estaba junto a ella era de día y por el contrario su ausencia indicaba la llegada de la noche.

La rutina de las enfermeras no le permitía descansar: ahora el termómetro y la presión, ahora el suero, ahora los medicamentos, ahora la cuña, ella quería descansar, continuar sumergida en su sueño vaporoso, disfrutando del estado de embriaguez que le permitía encontrarse flotando entre nubes de algodón sin sentir dolor ni padecer.

Los otros enfermos que se encontraban en la misma unidad, parecían muy graves, era de suponer que su patética imagen debía de ser muy similar a la de ellos o, al menos, ella les producía la misma sensación de pesimismo e impotencia. Sospechaba que era una de esas unidades de vigilancia continuada, eso sólo podía significar que había tenido o tenía todavía un pie en este mundo y el otro pie fuera, en el reino de los muertos. Sólo los que se encuentran en una situación similar los envían a este tipo de unidades.

Cuando Matilde venía a verla, no mostraba cara de verdadera preocupación y ella la conocía lo suficiente como para reconocer las expresiones de su rostro. Y ahora, más bien, estaba pensativa y algo ausente. Siempre intentaba infundirle alegría y animarla, tal vez, demasiado esfuerzo para lo sería que siempre había sido ella. En más de una ocasión, le hubiese gustado decirle que se callase, que estaba cansada, que no quería

más jaleo y palabrería, pero le faltaban las fuerzas tan siquiera para intentarlo, al final, cerraba los ojos y entonces su amiga creía que estaba dormida y terminaba callándose de una vez.

Poco a poco iba teniendo menos aparatos conectados a su débil cuerpo y la mente más despejada. Permanecía en un permanente estado de sufrimiento continuo. Cuando se agotaba el efecto de los analgésicos, el dolor se incrementaba paulatinamente hasta que alcanzaba el punto de ser insoportable. Por mucho que lo solicitase, no le suministraban la tanda de calmantes hasta que no llegaba la hora prefijada por el médico, ella los necesitaba para hacer pasar el tiempo, para no sufrir más, para dormir y descansar.

Las enfermeras de esta sala poseían disciplina prusiana, seguían las instrucciones de la tablilla médica al pie de la letra, con puntualidad inglesa, no se ablandaban por las caras de pena, la compasión no formaba parte de su diccionario. En una ocasión, en que ella reclamó con gestos que le aplicasen los calmantes cuando todavía no era la hora, la enfermera hizo un comentario que si bien era cierto, no le hizo ni pizca de gracia. Ante la repetida llamada de Nuria para que le suministraran sus dosis de calmantes, la enfermera se limitó a contestar que todavía no tocaban, no era la hora de la dosis y, que padecer un poco de dolor es bueno porque te hacía sentir la vida.

¡Claro que la que decía esta frase, no estaba postrada en una camilla padeciendo!

Lo peor del calvario era el dolor insufrible en la cara que le subía por el lado de la cabeza y penetraba llegando hasta lo más profundo de su cerebro. Cuando comenzaba a doler era insoportable, sentía punzadas como si sus blancos dientes fueran ladrillos de una pared que alguien agujerease con un taladro con furia, una y otra vez, hasta hacerlos desaparecer.

En más de una ocasión le hubiese gustado quitarse aquel molesto vendaje de la cara, pero se sentía débil, muchas veces, apenas si tenía fuerzas para mover el brazo o la mano. Las pocas fuerzas que disponía las utilizaba para autoinfundirse ánimos, ella quería continuar adelante, salir de allí, reanudar su vida donde la dejó lo antes posible.

Cuando trabajaba, en una conversación en la cafetera de la oficina, escuchó a alguien hacer un comentario que ahora le venía a la mente: "si alguien no quiere vivir, ninguna medicina lo mantiene vivo". Postrada en aquella cama, rodeada de cacharros, había comprendido el significado de aquellas palabras, las cuales le sonaban como muy ciertas.

¡Ella quería seguir viviendo y nada se lo impediría!. ¡Era una luchadora!.

Contemplando todo a su alrededor, el movimiento, el va y viene de las enfermeras, el padecimiento de los otros internados en la sala, le daba la impresión de estar fuera y excluida de todo aquello, como si no formase parte de ese presente, al igual que el espectador que va a ver una película al cine: ve, comprende, siente y hasta se emociona pero no le está ocurriendo en verdad, simplemente una visión, un espejismo. Idéntica sensación que si se asomase por una ventana y estuviese observando desde el exterior hacia al interior de la sala del hospital.

Allí inmóvil, castigada sin poder marcharse, sufriendo sin poder hacer ni decir nada, sola, ignorada por las enfermeras hasta que le tocaba la hora de algo prescrito en la tablilla, esperando a que se acabase el suero o que hubiese que ponerle la cuña. Una sensación de impotencia total, que no le devolvía las ganas de vivir sino que le arrastraba hasta un estadio de conformidad y de resignada aceptación, dejando que el tiempo pasase y, con el correr del mismo, el organismo hiciera su trabajo de recuperación lo mejor que pudiera.

Quería un espejo, necesitaba verse, reconocerse, saber que aquel cuerpo era el suyo y que estaba postrada en el camastro, que no le faltaba nada y que aquello, no era ni un espejismo ni una visión.

Pensamientos incoherentes, sin sentido, obsesivos, potenciados por los calmantes, frustración causada por la inmovilidad y la impotencia. Desánimo por no poderse valer por sí misma. En la convalecencia albergaba una tristeza opresiva. Rara vez en soledad podía reírse, aquí faltaba algún entretenimiento. La depresión, la ofuscación podían estrujarla, zambulléndola en recuerdos irreales vividos entonces, reforzándose aún más si cabía, sus ganas de vivir. Quería salir de allí, moverse, vivir, sentir, hacer muchas cosas que todavía no había hecho en esta vida y que, hasta este momento, las había dejado siempre relegadas en el cajón del mañana, siempre planeado para un después. Si salía de ésta, no volvería a cometer el mismo error. ¡Seguro que no!.

Matilde llegó al hospital y se dirigió directa al departamento de Administración. Todavía arrastraba parte del enfado producido por la ineptitud y parsimonia de los policías, acrecentado por la cantidad de vueltas que tuvo que dar para estacionar el coche, al llegar más tarde, no quedaban aparcamientos libres en el hospital.

En Administración pudo comprobar que, efectivamente el policía tenía razón, desde el hospital no se tramitó el correspondiente parte de agresiones, por lo que la policía no inició ninguna actuación.

Fue a hablar con el médico que firmó el ingreso de Nuria para saber las razones específicas por las cuales no se había seguido el procedimiento habitual y no se realizó el parte de agresiones. El médico ojeó el informe médico, hizo un poco de memoria y fue bastante franco. Era evidente que las lesiones se habían producido por dos hechos totalmente diferenciados en el tiempo. La muchacha fue ingresada en urgencias y el motivo aparente, en un primer momento, era un accidente de tráfico pero tras examinarla, se pudo comprobar que en su cuerpo existían lesiones y daños que no habían sido provocados ni por choque contra el vehículo ni por el golpe en el asfalto.

Al no haber presente ningún familiar o acompañante de la accidentada, no pudo hablar con nadie sobre la postura oficial a adoptar. Así pues, el médico pensó que para la muchacha era mucho mejor que no se hiciese un parte de agresiones para la policía porque así, se podría atribuir todos los daños al accidente y el seguro del coche correría con todos los gastos del hospital, de la rehabilitación posterior y posiblemente, la indemnización económica para la accidentada sería mucho mayor. Éste fue sencillamente el criterio que adoptó el médico en una decisión personal, siempre buscando el beneficio de la paciente.

Por otro lado, él no tenía inconveniente en hacer el parte si así lo prefería la paciente, no habría problema por enviarlo más tarde, siempre podían argumentar frente a la policía que los papeles se habían traspapelado en Administración y por eso, no llegaron a la comisaría dentro del plazo de las setenta y dos horas que marca la ley. Justificable lo era, ya había ocurrido en otras ocasiones y la policía nunca había puesto ninguna pega para aceptar los papeles a trámite.

No obstante, le advertía que todas las lesiones que se declarasen que habían sido producidas con anterioridad al accidente de coche, no podrían después, ser reclamadas para la indemnización a la compañía de seguro. Así pues, le recomendaba que lo meditase con calma un par de días y que lo hablase con la paciente antes de tomar una decisión porque podían estar hablando de una buena suma de dinero.

El doctor tenía razón, quién era ella para tomar esa decisión por su amiga. No sabía de qué cantidad estaban hablando pero en cualquier caso, a su compañera le vendría muy bien por poco que fuese. No podía pedirle la opinión a Nuria sin ponerla en antecedentes. ¡Qué situación más incómoda!. ¿Qué hacer?.

Matilde subió a la UCI recapacitando sobre el tema durante el trayecto, cuando llegó a la puerta se encontró con Antonio el hermanastro de su amiga, fue él, el que la reconoció de inmediato. Había intentado ver a Nuria pero estaba dormida. Vino porque recibió su mensaje en el contestador, pero no imaginó que la cosa fuese tan grave. A continuación le preguntó a Matilde por lo que había acaecido, cómo se llegó a esta situación. Ella por su parte, relató todo lo que sabía desde lo del viernes hasta lo del parte de agresiones y en cierto modo le pidió opinión a Antonio de qué era lo mejor para Nuria.

Para Matilde fue un alivio este oportuno encuentro, porque se quitaba de un golpe la responsabilidad de decidir, que fuese Antonio el que dictara que se debía hacer, al fin y al cabo, era su familia y eso le daba la obligación y la potestad para hacerlo.

Antonio permaneció por un momento callado y al final, tomó una determinación. Su opinión era que no se podía dejar el delito impune, por lo tanto, había que hablar con el médico para que enviase el parte de agresiones, como él tenía contactos en la policía, ya haría todo lo posible para que el tema no quedase parado y el agresor de Nuria fuese capturado y recibiese su castigo.

A Matilde también le parecía lo mejor, no debía andar suelto por las calles el canalla que era capaz de hacerle a una chica lo que le hizo a su amiga. ¡Merecía estar encerrado y que no saliese nunca!. Si ella fuese gobernante, redactaría unas leyes y unas penas durísimas para los agresores de las mujeres indefensas. Cuando unos cuantos de estos valentones, se pudrieran para toda su vida en la cárcel sin volver a ver la luz del día, verías que pocos levantaban la mano en contra de una mujer. Pero por desgracia, la sociedad de hoy en día, está hecha por hombres, para el bienestar y disfrute de los hombres. La mujer no deja de ser un complemento más para cubrir sus necesidades culinarias, fisiológicas y emocionales.

8. La decisión

Tras conocer la intención de continuar adelante, Matilde acompañó a Antonio y propició que se entrevistase con el médico que atendió a Nuria cuando llegó al hospital. La excusa para concertar la entrevista fue que le explicase el alcance de las lesiones y futuras secuelas, pero el verdadero motivo era dar la oportunidad a Antonio para que, como familiar, expresase su clara determinación de iniciar una investigación policial para clarificar los hechos y encarcelar al culpable.

Al cabo de dos días estuvo hecho el parte médico de agresiones. Matilde se encargó personalmente de llevarlo en mano a la comisaría, no quería que, por arte de la mala fortuna, se traspapelara y transcurriesen tres meses sin que nadie hiciese nada.

Habló con el policía que la atendió en las otras visitas. Éste al menos, ya estaba al corriente del caso y conocía los pormenores. Acompañada personalmente por él, realizó los trámites de una denuncia por agresiones, no se pudo añadir el, más que posible, delito de violación o el de abusos sexuales porque no existía ninguna indicación expresa en ese sentido en el parte médico. La verdad era que al no haberse realizado un examen ginecológico cuando llegó la paciente, ahora no se podía afirmar nada en ese sentido y cualquier evidencia ya había desaparecido. Desde el punto de vista médico, la actuación para salvar la vida de la muchacha fue irreprochable, pero desde el enfoque policial, al llegar la paciente como una accidentada por atropello, se pasaron por alto muchos aspectos de un atestado que luego son cruciales a la hora de aportar indicios y datos para la posterior investigación.

Con este tipo de explicaciones, el policía pretendía justificarse dejando claro a Matilde, cuales eran las expectativas realistas que se podía esperar de un caso tan poco fundamentado, no por el hecho que no hubiese lesiones, sino por las circunstancias de cómo aconteció todo. Éstas dejaban al caso sin elementos en los que respaldar una investigación, sólo con: una persona agredida, que no recuerda los hechos ni al agresor, la inexistencia de elementos o pruebas que pudiesen incriminar a alguien, sin testigos, el caso carecía de futuro.

Matilde le recordó que poseían su testimonio, que vio como su amiga iba en un coche que si bien no se fijó en la matrícula, ya que la distancia y la oscuridad no le habrían permitido distinguir el número, por otro lado, ella describió el vehículo a la perfección, coches como ése, con sus dibujos, no había muchos.

El policía hizo una mueca de asentimiento. Decidió no continuar refiriendo la debilidad e inconsistencia del caso que se les presentaba en la mesa, no valía la pena seguir hablando con quién no estaba dispuesto a escuchar y aquella muchacha, no escuchaba.

Matilde percibió con decepción el gesto del policía, viendo como las esperanzas que alguien hiciese algo sobre aquel caso se esfumaban como el humo de las chimeneas empujado por el viento. Posiblemente, la policía no invirtiese su tiempo en trabajar en los expedientes a los cuales, no se les veía la suficiente consistencia como para obtener buenos resultados.

Los casos difíciles o imposibles no eran atractivos, costaban mucho tiempo y esfuerzo, no contribuyendo excesivamente a mejorar las estadísticas de resultados del departamento, más bien todo lo contrario.

Matilde se planteaba mentalmente la situación, trabajo no parecía que les fuera a faltar y una vez ella se marchase, quién se iba a preocupar de este caso. Había avanzado hasta este punto gracias a su tesón y participación. Nadie le garantizaba que fuese a tener una continuidad. Así que iba a tener que ser ella misma, de nuevo, la que diera un empujón al tema. Estaba bien claro que si no les daba las cosas hechas, la policía no iba a gastar recursos para resolverlo.

La evolución de Nuria fue muy buena y constante, la trasladaron durante el fin de semana a la planta de traumatología. Allí el ritmo de las cosas era diferente, la vida era más sosegada y tranquila, no había tanto movimiento de enfermeras y podía, de vez en cuando, echar un sueñecito, al menos, era mucho más reconfortante tener a una futura compañera compartiendo la habitación, que contemplar enfrente la visión de otras cuatro personas con un montón de aparatos conectados que están luchando desesperadamente en la frontera entre la vida y la muerte.

Matilde haciendo uso de sus influencias, se había asegurado que no pusiesen a nadie más en la habitación con ella, así pues, disponía de una habitación doble para ella sola, esto le permitía gozar de tranquilidad y de una mayor paz de espíritu. Pero el aburrimiento estaba presente la mayor parte del tiempo. Ella no podía apenas hablar y le costaba un gran esfuerzo intentarlo, pero sí podía escuchar y agradecería, por un rato, la compañía de otras personas.

En aquel ambiente de paz y sosiego, disponía de todo el tiempo del mundo para hacer revisión de su vida pasada. Cuando alguien en un momento dado de su vida, corre el peligro de perderla, se da cuenta de lo afortunado que es por seguir viviendo, entonces, es el momento para hacer el balance de lo vivido, de extraer la esencia de su existencia, olvidarse de lo mundano y encontrar lo verdaderamente importante. Cosas cotidianas a las que nunca antes les había dado ningún tipo de importancia como eran: el poder moverse por sí misma, el caminar, el comer, durante aquellos días se convirtieron en grandes retos a superar y su consecución, un motivo de júbilo.

Todavía se hacía necesario que ingiriese la comida totalmente triturada y los líquidos a través de pajitas, la movilidad de la mandíbula estaba bastante imposibilitada, el rostro con sus tonos violáceos a causa de los moratones, continuaba grotescamente inflamado bajo aquel molesto y aparatoso vendaje. Los dolores punzantes habían menguado y dejaban paso a largas sesiones de picores insoportables.

Poco a poco, la inactividad le devolvió las ganas por realizar cosas, aunque en estos momentos lo único que podía hacer era leer y desplazarse lenta y penosamente al lavabo para hacer sus necesidades. Sin embargo, de por sí, estos logros ya representaban un alivio, el hecho que nadie tuviese que venir a cambiarle la cuña era importante y se agradecía. Nunca llegaría a superar la vergüenza que le generaba que un desconocido fuese a retirarle sus heces y la orina.

Matilde continuaba haciéndole compañía unas cuantas horas cada día. Una tarde le explicó que sufrió un accidente de tráfico, que fue atropellada en la carretera y ése era el motivo de las heridas que sufría, no le dio más detalles sobre el asunto. No obstante, Nuria en su interior albergaba un presentimiento que presagiaba que existía algo turbio en el trasfondo. No sabía definir claramente aquella sensación, le infundía inquietud, angustia.

Algo la perturbaba, tal vez, fuese la forma en que le informó Matilde, es decir, sin querer entrar en detalles o explicaciones, como cuando alguien relataba algo sin darle importancia e intentando pasar lo más rápidamente por ello, o el hecho mismo que ella no recordase nada de lo sucedido o simplemente que el conductor del vehículo que la atropelló, ni tan siquiera se hubiese interesado por su estado de salud y su evolución.

Los doctores decían que todo iba bien, pero se mostraban reservados para dar un dictamen definitivo de las secuelas que podrían quedarle; sin embargo, era consciente que no iba a ser un proceso de recuperación ni corto ni fácil.

Matilde siempre le daba ánimos, la distraía, le hablaba de cosas intrascendentes y le proporcionaba material fresco para leer. Libros de aventuras, con descripciones de pasajes exóticos que le transportaban mentalmente a otros países, historias, personajes, lugares y costumbres que existían fuera de aquellas cuatro paredes, rescatándola de la claustrofobia de la habitación. Posiblemente formase parte de la terapia de distracción y evasión necesarias para matar el aburrimiento y el agobio de la larga permanencia en el hospital.

Los textos que leía le hablaban de culturas, lugares y paisajes en los que nunca llegaría a poner el pie, sus posibilidades económicas no se lo permitirían jamás. Bueno..., puede que a uno de ellos, de los más cercanos y baratos, pudiera ir algún día. En uno de los libros que le proporcionó Matilde, leyó un relato llamado "Viaje a Ronda", trataba sobre un individuo que pasa sus vacaciones en dicha ciudad, en la historia, la vida le demostraba al protagonista que no todo era lo que parecía. También se describía la serranía, el casco urbano y los monumentos de Ronda. Durante su repetida lectura, grabó los monumentos y emplazamientos en su mente, hasta podría realizar un itinerario turístico imaginario por la ciudad sin moverse de la cama. Algún día haría este recorrido con una mochila y una cámara fotográfica sin prisas, para ella lo de tomarse la vida corriendo se había terminado. Sería agradable comprobar hasta que punto las imágenes plasmadas en su mente se asemejarían a la realidad. Éste viaje sí que se encontraba dentro de sus posibilidades económicas y, en cuanto su salud y el destino se lo permitiesen, se daría este capricho, nunca se sabe cuando la vida le podía dar otro bofetón de mala suerte impidiéndole que lo hiciese.

Matilde se personó a lo largo de este periodo, tres o cuatro veces en la comisaría a solicitar información sobre cómo iba el caso. La primera vez la atendieron sin hacerla esperar, pero en estas dos últimas, casi la ignoraron, tanto fue así que le dio la oportunidad de conversar y confraternizar con una señora que iba allí a diario, sólo para recordarles el caso de su hijo: un muchacho que salió a celebrar un fin de curso con unos amigos y, por una discusión que todavía nadie sabe cómo ni por qué surgió, fue apaleado y, como consecuencia de los golpes y los daños internos, falleció. El caso quedó en un cajón languideciendo, inmutable bajo el paso del tiempo, sin que nadie moviese un dedo por resolverlo. Sólo se activó la investigación cuando la familia, por cuenta propia, hizo las indagaciones necesarias proporcionando a la policía la información sobre lo que aconteció y quién lo hizo, aportando nombres, direcciones y testigos. La madre esperaba todos los días ver entrar, en cualquier momento, a los asesinos de su hijo esposados por la puerta. Estaba allí para reforzar su creencia en que la justicia existía y que no quedaría el delito del asesinato de su hijo impune. Con su presencia recordaba a la policía que tenían un caso pendiente y, de paso, molestaba un poco para que tuvieran presente que no iba a cesar en su empeño.

Matilde contemplaba la firmeza de las convicciones de aquella mujer mientras le relataba su historia, radiaba tenacidad y empeño. Tal vez, ella debería seguir el ejemplo y tomar el mismo camino con la determinación de aquella madre, puede que fuese la única forma de conseguir justicia para su amiga. Nadie mejor que ella para identificar el coche y su conductor. Siempre había escuchado aquello de “una imagen vale más que mil palabras”. Por muy buena que fuese la descripción que proporcionó a la policía, ella poseía la visión en el interior de su cabeza, una imagen que, hoy por hoy, era el único hilo que los podía conducir hasta la madeja que encerraba la respuesta de lo que sucedió.

Tenía que tomar las riendas de aquel asunto, no servía de nada estar allí sentada reclamando unas acciones que nadie estaba realizando. Debía comenzar por ella misma y ponerse manos a la obra, si la policía no tenía tiempo para Nuria ella sí lo obtendría. Haría como hizo aquella mujer, recabaría y aportaría toda la información necesaria a la policía para que el agresor de su amiga fuese detenido y, entonces, sólo entonces, tendría derecho a estar sentada allí, en la antesala, a la espera de verlo cruzar el umbral esposado, como ahora hacía aquella mujer, con orgullo.

Lo tenía que hacer por su amiga, se lo debía, lo tenía que hacer por ella misma, el perdón de los demás no sirve si uno mismo no se perdona.

Tras una hora de espera, la única respuesta que obtuvo por parte de la policía fue un simple “no existen novedades en este caso”. Matilde sospechaba que aunque las hubiesen habido, no se las habrían comunicado, simplemente no podían permitir actitudes como la suya y la de aquella mujer, porque siempre tendrían la antesala llena de personas que reivindicarían más esfuerzo y priorización a sus casos particulares. La falta de atención a las personas que solicitan información, en aquellas circunstancias, era una táctica habitual empleada por la policía y una forma de evitar que el ejemplo cundiese. Ante la falta de interés de los agentes, Matilde marchó hacia el hospital con la firme determinación de comenzar a obrar por su cuenta.

La semana transcurrió con extrema lentitud para ambas amigas: para Nuria por sus lentos progresos y para Matilde porque no veía el momento de cambiar de turno e iniciar, por las noches, la búsqueda del agresor. Ya no era necesario estar tanto tiempo con su amiga y ésta, en un par de semanas, comenzaría a realizar los ejercicios de rehabilitación facial, sería entonces, cuando le retirasen los vendajes, cuando más necesitaría Nuria de ella para apoyarla en tan críticos momentos. Mientras tanto, debía aprovechar el tiempo para realizar sus pesquisas.

Tenía que llamar a Antonio, al hermano de su amiga. Sabía que éste, en su juventud, había estudiado para abogado, en alguna ocasión se lo había comentado. El caso era que a Nuria le habían notificado, por escrito y a través de correo certificado, el despido de la empresa, basando éste en su absentismo en el puesto de trabajo y la no justificación de la prolongada ausencia. En verdad, Matilde con tantas preocupaciones sobre su cabeza, no pensó en ningún momento en el trabajo de Nuria y allí, en principio, no sabían nada de lo sucedido.

Al recibir la notificación Matilde intentó hablar con el jefe de la oficina de su amiga, pero le estaban dando largas, prácticamente no querían saber nada sobre el tema, más bien, daba la impresión que era una decisión tomada y que no estaban dispuestos a volverse atrás y, por supuesto, les importaba bien poco lo sucedido a su amiga.

Por suerte, existían los informes, la denuncia hecha ante la policía y el parte de internamiento hospitalario. Estos papeles no harían que la admitiesen de nuevo en su

trabajo, si la empresa no quería, no tenía porque hacerlo, pero al menos, si la querían despedir, la tendrían que compensar económicamente.

Como era un asunto de dinero, Matilde prefería dejarlo en manos de la familia de Nuria, además, teniendo en cuenta que Antonio estudió leyes, seguro que tenía buenos contactos y conocidos para manejar un tema de esa índole.

Volviendo de nuevo a los asuntos en los que ella podía ayudar, esta noche se arreglaría y saldría bien guapa a la caza y captura de su objetivo. Iniciaría la búsqueda por dónde, supuestamente, comenzó todo, el local musical. Todavía cabía la posibilidad que el agresor fuese alguien de la oficina que acompañase durante toda la noche a Nuria y después la llevase hasta casa. Ella no tenía constancia que nadie del trabajo fuese merecedor de las atenciones de su amiga. Mejor comenzar por el bar musical y si, después de este fin de semana, no localizaba al individuo, cambiaría de rumbo y dirigiría sus pesquisas hacia el entorno de la oficina. Así lo hizo, se arregló con detenimiento, no fuese que por casualidades de la vida se produjese un contacto directo con el muchacho aunque, en principio, no era la intención para esa noche.

Tomó su coche, puso rumbo hacia la ciudad y se armó de paciencia para la velada que le esperaba. Llegó a la calle del local pasadas las diez y media de la noche, un poco pronto pero cuanto antes encontrase respuestas a sus incógnitas, antes volvería a casa. Tenía claro lo que estaba buscando, un vehículo oscuro, equipado como los deportivos y con llamas amarillas pintadas en los laterales del frontal. Si lo veía, lo identificaría sin ningún lugar a dudas.

Estacionó su vehículo un poco alejado del local, de tal forma que quedase la puerta de entrada a la vista desde el coche, no quería estacionar demasiado cerca, porque cuando llevase un buen rato esperando dentro del mismo, se haría demasiado evidente su presencia allí. Salió a caminar con un andar desenfadado por los alrededores a fin de conocer disimuladamente si el vehículo que buscaba estaba estacionado en las inmediaciones.

Tal y como era de esperar, la búsqueda fue infructuosa, la noche podía ser muy larga. Volvió al coche y desde este emplazamiento estuvo observando durante dos horas, vigilando, entrando y saliendo del vehículo, caminando, deambulando pero siempre expectante, sin perder de vista, el ir y venir de los clientes de aquel local; gente joven, normal, animada, divirtiéndose en la noche del viernes. Aburrida de tanta espera sin resultado, marchó de vuelta a casa, mañana haría un nuevo intento.

Pasó la tarde del sábado con Nuria, parecía muy animada. Cuando terminó la hora de las visitas, se despidió de ella, cenó en el restaurante del hospital, más por hacer tiempo que porque tuviese hambre.

Salió en dirección al local musical y repitió la rutina del día anterior. Al cabo de una hora y media, desde el interior de su vehículo vio entrar en el local a un individuo cuyo perfil encajaba con el rostro que fugazmente había observado la noche fatídica junto a su amiga en el coche. Resuelta a salir de dudas, se dirigió al local para poder verificar si su intuición era acertada. Antes que llegara a la puerta, aquel individuo salió del local. Sí, sí, parecía que era él. El corazón le dio un vuelco, comenzó a latir con un ritmo desbocado, como si estuviese trotando, saltaba dentro de su pecho. Le siguió a una distancia prudencial, no quería ser descubierta. Tras caminar durante unos segundos, de repente, Raúl se giró y se agachó para abrir la portezuela de un vehículo.

Ella pasó de largo disimuladamente por el lado del coche, no sin dedicar una minuciosa y larga mirada al vehículo. ¡Sí!. ¡Ése era el coche que buscaba!. Iba por el buen camino. Mientras el vehículo maniobraba para salir, ella memorizó mentalmente la matrícula del coche 60263-FDN.

Ahora ya conocía el rostro del agresor, intentaría cambiar el turno con alguna compañera para continuar, la próxima semana, trabajando de mañana y salir de nuevo en busca del muchacho, necesitaba más datos, más información sobre aquel individuo.

9. La búsqueda

Una semana después

De nuevo viernes por la noche, este fin de semana Matilde libraba en el hospital, podría apurar las noches si fuera necesario. Disponía de estos días para recabar toda la información que necesitaba, si la historia se enfriaba demasiado no interesaría a nadie y tanto más difícil sería refrescar la memoria de los posibles testigos.

Se arregló y marchó decidida a la ciudad. Llegó a las once de la noche, iba sobrada de tiempo. Entró en el local y tras comprobar que el muchacho que buscaba no estaba todavía allí, decidió sentarse en la barra, tomar algo y esperar.

-Buenas noches, ¿qué desea tomar?.

-Una cerveza por favor.

-¿Alguna marca en especial o prefiere del surtidor?

-Prefiero de botellín, pero que sea suavita.

-Entonces, una cerveza tipo pilsen estará bien –concluyó el camarero.

Matilde no quería comenzar la noche tomando bebidas fuertes, no sabía cuanto tiempo iba a necesitar estar, allí sentada, esperando a que el chico llegase.

-Aquí tiene su cerveza.

-Una pregunta...

-¿Usted dirá?.

-¿Conoce a un chico moreno, guapo, que conduce un coche oscuro, con unas llamas de fuego dibujadas en el morro?.

-Bueno..., lo de guapo me ha despistado un poco –dijo el camarero bromeando-, pero por lo demás creo que se refiere a Raúl.

-Sí..., puede que sea ése. ¿Sabes si esta noche vendrá por aquí?.

-Normalmente, suele pasarse por aquí un rato los jueves, los viernes y, a veces, los sábados. Así que es probable que hoy venga, lo que no sabría decirle cuando. Si no viniese, es que entonces está en el Nostradamus, también suele pasar por allí.

-¿Dónde está el Nostradamus?.

-Es una discoteca nueva pero muy conocida, está en la Avenida de la Libertad, casi al final de todo. Tiene en la fachada un letrero luminoso azul muy grande en forma de nube con una línea amarilla quebrada dibujada como si fuese un rayo.

-Por lo pronto esperaré. Voy a sentarme a una mesa. Si lo ves aparecer, por favor, le dices que le estoy buscado.

-¿Y quién le digo que le está buscando? –preguntó el camarero tratando de sonsacar a la chica información sobre sí misma.

-Él no me conoce, pero puedes decirle que Matilde le está buscando.

El camarero permaneció por un momento incrédulo. Este Raúl tenía mucha suerte, ni siquiera necesitaba ir a ligar, las chicas venían ellas solitas a buscarlo. ¡Increíble!. Después de esto, no habría quien lo aguantara cuando comenzara a pavonearse de sus éxitos amorosos.

Una hora más tarde hizo aparición Raúl por la puerta. De inmediato, el camarero le hizo una seña llamando su atención. Le informó que una muchacha guapetona estaba tratando de localizarle e indicó la mesa en la que estaba sentada la chica.

Matilde lo había visto entrar y lo observaba con detenimiento. Era él, no le cabía duda. Raúl por su parte, pidió una cerveza y, con ella en la mano, se dirigió directamente hacia la muchacha.

-Hola, soy Raúl, el camarero me ha dicho que me buscabas.

-Hola, me llamo Matilde y estoy buscado a un chico guapo, con un coche *chulo* y que no tenga nada que hacer esta noche.

-Pues ya lo has encontrado. Ése soy yo. Reúno todas las condiciones, en cuanto a tener o no algo que hacer, eso dependerá únicamente del plan que tú tengas.

-Por lo pronto, yo quisiera hablar, después ya veremos.

-¿Y de qué quieres que hablemos?

-Veamos si es verdad que reúnes las condiciones. ¿Qué coche tienes?

-Un León dos mil, dieciséis válvulas, negro metalizado, asientos de rally, barras antivuelco y con un montón de extras.

-Bueno..., parece un buen comienzo.

-¿Qué más quieres?

-Por ejemplo... ¿Qué signo zodiacal eres?

-¿Qué pasa?. ¿Eso es importante?. Acaso..., ¿eres bruja o eres de las que no se levanta si el horóscopo dice que va a tener un día fatal? –preguntó Raúl mofándose sobre la tontería del zodiaco.

-No, nada de eso, pero para que las cosas tengan un buen final, es necesario que exista un buen comienzo. Esta mañana he leído mi horóscopo y no me decía cosas muy halagüeñas por eso, quiero saber si eres compatible conmigo o no.

-Yo soy Sagitario.

-¡Ah!, el arquero del zodiaco, interesante.

-Claro, no podía ser de otra forma, como Cupido, el arquero del amor –añadió Raúl.

-Sólo que ha cambiado sus alas por las patas de un cuadrúpedo –musitó Matilde en voz baja en entredientes, casi inaudible.

La muchacha no pudo reprimir este comentario, estaba haciendo verdaderos esfuerzos para superar su aversión hacia aquel individuo.

-¿Cómo dices?

-Decía que..., yo soy tauro, que no lleva alas pero tiene las patas de un cuadrúpedo -trató de disimular Matilde-. Hum..., sagitario... -prosiguió poniendo cara de interés-, sagitario es bueno, pero necesito conocer el ascendente, porque no todos son iguales y compatibles. Imagínate, si fuese así, todos los sagitario serían iguales y sólo existirían en el mundo doce tipos diferentes de personas. ¿Qué día naciste?

-El once de diciembre del sesenta y nueve.

-El once de diciembre del sesenta y nueve. ¡No me lo puedo creer!

-¿Eso es bueno o malo? –preguntó Raúl expectante.

-El ascendente es bueno pero lo que me sorprende es la fecha, yo tengo una amiga que nació cuando tú. ¿Seguro que naciste en ese día?

-Hombre, claro que estoy seguro. Nadie mejor que yo para saberlo.

-Me estás tomando el pelo –dijo ella con cara de incredulidad.

-No, va en serio.

-Déjame ver el carnet de identidad. ¡Te estás riendo de mí!

-No, todo lo contrario, yo tengo la corazonada que es al revés. Eres tú la que me estás "tomando el pelo". Mira y verás como es verdad lo que te estoy diciendo -reafirmó el muchacho sacando su carnet de identidad-. Además, ¿cómo iba yo a saber la fecha de nacimiento de tu amiga?

Matilde tomó el carnet en sus manos y sin dejar de jugar con él entre sus dedos, continuó hablando.

-Es verdad, no me has mentado, así que tienes unos...

-Treinta y un años -se adelantó a decir Raúl.

-Pareces más jovencito.

-Es que yo me cuido, hago deporte y todo eso.

-Ya veo, ya veo...

En ese momento, Matilde hizo el ademán de levantarse.

-¿Te vas? -preguntó Raúl con cara de preocupación-. ¿Si acabamos de empezar a conocernos?

-No, no, voy un momento al lavabo. Si no te importa.

-No, por supuesto que no.

Matilde tomó su bolso y devolvió el carnet a Raúl. Una vez en el lavabo, sacó un papel y rápidamente apuntó todos los datos del muchacho antes que se le olvidasen. ¡Perfecto!, ya tenía el nombre y la dirección. Fue más fácil de lo que parecía. Ahora sólo quedaba deshacerse de él.

Mientras tanto, Raúl desde la mesa hacía señales a su colega, el camarero, mostrando el signo de victoria a la vez en ambas manos con los dos brazos levantados, festejando y vanagloriándose del triunfo que se vislumbraba en el horizonte.

Matilde volvió del lavabo con la cara iluminada por una sonrisa, había conseguido su objetivo en un tiempo récord y de una manera fácil. Con esta información, la policía podría proseguir sus investigaciones y detener al muchacho para realizar un interrogatorio y, posiblemente, encerrarlo como el autor de la agresión a Nuria.

Raúl la vio venir desde el lavabo sonriente y eso le llenaba de júbilo. Esta chica prometía, parecía fácil e, independientemente de lo bien o mal que lo pudiese pasar esta noche con ella, aquel triunfo tan rotundo y glorioso quedaría grabado para los anales de la historia entre sus colegas. ¡Sin lugar a dudas, él sería el mejor por mucho tiempo!.

La chica llegó hasta la mesa y tomó de nuevo asiento.

-¿Qué?. ¿Has consultado a las estrellas? -reanudó la conversación Raúl dando un tono cómico al tema del horóscopo.

-Sí, las estrellas dicen que hoy será una jornada propicia para ti.

-Y para ti también supongo.

-Para mí puede que también, pero la suerte esta noche te está favoreciendo a ti por encontrar un cuerpazo como el mío.

-¡Eh!. Que yo no estoy nada mal -protestó Raúl.

-Del montoncillo, del montoncillo, como tú me los cruzo a diario por las calles.

-Muy bien guapa, lo que tú digas.

Matilde trataba de mandar al traste la conversación con cualquier excusa. Para ello, cambió de actitud bruscamente, intentaba mostrarse estúpida e impertinente para ver como reaccionaba el muchacho y si esto le permitía librarse de él.

Raúl por su parte, lo encajaba todo, él no estaba dispuesto a estropear la conquista. Sabía ser tenaz y cuando se decidía por una chica, como era éste el caso, no la dejaba

marchar tan fácilmente. Era como el tiburón que cerraba las fauces en el cuerpo de su presa. Un escualo, una vez clavaba la dentellada, si le gusta el sabor, no la suelta. Los dientes dispuestos en diferentes líneas alrededor de su boca orientados hacia dentro hacían que, cualquier intento desesperado de la víctima por librarse del férreo mordisco, lo único que consiguiese era que las mandíbulas se cerrasen más, provocando que los dientes, afilados como cuchillos, penetrasen más aún en la carne, desgarrándola, evitando que se fugase la presa. Y si al final la víctima conseguía escaparse, sólo era a cambio de perder un trozo de su cuerpo en concepto de tributo.

Raúl bregado en un montón de conversaciones con chicas, decidió dar un giro a la charla para intentar quitar acidez y acritud al diálogo.

-Y..., ¿cómo es que has preguntado por mí?. El camarero me dijo que venías buscándome –justificó Raúl su pregunta.

-El caso era que, el otro día estuve por aquí.

-Pues yo no te recuerdo.

-Bueno..., es que exactamente aquí no me refería, aquel día dio la casualidad que entraste sólo un momento y yo iba justo detrás tuyo andando en la calle. Entonces vi que tenías un coche muy guapo y me dije “A ese chico lo tengo que conocer, el dueño de un coche así debe ser un tipo interesante”. Como hoy no tenía plan, para no aburrirme, he decidido conocerte, por eso estoy aquí. Sencillo, ¿no?.

-Pues... Ya me has conocido. ¿Cómo lo ves?. ¿Qué te parece la mercancía?.

-Debo reconocer que eres mejor de lo que esperaba.

-Y ahora..., ¿qué quieres que hagamos?.

-No sé... ¿Tú qué propones?.

-Podríamos ir a un sitio más animado. Conozco un local que se llama Nostradamus. Es un sitio nuevo de *marcheta* con muy buen ambiente. ¿Sabes cuál te digo?.

-Sí, ya sé donde me dices, uno con una nube y un rayo en la fachada, está situado en la entrada de la Avenida de la Libertad.

-Ése mismo, ¿qué te parece si vamos allí?.

-Me parece bien.

Raúl se levantó y fue directo a la barra a pagar las consumiciones, Matilde le acompañó unos pasos más atrás. Cuando llegaron allí, el camarero se dirigió a ella:

-¿Este era el tipo que buscaba?.

-Más o menos –contestó ella con una sonrisa triunfal en su rostro.

-Perdone que le diga, yo personalmente lo hubiera escogido mejor –bromeó el camarero.

-Ahora que lo mencionas, yo pienso que también, ya empiezo a arrepentirme –continuó bromeando Matilde siguiendo el ejemplo del camarero.

Raúl escuchaba la conversación orgullosamente, como el niño que oía a sus padres que le estaban contando a la vecina las buenas notas que sacaba su nene en el colegio.

-Si no le vale este tipejo, yo a las tres y media termino mi jornada –propuso el camarero.

-¿Tienes un coche deportivo negro con llamas de fuego pintadas en el morro? - preguntó Matilde con curiosidad.

-No, pero tengo otras virtudes.

-Si no tienes un coche como ése no me sirves.

-¡Menudo pedazo de buitre carroñero estás hecho! –le reprochó Raúl a su colega. Cobra y calla que al final me vas a estropear el ligue.

Salieron a la calle en busca de los automóviles. Ambos andaban en la misma dirección. Llegaron primero al coche de Raúl, era el vehículo que se encontraba más cercano. Éste abrió la puerta e hizo un gesto de invitación para que ella entrase.

-No, no, yo voy con mi coche –advirtió Matilde-, lo tengo ahí un poco más atrás.

-Pensaba que te gustaba y que querías montar en él.

-Sí, pero luego más tarde. Ahora prefiero llevar el mío hasta allí.

-Déjalo aquí, luego podemos venir a buscarlo.

-Yo soy muy maniática para esas cosas y me gusta tener mi coche dónde yo estoy. No pasa nada, nos vemos en el Nostradamus.

-Yo te puedo llevar –insistió Raúl.

-No seas pesado, yo sé llegar solita.

-Bueno, entonces te espero, tú me sigues. ¿Vale?.

-Sí. Dame un par de minutos y vengo hasta aquí.

Raúl arrancó su coche y quedó a la espera de Matilde. Ésta, a unos treinta metros de él, trataba de sacar su vehículo. Cuando lo consiguió, se puso detrás. Raúl arrancó chirriando y quemando neumáticos. Era de esperar, el muchacho tenía que pavonearse ante su ligue. Ella le seguía detrás conduciendo más lentamente.

Llegaron a una de las calles principales de la ciudad, el tráfico era fluido. El coche deportivo salía acelerado en cada semáforo, luego, debía frenar bruscamente en el siguiente cruce para no perder de vista a la chica. Él iba controlando el automóvil de Matilde por el espejo retrovisor en todo momento.

En uno de los tramos rectos entre semáforos, Raúl salió a gran velocidad apurando los cambios, en unos segundos le sacó bastante distancia al coche de la muchacha. Ella aprovechó este distanciamiento y de repente, giró bruscamente por una de las calles colindantes y en el siguiente cruce, volvió a girar de nuevo, discurriendo por una calle paralela a la avenida por la que habían circulado juntos, sólo que ahora en sentido contrario al de Raúl, tratando de sacar la mayor distancia posible entre ambos.

El muchacho llegó al semáforo y frenó, al mismo tiempo, miró por el espejo retrovisor y vio que el coche de Matilde había desaparecido de su campo visual.

-Seguro que he corrido demasiado y le ha pillado algún semáforo en rojo -pensó Raúl justificando de esta forma la tardanza de la muchacha-. Intentaré ir un poco más despacio para darle la oportunidad de pillarme. En cualquier caso, ella sabe dónde es y nos podemos encontrar en la entrada.

Con estos pensamientos, el chico continuó su marcha hacia el Nostradamus sin sospechar que, a cada minuto que pasaba, la distancia entre ambos se acrecentaba.

Matilde, al principio miraba un poco asustada por el espejo retrovisor, no fuese que él hubiese descubierto su maniobra, al cabo de un par de semáforos se tranquilizó al comprobar que no la seguía. Iba contenta y eufórica, gratamente sorprendida de haber sido tan audaz y de cómo aguantó el tipo frente a este delincuente.

El lunes a primera hora daría toda esta información a la policía y si con esto en sus manos ya no hacían nada para resolver el caso, era porque no querían. En medio de estos pensamientos le vino a la memoria las palabras de Antonio, en las que le informaba que él podía hacer que la policía se interesase un poco. Sería cuestión de hablar también con él el lunes para que presionara por su parte e hiciera que los policías moviesen el trasero.

Una leve sonrisa apareció en su rostro mientras saboreaba el triunfo. Se imaginaba la cara de idiota que debía de estar poniendo, el imbécil aquel, en la puerta del Nostradamus esperándola.

Raúl llegó al punto de encuentro y estacionó el vehículo en la entrada. Esperaba ver aparecer a la chica. Ésta se hacía de rogar, era normal que tardase algo más que él porque conducía un poco lenta; no obstante, el tiempo era excesivo. Era imposible que hubiese llegado antes que él, por lo que no valía la pena mirar dentro de la discoteca, seguro que no estaba allí.

Raúl harto de esperar, tomó su vehículo y volvió al local musical deshaciendo el trayecto recorrido, no fuese que la tía tonta hubiese tenido un accidente o, se le hubiese estropeado el coche o, algo parecido.

¡Nada!. Llegó al local si haberla encontrado. Entró y rápidamente oteó las mesas, allí tampoco estaba. ¿Qué se le habría pasado a aquella chica por la cabeza?. A las mujeres no hay quién las entienda, cuando menos se lo esperaba uno, hacían una cabriola mental y lo cambiaban todo.

-Hombre Raúl, ¿qué haces por aquí de nuevo? –le preguntó el camarero.

-Ya me ves, otra vez de caza.

-¿Qué ha pasado con la *titi* que te habías ligado?.

-¡Ésa!. ¡Ésa era un *zorrón!*.

-¡Cómo a ti te gustan! –puntilló el camarero.

-Ésta era una *caliente braguetas*, lo único que le interesaba era el coche y nada más, luego resultaba que era una estrecha, así que he pasado de ella y la he plantado.

-Sí que eres rápido, ya te ha dado tiempo de todo eso.

-Muchacho, la noche no hay que desperdiciarla o, la tía *traga* o te buscas otra, no vas a estar *dando la barrila* toda la noche para luego *no comerte un roscó*.

-¡Qué bruto eres!.

-Que no, que estáis equivocados, en esta vida hay que ser prácticos y eficientes, los romanticismos son para otro tipo de cosas, en los *rollitos* hay que *ir al grano*, por eso son sólo *rollitos*.

-¿Te pongo una cerveza?.

-Sí, pónmela, tal y como va la noche, creo que es lo único que me voy a llevar en el cuerpo.

Raúl quedó sentado en la barra del bar, saboreando la cerveza y sin llegar a entender lo que había sucedido, nunca le había pasado nada parecido, todo parecía que iba tan bien, perfecto y de repente "puff" desapareció la chica, simplemente se esfumó como una carta en manos de un ilusionista durante una función de magia.

Por fin llegó Matilde a casa, tras cruzar la ciudad casi de extremo a extremo y enfilarse la carretera nacional. Se tumbó vestida encima de la cama, sólo se deshizo de los zapatos. Todavía estaba excitada y nerviosa por la hazaña de esta noche. Había dado un gran paso en la investigación, tal vez, este logro fuese decisivo porque, en su opinión, la policía jamás se hubiese molestado para conseguir esta información crucial. Todo iba *viento en popa*, su amiga recuperándose y el agresor identificado, las cosas iban tomando cuerpo y el rompecabezas se iba completando en una misma dirección. Poco a poco, ella iba deshaciéndose del sentimiento de culpabilidad que la atenazaba por lo ocurrido a su amiga en aquella fatídica noche.

10. La acusación

Matilde se personó en la comisaría y, como los últimos días, se sentó dispuesta a esperar un buen rato en recepción hasta ser atendida. Esta vez lo hizo en solitario, hoy no estaba allí aquella madre que esperaba, día a día, la llegada de la justicia para su hijo. Aquello era una prueba evidente que el tesón demostrado durante tanto tiempo por aquella mujer había obtenido sus ansiados frutos.

La atendió el mismo policía de siempre, nada más verla la hizo pasar. Esto de entrada, la sorprendió, se le hacía un poco raro, seguramente, tuviesen prisa hoy y quisiesen despacharla lo antes posible.

-Buenas tardes –saludó Matilde.

-Buenas tardes, señorita. No sé que tipo de contactos tendrá usted en los despachos, pero esta mañana me han metido una *patada en el culo* por culpa del expediente de su amiga -dijo el policía a modo de reproche-. Ante todo, yo quisiera dejarle bien claro que ésa no es la mejor forma de hacer las cosas. A buenas, todos somos buenos, a malas, yo soy el peor de todos los que usted se pueda encontrar.

-No sé sobre qué me está hablando usted, yo no conozco a nadie –dijo Matilde con sorpresa, si bien sospechaba la influencia de Antonio, seguro que había tenido algo que ver con aquello-. Si hubiese sido así, no me habría tirado tanto tiempo esperando, día tras día, en recepción para enterarme de cómo van las cosas.

-Yo se lo advierto y quién avisa no es traidor –añadió el policía con resentimiento.

-Traigo buenas noticias, he identificado al agresor y tengo información de su nombre y dirección.

-Espere, espere, no corra tanto, vamos a sentarnos y déjeme que le eche un vistazo al expediente, necesito refrescar los datos del caso.

Matilde le siguió hasta una mesa tratando de contener su impaciencia reprimida. La falta de reacción durante todo este periodo por parte de los policías, le reafirmaba en sus sospechas sobre que nadie estaba trabajando en ello. Pero en lo sucesivo, ya no iban a tener excusas para dejarlo estancado de nuevo y, si era verdad que Antonio podía presionar a aquellos gandules, menos paralizado quedaría aún el tema.

El policía tomó el expediente y lo hojeó sin decir nada, cuando hubo terminado alzó la mirada y comenzó a relatar su comprensión de los hechos.

-Según consta en el expediente, su amiga fue agredida y ella todavía no ha podido aportar su versión de lo que ocurrió, supongo que aún se encuentra en el hospital convaleciente. Por otro lado, tenemos que usted fue la última persona que vio a su amiga en compañía de un muchacho dentro de un coche. Hasta aquí es lo que tenemos. Ahora, ¿qué me trae usted?.

-Yo traigo la información sobre el chico del coche que fue el agresor de Nuria.

-Presunto agresor –corrigió el policía.

-¿Y quién sino pudo hacerlo?.

-Digamos que por ahora es el único posible sospechoso que tenemos, pero entiéndalo usted, sin una identificación positiva por parte de la víctima, no se le podrá acusar oficialmente de ningún delito. Mientras tanto, existe una cosa que se denomina presunción de inocencia y, sepa usted, que todos tenemos derecho a ella y es inviolable, por lo tanto, debe ser respetada. Así que mucho cuidado y, vigile bien donde mete usted las narices, esté atenta a las tonterías que hace porque puede salir muy mal parada.

-Mi amiga también tiene sus derechos y parece que a nadie le importa, de cualquier forma, se podría interrogar al sospechoso, los días van pasando y cada vez va a ser más difícil obtener testigos y pistas.

-Para poder admitir la información que me trae, me tiene que explicar como la ha obtenido.

-Resultó muy fácil. Fui hasta el local musical en el que había quedado citada aquella noche con mi amiga y localicé al dueño del coche que le describí en mi declaración, hablé un rato con él y obtuve sus datos.

-Le explicó usted el motivo de todo esto.

-¡No que va!. Se piensa usted que soy tonta. Él no sabe nada, yo hice un poco de teatro y obtuve la información.

-¿Qué información le sacó?. ¿Reconoció que él agredió a su amiga?.

-No, no, no hablamos de ese tema, hablamos de tonterías, de cosas de jóvenes, pero conseguí su nombre y su dirección.

-Ya veo. O sea, que él en ningún momento ha reconocido que haya hecho nada.

-¿Qué quería que le dijese?. Oye tú, ¿has agredido a mi amiga Nuria?. Y, si es así, dame tus datos –contestó Matilde con ironía.

-Señorita, yo no me tomaría las cosas tan a la ligera, esto no es un juego –le reprochó el policía-, si esa persona es inocente, la está usted implicando en un asunto muy feo y si es culpable, usted ha corrido un peligro mayor del que pudiera sospechar.

-Seguro que fue él, no pudo ser nadie más -reafirmó Matilde dentro de su convencimiento.

-De momento, con la información de la que disponemos así parece, pero no existe la declaración de la víctima ni una descripción detallada del agresor y esto, es crucial para continuar la investigación.

-Lo comprendo... –contestó Matilde con resignación.

-Por nuestra parte lo que podemos hacer es hablar con el muchacho para conocer su versión de los hechos, a ver si tenemos suerte y nos cuenta algo que no sepamos.

-Pero... ¿Van a detenerlo?.

-No, hasta que existan indicios claros o un reconocimiento, en definitiva, algo en firme, hasta que ese día llegue, sólo podemos hablar con él. Ahora no tenemos nada que le inculpe con toda certeza, ¿está claro?.

-Sí –asintió la muchacha con cierto pesar.

Matilde dejó la comisaría un poco defraudada y menos animada que cuando llegó. Ella pensaba que las cosas eran más fáciles de lo que en realidad parecían ser. Estaba segura que aquel individuo era el agresor de su amiga, demostrarlo, sería algo más costoso y difícil de lo que en un principio imaginaba.

Matilde estuvo hablando con el psicólogo que trataba a Nuria. Le comentó cómo iba avanzando la investigación. En breve, la policía tendría que hablar con la paciente sobre lo que aconteció. Ya tenían un sospechoso y en los próximos días se podría producir una

detención. En ese caso, Nuria debería estar en condiciones de poder hacer una identificación realista y sin titubeos del agresor, en el supuesto de no ser así, toda la labor policial realizada se iría al traste.

Según el doctor, la paciente había comenzado a recordar vagamente alguna cosa, aunque no la parte central de los hechos en sí, sólo poseía imágenes fugaces de lo que había sucedido pero todavía no había sido capaz de enhebrar una historia coherente cronológicamente hablando en lo referente a personas y sucesos acontecidos. Hablaba de una cena, unas copas, no recordaba nada sobre la agresión, de esto último, sólo poseía imágenes recabadas en sus pesadillas.

El tema estaba demasiado inmaduro todavía. Si Nuria necesitaba hacer declaraciones y reconocimientos policiales, habría que acelerar el proceso de recuperación de sus recuerdos.

La muchacha estaba emocionalmente estable y era posible utilizar alguna de las técnicas para rescatar los recuerdos desde el inconsciente. Le haría bien el poder dar explicación a las imágenes que le aterran en sus pesadillas, iba siendo hora que conociera la verdad de lo que aconteció, debía asumirlo y afrontarlo. Estas fases eran necesarias para su total y normal recuperación psicológica y para su estabilidad emocional futura.

El médico acordó con Matilde que, en las sesiones de terapia, aceleraría el proceso de recuperación de memoria de su amiga, pero Nuria no estaría en condiciones de hacer ningún reconocimiento del agresor, ni para hacer ninguna entrevista con la policía, hasta que él no dictaminase que se podía llevar a cabo. Ésta era la única condición impuesta por el facultativo pero era necesario respetarla. Matilde asintió, sabía que al paso al que se movían las cosas con la policía, a su amiga le iba a dar tiempo de recuperar la memoria y hasta de memorizar la Biblia si fuese necesario. Aunque esto no debiera de ser así de lento, ya que les había proporcionado todos los datos del único sospechoso, ahora para ellos sólo era cuestión de actuar y contrastar luego la versión del muchacho con la de Nuria.

La policía, tras recibir más presión para resolver el caso, se movilizaron y con la información proporcionada por Matilde, localizaron a Raúl en su propio domicilio y allí mismo lo interrogaron. Le mostraron una fotografía de Nuria y éste, sin ningún tipo de problema, reconoció a la muchacha de la foto. A continuación le preguntaron por lo que había ocurrido la noche del catorce de septiembre entre ambos.

El muchacho les contó que: "...El día catorce de septiembre, conoció a esta chica en un local musical en el centro de la ciudad. Por lo visto, su novio le había dado plantón y se había quedado sin transporte para volver a Villareal. Al cerrar el bar y ver que su situación no había cambiado, estando ella sola en la calle, él se ofreció a llevarla a casa. Ella aceptó de buena gana y así lo hicieron. Llegaron y se despidieron en la puerta de su casa, después de dejarla volvió sin dilación a la ciudad porque ya era muy tarde y deseaba irse ya a dormir. No pasó nada más..."

Los policías no proporcionaron ningún tipo de información a Raúl sobre el estado y paradero de Nuria, ni tan siquiera el por qué de aquel interrogatorio improvisado. Simplemente tomaron nota de lo que el muchacho les relató y se marcharon, no había nada más que hacer por el momento.

Raúl quedó notablemente extrañado que alguien le hubiese podido relacionar con Nuria porque, desde su punto de vista, no existía ningún vínculo entre ambos y, sobre todo, lo que más le sorprendió era que hubiesen conocido su nombre y su domicilio. Cabría la

posibilidad que su amigo Manolo, el camarero, se hubiese *ido de la lengua*. Tendría que pasar un día de estos por el local y dejarle las cosas bien claras, no es buena publicidad chivarse de un colega a la policía.

Por otro lado, no estaba muy inquieto del todo, el interrogatorio había ido bien. Si la policía tuviese la evidencia de algo o lo pudiesen acusar, lo habrían detenido y llevado a comisaría, no se limitarían a hablar con él y ya está. Aquello parecía más bien un interrogatorio rutinario, no debían de saber nada; no obstante, debía moverse con cautela y no dejar cabos sueltos, no fuese que el tema se complicase más adelante y le *trincasen* por confiado.

Matilde, en su visita a la comisaría, al enterarse que se había interrogado a Raúl sin detenerlo, quedó indignada. ¡Cómo era posible esto!. El policía se lo dejó bien claro recordándole de nuevo sus palabras, si por parte de Nuria no existía una narración clara y concisa de lo que ocurrió aquella noche, así como una identificación o una acusación directa sobre Raúl, no había nada más que hacer. Para que se pueda realizar una detención debe haber una acusación y esto, en estos momentos, era inexistente.

Matilde llegó al hospital hecha una furia, frustrada ante tanta incomprensión e ineficacia. ¿Qué más quería la policía?. ¿Qué les proporcionase una declaración de culpabilidad firmada por el individuo?. Ése era el trabajo de la policía y no el de ella. Cuando se calmó un poco, fue en busca del psicólogo de Nuria, explicándole el estado de las cosas y la necesidad apremiante de obtener ya mismo la declaración. El doctor le comentó que la paciente estaba preparada para asumir sus recuerdos y que durante esta semana reconstruirían lo que ocurrió aquella noche.

Semana de espera eterna e impaciencia para Matilde, de sufrimiento y angustia para Nuria. Esta última, con ayuda de la terapia y del doctor, pudo poner en orden su mente rescatando los recuerdos que se habían presentado difusos durante las últimas semanas. Ahora, conocía el horror de la agresión que sufrió, cómo aquel individuo, con un total desprecio por su persona y su vida, la había maltratado y abandonado por no querer acceder a sus deseos carnales. Fue un hecho brutal y sin sentido, propio de la irracionalidad humana.

No entendía por qué le había pasado a ella, no merecía el castigo de aquel rostro desfigurado que apenas si le permitía hablar con claridad. Sin trabajo, con meses por delante para recuperarse de las lesiones, el culpable de todo aquello campando a sus anchas por la calle. ¿Qué clase de vida era ésta?. ¿Dónde estaba la justicia?. Por delante, sólo le esperaban penurias y sufrimientos. Quejarse y autocompadecerse no serviría de nada, pero si no se lamentaba, ¿qué otra cosa podía hacer?.

Como resultado de la insistencia de Matilde, la policía tomó declaración a Nuria en el hospital. Ésta relató con todo lujo de detalles lo que había sucedido y cómo Raúl, tras no conseguir nada de ella, la agredió salvajemente. En base a lo relatado se elaboró la correspondiente denuncia y se declaró una orden de detención contra Raúl como presunto autor de la agresión y las lesiones.

El muchacho fue detenido, no ofreció ningún tipo de resistencia, únicamente no dejaba de preguntar por qué se le llevaba a comisaría, él no había hecho nada. Una vez allí, se le volvió a tomar declaración, en esta ocasión de una forma más incisiva, yendo más allá, buscando sus propias contradicciones.

La declaración de Raúl era invariable, como una historia aprendida, repasada una y otra vez, siempre el mismo relato, un muro consistente e infranqueable: “La conoció, habló con ella, la llevó hasta su casa y se marchó”. Una y otra vez repetía la misma historia, idéntica en todas sus narraciones. No se dejaba llevar por la presión, permaneció durante todo el tiempo inmutable, ni siquiera se perturbó cuando le mintieron diciendo que la chica había fallecido. Durante todo el interrogatorio no se apreció ninguna fisura en su temple y entereza.

En ocasiones ocurría que una mentira nacía y, a fuerza de repetirse una y otra vez, finalizaba convirtiéndose en una verdad absoluta e incuestionable, de tal modo, que el mentiroso se reafirma ante la puesta en duda de la veracidad de la declaración.

La conclusión de la policía era que, aún cuando no reconoció haber agredido a Nuria, cualquier persona inocente, se habría puesto nerviosa ante la acusación de asesinato y hubiese hecho lo posible por demostrar su inocencia y este tío, ni se había inmutado, esas cosas con la experiencia se apreciaban y éste, mentía, mentía descaradamente. Había aprendido su historia y de ahí no iba a ser posible sacarlo. Necesitaban más cosas para reforzar la acusación. Si no conseguían algo nuevo, sólo podrían retenerlo durante setenta y dos horas dado que éste, era el plazo máximo que se puede detener a alguien sin formular una acusación en firme, transcurrido este periodo lo tendrían que poner en libertad.

Al día siguiente, llevaron a Nuria a la comisaría en una ambulancia para que pudiese realizar una rueda de reconocimiento y reforzar la acusación.

Iba a ser un trago muy duro para ella, frente a frente ante su agresor. Aquel rostro que la atormentaba durante sus pesadillas, aquel monstruo que la había desfigurado para el resto de su vida, ahora lo iba a tener delante suyo, a sólo unos escasos metros de distancia. Lo despreciaba, lo odiaba por todo lo que le hizo. Nada tenía sentido, ¿qué le había hecho ella a él?.

El abogado de Raúl era un tipo espabilado y despierto. Insistió en que las personas que desfilaran junto a su cliente en la rueda de reconocimiento, debían corresponder al mismo estereotipo de hombre, es decir, con la misma complexión anatómica, estatura y color de pelo. Acceder a este tipo de petición no era habitual, lo normal es que la muestra fuese diversa, la policía tuvo que acceder a la exigencia del abogado en contrapartida y compensación por haberle dicho a su cliente que la víctima había fallecido, era una forma cruel e ilegal de condicionar un interrogatorio.

En la rueda de reconocimiento Nuria no vaciló ni un momento, lo señaló sin dudar, no hizo falta insistir ni realizar una segunda mirada. Fue bueno que el reconocimiento se realizase por medio de un espejo de protección, todavía no estaba preparada para cruzar su mirada directamente con la de su agresor, es más, cuando Raúl entró formando parte de la fila de exposición, se quedó mirando fijamente el espejo, como si pudiese ver a través del mismo. A ella, el corazón le pegó un vuelco, un sudor frío le perló la frente, estaba sofocada, nerviosa, casi podría decir que sintió sus manos temblar ante la visión del rostro de Raúl. Cualquiera que hubiese estado a su lado en aquella sala, habría notado claramente la perturbación que sufrió la muchacha frente a su agresor. La identificación fue positiva y, a los presentes, les quedó bien claro que Nuria no tenía dudas, lo había dicho con sus palabras y lo había reflejado con su cuerpo.

Un día después

Las setenta y dos horas de retención tras la detención cumplían a la mañana siguiente, pero el abogado de Raúl decidió no apurar el plazo y entrevistarse con su cliente para contarle la situación.

-Buenas tardes Sr. Ruiz. ¿Qué noticias me trae?. ¿Cuándo voy a salir de aquí?

-Buenas tardes Raúl, de eso precisamente quería hablar con usted.

-Puede empezar cuando quiera, yo no tengo prisa ni planes para esta noche –bromeó el muchacho.

-Más vale que no vaya haciendo planes para las próximas semanas. La cosa se está poniendo seria y complicada.

-¿Qué ha pasado?.

-Bien, vayamos por partes. La rueda de reconocimiento ha sido positiva.

-¿Y qué?. Es su palabra contra la mía.

-Aún hay más, han encontrado el teléfono móvil de la chica en su coche, debajo del asiento del acompañante.

-Eso continua sin probar nada, puede que se le cayera, es algo totalmente circunstancial. Nunca he negado que ella montase en mi coche. Además, yo no cometí ningún delito y aunque así fuese, a lo sumo, se me puede acusar de agresiones y ese delito me dijo usted, que no era muy grave desde el punto de vista penal. Todos los días se pelean gente en la calle, dándose puñaladas e hiriéndose gravemente y, a los dos días, los ves de nuevo libres y paseando como si no hubiese ocurrido nada.

-Estoy pendiente de una audición con el juez pero creo que se ha cambiado la acusación de Agresión por la de Intento de Asesinato. Si el juez no lo desestima y acepta a trámite la acusación de Intento de Asesinato, significará que estarás en prisión preventiva hasta que se celebre el juicio, difícilmente te concederán una fianza.

-¿Por qué no?.

-Por las secuelas que declara la víctima y porque está muy bien asesorada.

-Y en ese caso... La celebración de un juicio, ¿podría tardar mucho?.

-Eso siempre depende, nunca es igual, podría tardar meses y hasta un año en celebrarse la vista pero lo peor del caso no sería eso, lo verdaderamente importante es que la gravedad de los hechos cambian y las penas de los delitos también.

-¿Qué me está tratando de decir?. ¿Qué por lo menos voy a ir un año a la cárcel?.

-Eso es el peor de los casos y sólo hasta que se celebre el juicio; después, si el juez dictamina que eres culpable del intento de asesinato te pueden caer hasta doce años.

-¡Doce años! –exclamó Raúl con la cara desencajada-. Eso es toda una vida.

-Bueno..., siempre se puede reducir el cumplimiento de la condena por buen comportamiento, trabajos en la cárcel, luego viene el régimen abierto, en realidad no son doce años encerrados en una celda, a lo sumo serían ocho. Pero no pensemos en eso, esperemos, mañana por la mañana sabremos si ha habido cambio de acusación por parte del fiscal. O bien sales mañana por tu propio pie de aquí, porque la acusación de agresión se haya mantenido y como no implica prisión preventiva te vas a casa o, sales en un furgón en dirección a la prisión en espera de un juicio, en cuyo caso, ya sabes, te esperarías una buena temporada allí. Yo quiero ser franco contigo para que después no haya malentendidos.

-Pues ya puede usted empezar a ganarse el dinero que le pago.

-No depende de mí sino del juez. Lo que él decida es lo que vale, en estos momentos no podemos hacer más que esperar a que tome una decisión en un sentido u otro.

-Pues haga usted lo que pueda. Yo no quiero ir a la cárcel sin haber tenido un juicio.

-Yo te comprendo, pero a un juez no se le puede llevar la contraria porque sí, esto funciona así.

-Y... ¿Por qué han cambiado la acusación?

-Porque, supuestamente, hay indicios para ello sino, no lo habrían podido hacer, si el juez acepta el cambio, te vas derecho a la cárcel como medida preventiva.

-¿No se puede hacer nada para evitarlo?

-Siempre queda el recurso de protestar y conseguir que te dejen salir bajo fianza, pero primero tendrías que ir a la cárcel y después elaborar el recurso para la apelación.

La conversación con el abogado no tranquilizó nada a Raúl, más bien todo lo contrario, le hizo ver la gravedad de los cargos que presuntamente se le imputaban y lo que se le venía encima. A su entender, en este tipo de casos que eran cuestión de la palabra de una persona contra la de otra, había prevalecido la presunción de inocencia del acusado, al menos, para aquellos que no poseían antecedentes penales ni detenciones anteriores como era su caso; sin embargo, en sus propias carnes estaba sufriendo que esto no era así. ¿Habría encontrado la policía algún indicio que lo incriminase y que él y su abogado no supiesen todavía?

Muy a pesar de lo que le hubiese gustado a Raúl, debido a la brutalidad de los hechos, el juez determinó prisión preventiva sin posibilidad de fianza, lo que imposibilitaba su excarcelación, al menos por el momento.

Por parte de su abogado se presentó una apelación con las correspondientes alegaciones, pero antes que se concediese una fecha para la revisión de la misma, fue publicada la fecha para la vista del juicio. Se habían dado prisa en el juzgado, en menos de tres meses desde su detención se le iba a juzgar.

Los compañeros de presidio de Raúl no lo animaban mucho. Los juicios tan rápidos eran un mal presagio, nunca salían bien, eran signo que alguien con influencia tenía interés por zanjar el tema y, en esos casos, no era al preso al que le beneficiasen las prisas.

11. El juicio

Dos meses y medio después.

La fecha del juicio había llegado. Raúl se encontraba en el furgón policial con destino al juzgado. Él tenía ganas que el juicio finalizase y se terminara su encierro. Había revisado todos los pormenores y preparado una estrategia de defensa con su abogado. Ellos lo tenían bastante claro, difícilmente lo iban a condenar por algo que no se podía demostrar, todas las pruebas, por así llamarlas, eran circunstanciales, pero por si esto fallaba, "poseían un par de ases bajo la manga".

Había dejado casi tres meses de su vida entre aquellas rejas y no estaba dispuesto a pasar otras Navidades entre presos. Ahora más que nunca valoraba la palabra Libertad. Además, él se consideraba lo suficientemente inteligente como para no caer en las trampas y contradicciones que le plantease el fiscal durante la vista. Los presos que había conocido en el presidio, normalmente, eran personas de "pocas luces", sin gran nivel de cultura, a los cuales hasta les costaba trabajo expresarse medianamente bien. Él estaba por encima de todos ellos y esperaba utilizar todas sus dotes de conversador para dar la impresión de seguridad y confianza.

Durante el trayecto, montado en el furgón, observaba la cara de los otros detenidos, aquellos sí que tenían cara de delincuentes, él podía dar una imagen diferente durante el juicio y debía beneficiarse de ello.

Llegaron al juzgado. El furgón rodeó el edificio y entraron por la parte trasera, como si desearan ocultarlos de la vista de los ciudadanos normales. La entrada desembocaba en un gran patio central férreamente vigilado. Los hicieron descender uno a uno y los condujeron a la sala de espera de los acusados, allí permanecían encadenados colectivamente hasta que iban siendo llamados; entonces, les quitaban el grillete y provistos de unas simples esposas eran conducidos a la respectiva sala bajo la custodia de dos policías y un funcionario del juzgado.

De camino a la sala del juicio, parecía relativamente fácil escabullirse e intentar escaparse de la vigilancia de los sabuesos pero en su caso no lo creía necesario, tenía la completa seguridad de salir airoso de esta situación.

Al mismo tiempo que esto le sucedía a Raúl, por la puerta principal del juzgado llegaban: Matilde, Nuria, ayudada por una muleta, y el abogado que la representaba. Nuria aconsejada por Antonio había contratado a un abogado para que ejerciese como acusación particular. Era la mejor forma de estar enterada de cómo iban todas las diligencias y de asegurarse que el ministerio fiscal no dejaba ningún cabo suelto. El gran ausente era Antonio, por una serie de circunstancias que nunca llegó a aclarar, no podía estar presente en el juicio.

La entrada al juzgado impresionaba, por las estrechas medidas de seguridad, era necesario pasar por detectores de metal como en los aeropuertos. Después de superarlos, se encontraban en la antesala del edificio decorado de mármol blanco, frío, pulcro e impresionante, lleno de gente trajeada de iban en una y otra dirección, allí dentro

se respiraba respeto. Suerte que ellas iban acompañadas de su abogado que, tras echar un vistazo al papel de la citación, no dudó ni un segundo en dirigirse a la sala en la que habían sido citadas para la celebración del juicio. Él conocía bien los rincones y pasillos de aquel edificio.

Al entrar en la sala, se quedaron por un momento paradas. Aquello no era lo que ellas habían imaginado, en su mente poseían una imagen más parecida a las de los juicios americanos, tal y como aparecían en las películas de la televisión. La sala era más bien austera, con un entarimado un poco elevado al fondo y con mesas dispuestas al frontal y a los lados. El abogado apreció la sorpresa en las caras de sus clientes y les brindó una pequeña explicación para que se situaran.

-Por aquella puerta del fondo aparece el juez y sus auxiliares. A uno de los lados se sienta el ministerio fiscal, allí estaré yo y en el lado contrario estará la defensa. En este banco de delante se sentará el acusado custodiado por la policía y aquí, en estas filas de sillas, estará sentado el público asistente.

-Vamos, como si fuera un teatro –comentó Matilde.

-Y ustedes como son personas implicadas y convocadas para testificar en el día de hoy, tendrán que esperar en una sala colindante a que sean llamadas a declarar. Una vez finalizada su declaración, si lo desean, pueden permanecer con el público, siempre y cuando no interfieran en las intervenciones de las demás personas citadas para declarar en el juicio.

-¿En este juicio no hay jurado popular?.

-No, eso es muy americano, aquí todavía no está muy extendida su práctica y se reserva para casos mayores porque tienen un gasto elevado. En juicios de corta duración o de delitos menores no se suelen convocar a jurados populares.

-¿Y piensa usted que este juicio puede durar mucho?.

-No lo creo, no existen muchas cosas sobre las que debatir. El tema quedará sentenciado en un sentido u otro hoy mismo, si no surgen complicaciones. Yo confío en que no las hayan, a lo sumo se añadiría un día más para deliberar pero sólo en el supuesto que las cosas no estuviesen muy claras. Las acompañaré hasta la sala de los testigos citados, allí tendrán que esperar a que les llamen. No se preocupen ustedes del resto, para eso me tienen a mí. Si me permiten un consejo, en la sala de los testigos no comenten los pormenores del caso, no debemos dar pistas a los testigos del otro bando, ustedes ya me entienden.

-Pero allí... ¿Están las personas que vienen a declarar en nuestro juicio? -preguntó Matilde con preocupación.

-En nuestro juicio y en otros, también existen otras dos salas más de espera como ésa, por eso es bueno no comentar las cosas ni lo que se va a declarar en el juicio, nunca se sabe quién puede ser el que esté sentado a su lado.

El abogado las acompañó hasta la sala y estuvo con ellas un par de minutos haciéndoles compañía. Allí Nuria reconoció a Manolo, el camarero del bar musical y estaba segura que él también la había reconocido a ella. ¿Qué tendría que aportar este hombre al caso?. Tal y como les había aconsejado el abogado, guardaron silencio hasta que las llamasen a declarar.

La sala se fue llenando con los letrados y el público asistente, a continuación trajeron a Raúl y lo sentaron en el banco de los acusados custodiado por dos agentes de policía, sentados cada uno a un lado, junto a él.

El juez apareció en la sala con su porte autoritario, por un momento se hizo el silencio y cuando él hubo tomado asiento, dio comienzo el juicio:

-Se abre la sesión –dijo el juez con solemnidad.

Un auxiliar se puso en pie con un expediente en la mano y leyó la cabecera:

-Se inicia el juicio del expediente número 72951413 contra el Sr. Raúl Lomas Roldanes, preside el tribunal el honorable juez Don Felix de Altamiro.

-Proceda el ministerio fiscal a la lectura de los cargos que se le imputan al acusado –ordenó el juez.

-Con la venia señoría. A Don Raúl Lomas Roldanes, presente en este estrado en concepto de acusado, se le imputa el delito de “Intento de Asesinato” sobre la persona de Doña Nuria Castro Pelayo –expuso el fiscal.

-¿Cómo se declara el acusado de los cargos que se le imputan? –preguntó el juez siguiendo el protocolo.

-Inocente de los cargos que se mencionan señoría –contestó el abogado defensor.

-Procedan ustedes con sus alegaciones –ordenó el juez, dando comienzo el juicio propiamente dicho.

-Llamo a declarar a Doña Nuria Castro Pelayo –solicitó el fiscal.

Un auxiliar se dirigió a la sala de los testigos a llamar a Nuria. Ésta hacia rato que estaba nerviosa, quería que aquello se terminase lo antes posible, era un mal trago que debía pasar. Ayudada por su muleta, lentamente fue desplazándose hasta el micrófono que era el emplazamiento asignado para los testigos que declaraban, éstos respondían a las preguntas de pie. En deferencia al estado de Nuria, un auxiliar trajo una silla y acondicionó la altura del micrófono.

Durante su recorrido hacia el estrado, tuvo en todo momento al alcance de su vista a Raúl. Allí sentado en el banco de los acusados, mirándola fijamente pero sin ánimo de intimidarla, con actitud de corderillo que llevan al matadero. Nadie diría que aquel muchacho había sido capaz de cometer semejante acto atroz. Se le veía tranquilo, seguro. Aunque su mirada dejaba entrever una chispa de súplica. Ella nunca antes se había visto en este trance. No sabía que hacer, como comportarse, tenía pánico a no saber controlarse y romper a llorar en mitad de su declaración y, por causa de esto, no ser capaz de decir lo que sentía dentro de ella. Pasó toda la noche sin dormir, dándole *vuelatas a la cabeza*, tratando de vislumbrar la mejor forma de relatar lo sucedido sin dejarse en el olvido ningún detalle que pudiese contribuir a demostrar la culpabilidad de Raúl. Había llegado muy lejos para echarlo todo a perder por culpa de sus nervios. Por mucha vergüenza que le diera hablar en público, debía superarlo.

El fiscal dio pie a Nuria.

-Por favor, diga su nombre y relate lo que aconteció la noche de los hechos.

-Me llamo Nuria Castro Pelayo y vivo en Villareal.

Su voz sonó temblorosa, un poco inquieta y silbante, todavía no había aprendido a articular bien las palabras porque no tenía recuperada la movilidad de la mandíbula. Era necesario hacer un esfuerzo por parte de los oyentes para medianamente entenderla.

-Aquella noche -continuó Nuria-, yo había salido con los compañeros de trabajo para celebrar una despedida de soltera de una compañera. Después, quedé citada en un bar musical con Matilde, la chica que comparte vivienda conmigo, para que me recogiese a eso de la una y media de la noche.

Llegado a este punto Nuria estaba más tranquila y su tono de voz sonaba mucho más seguro y firme.

-Llegué un poco justa de tiempo, más bien algo tarde, pero mi compañera no se presentó. Allí, en aquel local musical conocí a Raúl que me llevó hasta mi casa. Esto fue más o menos a las tres y media de la madrugada. Cuando llegamos a la puerta, me di cuenta que no llevaba las llaves para entrar. Más tarde, mientras esperábamos a que llegara mi amiga Matilde, me entraron unas terribles ganas de orinar por lo que fuimos a un descampado que hay cerca de la entrada del pueblo para poder hacer allí mis necesidades. Fue entonces cuando pasó todo –terminando esta frase se le notó la voz quebrada.

-Muy bien –dijo el fiscal, ahora tranquilícese y nos relata, a su manera, lo que ocurrió en aquel descampado.

Nuria dedicó una tímida y fugaz mirada a Raúl, tragó un poco de saliva, respiró profundamente y tras suspirar armándose de valor, continuó con su relato.

-Después de hacer mis necesidades, cuando llegué al coche, Raúl me estaba esperando fuera, apoyado al lado.

-Disculpe, señorita –interrumpió el fiscal. Cuando usted dice Raúl, se está refiriendo al acusado Raúl Lomas Roldanes aquí presente.

-Sí, a él –contestó Nuria sin titubeos y sin necesidad, tan siquiera, de mirarle a la cara. Cuando llegué al coche, Raúl me tomó con fuerza e intentó besarme. Yo me negué, no había ido allí para hacer nada de eso. El insistió e intentó forzarme, caímos al suelo y lo que recuerdo era: su peso encima mío agobiándome, agarrándome con fuerza los brazos, intentando besarme, babeándole la cara y el cuello. No sé cómo fue, sin apenas darme cuenta, tenía una piedra abultada y alargada en mi mano izquierda. No lo pude evitar, le golpeé con ella, creo que en la espalda, pero se me cayó, apenas si podía moverme. A continuación comenzó a insultarme a gritos, como enloquecido, con los ojos fuera de sus órbitas, daba miedo. Tomó la piedra que se me había caído y me golpeó brutalmente con furia. Sentí el dolor del golpe, fue directo en mi cabeza, todo me retumbó, como si me hubiesen sacudido. Aturdida, notaba la humedad caliente de la sangre deslizándose por mi cara, paró un instante y a continuación vino el segundo golpe y, otro y, otro. ¡Fue horrible!

En este momento Nuria se puso las manos en el rostro como intentando apartar esta terrible visión de sus ojos. Un nudo en la garganta le impedía continuar con su relato atenazándole no dejando fluir libremente a las palabras.

-Por favor, que alguien le traiga un vaso de agua a la señorita. Tranquilícese y cuando lo haya hecho continúe contando lo que pasó, no tenemos prisa–recomendó el fiscal.

-No ha sido nada, ya está. Lo siento, no puedo evitarlo –se excusaba Nuria frente al tribunal, cada vez que recuerdo a ese loco golpeándome sin compasión, el ruido seco de la piedra chocando contra mi cabeza. ¡Es horrible!. Lo siento es superior a mis fuerzas – Nuria hizo una breve pausa y a continuación prosiguió con su relato-. Me encontraba en el suelo, tumbada, impotente, sin fuerzas y aterrorizada, sin poder hacer nada por evitarlo, sintiendo su fuerza y su peso encima de mí.

-Y después... ¿Qué ocurrió?. ¿El acusado abuso de usted? –preguntó la defensa.

-No lo sé. No recuerdo qué fue lo que sucedió a continuación, creo que me desvanecí y que, por unos minutos, estuve ausente. Cuando volví de nuevo en sí, me estaba arrastrando. Yo iba boca abajo, lo sé porque notaba la sangre correr por el rostro mojándome, deslizándose por el lado de la cara hasta llegar a la barbilla. Me había tomado por los brazos y tiraba de mí. Me faltaba un zapato, sentía el pie arrastrado por el suelo y, como éste, se enganchara con lo que encontraba en su camino. En ese momento

me volví a desvanecer de nuevo. Todo lo que recuerdo a partir de aquí queda envuelto en una especie de bruma. Sentí que me tiraba por un terraplén, allí caí pesadamente arañándome y golpeándome con cuanto se interpuso en mi trayectoria. Sentí algo punzante que me segó el rostro sintiendo un gran dolor, aquel filo cortante me produjo un corte doloroso y profundo. No sé cuanto tiempo pasó, ni cuanto tiempo estuve inconsciente. Abrí los ojos porque sentía dolores por todo el cuerpo, no veía nada, hacía frío, estaba rodeada por la más absoluta oscuridad. Me arrastré por el terraplén hacia arriba clavando mis dedos en la tierra, agarrándome como podía a las matas y a las cañas. Mis miembros no me respondían, estaban doloridos y yo muy aturdida. Llegué como pude al descampado, no sé cuanto tiempo necesité para ello, pero fue una eternidad. Desde la explanada se veía las luces de las farolas de la carretera nacional, decidí dirigirme allí para pedir ayuda. Sentía el frío de la noche, sentía que la fuerza se me iba, que el aliento me abandonaba. Tropecé y caí al suelo, al menos, tres veces, en cada una de ellas me costaba más levantarme y proseguir caminando. Cuando llegué por fin a la carretera, me sentí de nuevo desfallecer, no circulaba ningún vehículo por lo que decidí continuar caminado por el arcén hasta que apareciese alguno. Caminaba sin ver, sin sentir las piernas, como un "zombie", simplemente me limitaba a echar los pies hacia delante para no perder el equilibrio, un pié detrás del otro. Las fuerzas se me escapaban y junto a ellas, el aliento y la vida. De repente, escuché un pitido muy fuerte cerca de mí, me aparte bruscamente tambaleándome hacia un lado, a continuación, oí un chirriar de neumáticos. Sentí un golpe que me lanzó por los aires y nada más. A partir de aquí no sé que ocurrió, yo ya me desperté más tarde en el hospital. Esto es todo lo que puedo contar.

Mientras duró el relato de Nuria, se creó un completo y sepulcral silencio. Las personas de aquella sala se imaginaban, cada una a su manera, la escena y lo relatado. La parquedad de los detalles aportados contribuía a ello. No obstante, se palpaba en el ambiente de la sala la tirantez y la angustia en los momentos en los que se relataba la agresión. Instintivamente las miradas de reproche y acusación se dirigían hacia Raúl. Éste impasible "aguantaba el chaparrón" con entereza.

-Muchas gracias –añadió el fiscal–. Señorita Nuria, sólo para dejar clara la situación. ¿Usted en algún momento animó al acusado para que entendiese que iban a tener relaciones en el descampado?.

-No, nunca le insinué nada ni lo provoqué en ese sentido.

-El descampado donde ocurrió todo, ¿no es donde van siempre las parejas de novios de su pueblo para tener relaciones íntimas? –pregunto la defensa.

-Sí, pero yo ya dejé bien claro antes que fuéramos allí, que no quería hacer nada.

-¿Y aún así fue a este lugar?. ¿De verdad no tenía usted intención de pasar un buen rato?.

-No, como quiere que se lo diga, simplemente me pareció un buen sitio para orinar.

-Independientemente del hecho que usted eligiera el lugar y que además quisiese ir allí, durante su relato ha mencionado en varias ocasiones que sufrió desvanecimientos, es decir, pérdida del conocimiento. Una de estas lagunas se produjo entre los golpes que recibió hasta el momento en que fue arrastrada y lanzada al terraplén. ¿No es cierto?.

-Sí, así es.

-Entonces..., ¿puede usted asegurar que la persona que la agredió fuese la misma que la que intentó matarla arrastrándola y tirándola por el terraplén?.

-¡Protesto!, señoría –exclamó el fiscal–. La defensa está tratando de confundir a la testigo.

-Señoría sólo pretendo establecer claramente los hechos y su autoría: la agresión, el intento de asesinato, el escenario y los actores que intervinieron –argumentó el abogado defensor.

-Denegada la protesta –dictaminó el juez-. Por favor, señorita conteste la pregunta.

-No, no puedo asegurarlo, no puedo decir con total seguridad que fueran la misma persona. Era de noche y cuando me estaban arrastrando yo iba boca abajo, no pude ver su rostro. ¡Pero allí no había nadie más!. Sólo él y yo.

-Presuntamente señorita, presuntamente –añadió la defensa a modo de coletilla-. Mientras usted estuvo inconsciente, pudo ir y venir cualquiera. ¿Cómo puede afirmar que esto no sucedió?.

-No puedo, realmente no puedo.

-No tengo más preguntas para la testigo.

Nuria se levantó de la silla ayudada por un auxiliar y se dirigió hacia los asientos del público asistente a la vista. Todas las miradas estaban centradas en ella. Tenía la sensación de haber sido ella la acusada, en lugar de creerla, la habían atosigado como si ella fuese el criminal. Su intervención le había dejado mal sabor de boca. Después de su declaración no veía el caso tan sólido. El abogado defensor era una persona muy hábil que había sabido llevar muy bien la situación y el interrogatorio. Por un momento hasta consiguió, a ella misma, hacerla dudar.

-Llamo a declarar a la señorita Carmen Roazín García –solicitó el abogado defensor. Una mujer alta y delgada de silueta estilizada entró por la puerta y tomó posición frente al micrófono. A Nuria no le dio tiempo a verle el rostro y el nombre no le sonaba de nada. ¿Quién sería ésta?. ¿Qué tendría que decir en todo esto?.

-Buenos días señorita Carmen, podría usted relatar a este tribunal lo que hizo usted la noche del catorce de septiembre.

-Esa noche fui invitada a una cena de despedida de soltera de una compañera de trabajo, allí durante la cena me senté al lado de la señorita Nuria, ya la conocía de verla más de una vez en la empresa. Aquella noche nos lo pasamos bien, comimos y bebimos bastante, más bien un poquito más de la cuenta, nos lo estábamos pasando divertido, el ambiente era muy bueno.

-¿La señorita Nuria también se lo estaba pasando bien?.

-Por supuesto, al menos así lo parecía.

-¿Qué hicieron ustedes, después de cenar, para continuar la juerga?.

-Cuando terminamos la cena, nos fuimos a ver un espectáculo de bailarines sexys.

-¿La señorita Nuria iba con ustedes?.

-No, no, dijo que se iba derecha a casa, que estaba cansada y un poco mareada, había bebido *un pelín* más de la cuenta, no tenía el cuerpo para nada.

-¿Dijo claramente que se marchaba para casa y que estaba mareada?.

-Sí, así es.

Con este testimonio la defensa pretendía ofrecer una imagen libertina y lujuriosa de Nuria, abriendo un paréntesis de duda sobre la conducta de la muchacha.

-¿La vio usted marcharse, tomar un taxi o un coche? –preguntó el fiscal.

-Simplemente vi que se alejaba caminando y no volví a verla.

-En su opinión... ¿La señorita Nuria estaba borracha?. ¿Se le trababa la lengua al hablar o presentaba indicios de embriaguez?.

-No, por supuesto que no.

-¿Sabía lo que decía?.

-Sí, con total seguridad, sólo habíamos bebido un *pelín* más de lo debido.

Con estas preguntas, el fiscal se aseguraba que la defensa no iba a utilizar el argumento de la embriaguez de Nuria para invalidar su declaración y testimonio.

-En relación con el caso –intervino la defensa-... ¿Estuvo el acusado en la cena?. ¿Vio usted a la señorita Nuria en compañía del acusado?.

-No, en ningún momento.

-Protesto señoría –replicó el fiscal-, el inicio de la velada no es relevante en el caso que se presenta puesto que, según se ha declarado, los hechos se produjeron con posterioridad.

-Señoría, la defensa sólo pretende determinar cuando se produjo el encuentro y los testigos del mismo, en el supuesto que lo hubiese habido.

-Protesta aceptada, por favor, cíñanse ustedes al orden cronológico de los hechos presentados en este tribunal.

No hubo más preguntas para ella, la despidieron cortésmente y seguidamente llamaron a declarar al doctor Francisco Pérez Alonso.

-Buenos días doctor, podría usted presentarse.

-Hola, me llamo Francisco Pérez, soy el médico forense y psicólogo titular de este juzgado.

-Después de estudiar el expediente médico de la señorita Nuria. ¿A qué conclusiones ha llegado?.

-Bien, en principio se aprecian claramente dos tipos de lesiones diferentes, unas generadas por una agresión y posterior caída por un desnivel y, otras, como consecuencia de un accidente de automóvil, entre ambos grupos de lesiones distan por lo menos dos o tres horas. También cabe destacar la gravedad de las lesiones físicas así como el hecho que fuese necesario una regresión hipnótica para recuperar la memoria de la paciente.

-Por favor doctor, puede usted explicar con palabras sencillas para que le entendamos que es una regresión hipnótica.

-Es una técnica que, mediante el hipnotismo, se hace al individuo retroceder en el tiempo, consiguiendo rescatar información almacenada en el subconsciente.

-Esto no es lo que hace la gente para conocer las reencarnaciones y qué fueron en vidas pasadas, por ejemplo, hay gente que piensa que ha sido Julio Cesar o Napoleón o un perro y cosas de este estilo.

-Sí, hay gente que cree en estas cosas y utilizan este tipo de técnicas.

-Y... ¿Usted que piensa de ello?.

-Protesto, está pidiendo al testigo que realice una valoración subjetiva de una práctica médica extendida y aceptada profesionalmente –argumentó el fiscal viendo venir hacia donde estaba conduciendo el interrogatorio la defensa.

-Estoy pidiendo una opinión de experto al testigo y, en calidad de ello está en este tribunal –explicó la defensa.

-Protesta denegada, prosigan ustedes.

-Creo que todo está en la imaginación del individuo y, como tal, es manipulable.

-Doctor, ¿qué hubiese pasado si en esa regresión hipnótica alguien le hubiese dicho a la señorita Nuria que era Julieta y que Raúl era su Romeo?.

-Protesto, esto se está convirtiendo en un teatro –expuso con enojo el fiscal.

-Protesta aceptada, por favor, ruego a la defensa que no ridiculice las situaciones –ordenó el juez.

-Cambio mi pregunta –rectificó la defensa-, durante la regresión..., ¿pueden ser manipulados los recuerdos por terceros, cambiando las ideas y las percepciones del individuo que se encuentra en trance hipnótico en ese momento?.

-Sí, totalmente. El mensaje puede quedar grabado en el subconsciente del individuo y condicionarlo. Es posible manipular a una persona con este tipo de técnicas.

-Señoría –intervino la defensa-, quiero que conste en acta que los recuerdos expuestos por la señorita Nuria ante este tribunal, fueron rescatados utilizando la técnica de regresión hipnótica. Durante la misma, no estuvo presente ningún efectivo de la policía, ni nadie que pudiese dar fe de la transparencia e imparcialidad del proceso y, por lo tanto, no se puede asegurar que no hubo manipulación por parte de los presentes en dichas sesiones terapéuticas.

-Protesto, la regresión fue realizada en un hospital y por profesionales reconocidos, no se puede aceptar poner en "tela de juicio" su labor –salió al paso el fiscal viendo como su baza más fuerte en este juicio estaba a punto de "irse a pique"-. Una institución como el hospital de Nuestra Señora de la Trinidad merece toda la respetabilidad y el reconocimiento que se ha ganado a lo largo de sus extensos años de servicio a nuestra comunidad y a la ciudad.

-Durante este juicio, la defensa demostrará que existen vínculos que relacionan a dicho hospital con la víctima, poniendo en duda la transparencia e imparcialidad con que se presentan los dictámenes y las pruebas realizadas en dicha institución.

-No hay cabida a la protesta. Se hace constar en acta las circunstancias en las que se realizó la regresión omitiendo el comentario sobre la posible manipulación de los recuerdos.

La defensa se dio por satisfecha con ello, éste era el objetivo que perseguía con la declaración del doctor, aunque no se aceptó que hubiese habido manipulación, la remota posibilidad, por sí sola, introducía una fisura en las declaraciones de la víctima y su credibilidad, y ésta era la única prueba consistente que implicaba directamente a su defendido.

12. La sentencia

Continuando con las declaraciones, el ministerio fiscal llamó a declarar a Matilde.

-Buenos días señorita, podría usted presentarse y relatar lo que le aconteció el pasado catorce de septiembre.

-Buenos días me llamo Matilde Gil Baptiste. Vivo con Nuria y, la noche del catorce de septiembre, había quedado en recogerla en la ciudad a la una y media. Terminé de trabajar muy tarde, pasadas las tres de la madrugada. Cuando iba a por ella, en mitad de la ciudad, me crucé con un vehículo de color negro en el cual viajaba Nuria junto con Raúl que iba al volante, circulaban en sentido contrario al mío y no me dio tiempo de avisarles. No volví a ver a Nuria hasta unos días después en el hospital.

-¿Usted no tiene ninguna duda en reconocer al acusado como la persona que iba conduciendo el coche en el cual viajaba la señorita Nuria? –preguntó el fiscal.

-No, ninguna.

A continuación comenzó el turno de preguntas de la defensa.

-¿Dónde trabaja usted?.

-En el Hospital Nuestra Señora de la Trinidad.

-¿Cuántas horas había trabajado usted ese día?.

-Aproximadamente unas catorce horas, hubo un accidente en la autovía y fue necesario reforzar el servicio de urgencias.

-¿A qué distancia estaba usted del vehículo cuando se cruzaron?.

-No sé como decirle, el ancho de esta sala, tal vez un poco más.

-Y a esa distancia de unos quince metros, de noche, a las tres y media de la mañana y, después de haber trabajado catorce horas seguidas, ¿puede usted asegurar con certeza que era el acusado quién iba al volante del vehículo?.

-Sin lugar a dudas –afirmó Matilde con rotundidad.

-¿El coche en el que viajaba su amiga llevaba las luces encendidas?.

-Sí.

-¿Ambas?.

-Sí, claro.

-Después de aquella noche, tuvo usted algún contacto más con el acusado.

-Sí, más o menos un mes después de que todo ocurriese, tuve una charla con él en el bar musical en el que habíamos quedado citadas Nuria y yo la noche de la agresión.

-¿Cuál era el objetivo de esta reunión?.

-Quería conocerlo, saber quien era.

-¿Le había hablado su amiga de él?.

-No, en ningún momento.

-¿Fue usted la que proporcionó los datos del acusado a la policía y los puso tras su pista?.

-Así es –afirmó Matilde orgullosa.

-En el hospital en el que usted trabaja, ¿fue en el que ingresaron a la señorita Nuria?.

-Sí, estuvo primero en la UCI, luego más tarde un mes en la planta y ahora va allí para hacer los ejercicios de rehabilitación.

-¿Estuvo usted presente durante la sesión de regresión hipnótica?.

-Sí, como amiga suya, le estuve haciendo compañía en ese mal momento.

-¿Recuerda usted si la noche anterior a los sucesos, su amiga Nuria trasnochó?.

-No lo sé. En esa semana llevaba el turno de tarde lo que significa que llegaba a casa de madrugada, normalmente me iba directa a dormir. No obstante, si sirve de algo, Nuria no suele trasnochar muy a menudo.

Tras este interrogatorio, terminó la declaración de Matilde. La defensa llamó a declarar a Manolo, el camarero del bar.

-Señor Manuel... ¿Recuerda usted haber visto a la señorita Nuria en compañía del acusado la noche del catorce de septiembre?.

-No sabría decirles el día con certeza porque hace mucho tiempo de eso, pero en esas fechas recuerdo una noche, cuando cerraba el local, normalmente suele ser entre las tres y las tres y media dependiendo de la clientela que haya, como decía, vi pasar a Raúl con Nuria la chica de la foto que me enseñó la policía, en el coche de Raúl.

-¿Qué nos puede decir de la señorita Matilde?.

-Protesto –dijo el fiscal-, la señorita Matilde no es relevante en el caso que nos ocupa.

-Señoría, con este testimonio, quisiera dejar patente la evidente implicación de la señorita Matilde en este caso.

-Denegada la protesta, por favor, prosigan con el interrogatorio.

-Esta señorita apareció una noche por el bar buscando a un chico moreno que tenía un coche negro. Yo le propuse que podía ser Raúl. Ella no lo conocía en persona. Cuando Raúl vino, estuvo hablando con ella y, al rato, se marcharon juntos. Ella más bien me dio la impresión de ser una *buscona*. Más tarde, apareció Raúl solo, por lo visto había plantado a la señorita Matilde porque no le había terminado de convencer, en nuestro lenguaje solemos decir que es una “caliente braguetas”, es decir, una chica que está contigo para sacarte lo que quiere y, cuando termina, te deja sin más.

-¿Se le veía a ella con mucho interés?.

-Por supuesto, esa venía dispuesta a cazar a Raúl o a cualquiera que tuviese un coche deportivo negro.

-¿Por qué recalca usted tanto lo del coche deportivo negro?.

-A mí me lo dejó bien claro, me dijo textualmente que yo no le servía porque no tenía un vehículo con esas características.

-Presumo que lo que buscaba la señorita Matilde era alguien que poseyese un automóvil con esas características para que coincidiese con su declaración a la policía, no importaba quién fuese. ¿No es así? –argumentó la defensa.

-Sí, así lo parecía –contestó el camarero.

-Protesto, la defensa está conduciendo al testigo.

-Se acepta la protesta, que no conste en acta la pregunta y respuesta -ordenó el juez.

-¿Cuánto tiempo hace que conoce al acusado?.

-Ya hace bastante tiempo, yo diría que unos diez u once años.

-Mucho tiempo, sí señor... ¿Diría usted que son colegas?.

-Por supuesto, colegas de toda la vida.

-En el código de la calle, jamás se traiciona a un colega. ¿No es así?.

-Sí, así es.

-¿Usted nunca diría nada que perjudicase a su colega Raúl?.

-Protesto –dijo la defensa-, el fiscal está insinuando que el testigo está cometiendo perjurio.

-Se acepta la protesta, ruego al fiscal que no continúe por esa línea de argumentación.

-No tengo más preguntas –concluyó el fiscal.

Despidieron al camarero tras su intervención. No quedaban más testigos que interrogar y llegaba el momento en el que Raúl tenía que ponerse frente al micrófono, era el examen final, su futuro dependería de lo que ocurriese los próximos minutos y de la credibilidad y honestidad que fuese capaz de mostrar.

Raúl se dirigió a declarar, tenía el semblante sereno, impecablemente vestido y lo único que desentonaba en su figura eran las esposas. La impresión que había tenido del juicio no era muy mala, la estrategia planeada por su abogado estaba dando buenos resultados, ahora le tocaba a él hacer un buen papel. *¡Valor y al toro!*

-Señor Raúl cuéntenos su versión de los hechos.

-Yo conocí a la señorita Nuria en el bar musical de Manolo y, a la hora de cerrar el local, se había quedado sin transporte y no podía volver a su pueblo, Villareal, por lo que me ofrecí a llevarla a su casa. Una vez allí, la dejé en la puerta y me marché. Lo que sí me gustaría matizar, porque creo que esto es muy importante, es que hay un malentendido en lo referente a la fecha. La noche que estuve con la señorita Nuria fue la del jueves día trece de septiembre por la noche que, a mi entender, es el catorce de madrugada, pero no la noche del viernes al sábado que fue cuando a esta señorita, según ustedes, le ocurrió todo.

-Usted en su declaración a la policía dijo, sin lugar a dudas, que había estado el viernes con la señorita Nuria –aclaró el fiscal.

-No, ellos me preguntaron si la noche del catorce estuve con ella, evidentemente es cierto, la noche entre el jueves y el viernes, pero no la del viernes al sábado como usted quiere hacer ver. Por otro lado, cuando me lo estaban preguntando era un mes después. Posteriormente, me di cuenta del error. Igualmente puedo demostrarlo con papeles que así fue. Permítanme que me explique. El día catorce, viernes, me vi envuelto en un accidente de tráfico en la ciudad, a eso de las diez de la noche aproximadamente. En el accidente se hizo añicos un faro delantero de mi coche y al día siguiente, sábado lo llevé a reparar. Esa noche no salí porque no podía circular con el vehículo en esas condiciones, hay muchos controles de policía y seguro que me iban a multar. Por otro lado, todavía no me había quitado de encima el susto del accidente del cuerpo, por lo que decidí quedarme en casa viendo la televisión.

-¿Tiene usted testigos que afirmen que estuvo en su casa la noche del viernes? –atacó el fiscal.

-No, un viernes por la noche no hay nadie en casa, mis padres se marchan al apartamento en la playa y yo me quedo solo. De lo que sí dispongo es de los documentos que refrendan lo que he dicho: el parte de accidente como que ocurrió el viernes catorce a las diez de la noche, también el parte del perito el seguro que vino el sábado por la mañana a ver el coche al taller. Estaba claro que nadie pudo verme en mi coche el viernes porque no podía circular con él.

-¿Podía usted haber arreglado provisionalmente el faro la noche del viernes? –prosiguió el fiscal en su acoso.

-Protesto, el fiscal especula –arremetió el abogado defensor.

-Protesta denegada, responda a la pregunta por favor –dijo el juez.

-No, no existía posibilidad de arreglarlo porque se rompió el vidrio, la pantalla reflectora, las bombillas, todo, totalmente inservible, tal y como queda reflejado en los documentos del perito del seguro. La única reparación posible era reemplazar el faro completo por otro y un faro no es una pieza de recambio como una bombilla que se tiene habitualmente.

-Solicito se admitan como prueba los documentos referenciados por mi cliente en su declaración –añadió el abogado defensor.

-Entonces..., ¿niega usted haber causado las lesiones declaradas por la señorita Nuria?

-Totalmente, no tuve nada que ver. Ni siquiera estuve allí.

-¡Mentiroso!. ¡Eres un embustero! –gritó Matilde desde los asientos del público.

El juez ordenó que fuese desalojada de la sala hasta que concluyese la sesión. Un aguacil acompañó a Matilde fuera. Una vez restablecido el orden prosiguieron con el interrogatorio

-¿Qué ocurrió entre usted y la señorita Matilde?

-Nada, no hubo posibilidad de ello, esa chica se me presentó un día en el local musical, parecía que yo le gustaba, al menos, ella fue allí buscándome, pero lo que realmente quería era pavonearse en mi coche. Así que me di cuenta que lo único que quería era aprovecharse de mí y le di plantón en la puerta del Nostradamus, que era el lugar en el cual nos habíamos citado. Volví más tarde al local musical y se lo expliqué a mi amigo Manolo, perdón al señor Manuel que ha declarado anteriormente. En mi opinión esa chica está despechada conmigo porque no consiguió de mí lo que quería.

-¿Qué supone usted que quería la señorita Matilde?

-Protesto, el fiscal está pidiendo al testigo que especule.

-Denegada la protesta, por favor conteste a la pregunta del fiscal.

-Supongo que pasar la noche conmigo, pavonearse delante de sus amigas montada en mi coche. ¡Yo que sé!. Pregúntele a ella.

-¿Cómo explica usted que se hallase el teléfono móvil de la señorita Nuria en su automóvil?

-He de suponer que se le caería la noche que la llevé a su casa. Yo ni siquiera sabía que estuviese allí.

-¿No se le caería durante el forcejeo con usted? –arremetió el fiscal en un intento desesperado por hacer que Raúl se contradijera en algún momento.

-Protesto, el fiscal está tratando de confundir al acusado, la señorita Nuria ha declarado que el forcejeo se produjo fuera del vehículo, en medio de un descampado –argumentó la defensa.

-Se acepta la protesta, señor fiscal, aténgase a los hechos relatados –advirtió el juez.

-¿Cree usted que el señor Manuel sería capaz de mentir por un colega?

-No lo sé, pregúnteselo a él.

-¿Sí o no?

-Lo que hagan los demás y sus conciencias no es asunto mío –contestó Raúl un poco incomodado ante la insistencia del interrogatorio.

-He terminado con las preguntas –añadió el fiscal.

-¿Tiene el acusado algo más que decir a favor suyo o relacionado con este proceso?. Ahora es el momento.

-Simplemente, volver a reafirmar que soy inocente y, que no entiendo por qué se me inculpa ni por qué llevo meses en la cárcel cuando yo, no estuve ese día en el lugar en que ocurrió todo. ¡Es un montaje en contra mía!

Con la declaración de Raúl se terminaban todas las intervenciones.

-Vistas y escuchadas todas las declaraciones de los testigos y del acusado, se procede a un descanso de treinta minutos para que el ministerio fiscal y la defensa preparen sus alegaciones y recapitulaciones finales.

El abogado de la acusación particular se reunió con Nuria y Matilde, él ya tenía preparado su alegato.

-¿Cómo lo ha visto? –preguntó Nuria solicitando del abogado una opinión más profesional y colegiada que la de ellas.

-Lo veo francamente difícil. Ha habido muchas interferencias durante la investigación de este caso y eso nunca es bueno.

-¿No lo dirá por mí? –preguntó Matilde sensiblemente molesta por el comentario.

-En parte sí.

-Pero si yo no llego a hacer el trabajo de la policía, ahora no tendríamos caso.

-Lo entiendo, pero eso ha influido mucho en el juicio.

-Entonces..., en su opinión ¿cual será el veredicto?

-No lo sabremos hasta más tarde, seguramente ahora haremos la exposición de los alegatos y pararemos para comer. Esta tarde será cuando tendremos el veredicto final.

Al cabo de unos minutos se reanudó la sesión.

-Por favor, expongan sus conclusiones –introdujo el juez.

-El ministerio fiscal, cree probada y demostrada la autoría de las agresiones sufridas por la señorita Nuria en manos del acusado y como éste, aprovechando la inconsciencia de su víctima, demostrando tener una mente calculadora y una gran sangre fría, trató de librarse de la víctima indefensa y herida arrojando su cuerpo por un terraplén, en un intento por matarla a la vez que hacía desaparecer cualquier evidencia que lo incriminase o lo relacionase con la atrocidad cometida en la persona de la señorita Nuria. Es por ello, que ante tal crueldad manifiesta y evidenciada, desde el ministerio fiscal, se solicita la pena máxima de doce años correspondiente al delito de Intento de Asesinato.

-La defensa cree demostrada la existencia de un montaje maquiavélico protagonizado y urdido por la señorita Matilde. La cual, en su despecho y afán de venganza ocasionados por el rechazo y el desplante amoroso que sufrió por parte del acusado, ha proporcionado los datos de la investigación policial, aprovechando las extrañas circunstancias del caso para manipular los hechos de tal forma que, ha conseguido que nuestro defendido se encuentre en estos momentos sentado en el banquillo de los acusados. Y para llegar a este objetivo, no ha dudado en aprovechar la desgracia sufrida por su amiga Nuria junto con los problemas y lagunas de memoria de la misma. Basándose únicamente en un cúmulo de circunstancias artificiales ha conseguido incriminar al acusado. Bajo este prisma, solicitamos la absolución total y que nuestro defendido, sea declarado inocente de los cargos que se le imputan.

-Escuchadas las partes y sus alegatos, el caso queda listo para sentencia. La sesión se reanudará a las cuatro de la tarde –concluyó el juez.

Como cada día el juez se marchó a comer a un restaurante un poco alejado del juzgado. Le gustaba comer en un lugar tranquilo donde no lo conociese nadie, donde pudiese

pasar desapercibido. Llegó un poco tarde y ya le estaba esperando su amigo de promoción, su incondicional amigo García.

-Hombre, ya era hora que llegases, ya he pedido, hoy no me sobra el tiempo, si llegas a venir más tarde habrías tenido que comer solo.

-Gracias García por esperarme, ¿que haría yo sin ti?.

-¿Qué haría yo?. Si tú no enviases a la gente a la cárcel yo no podría concederles la libertad condicional después.

-No me gusta tu trabajo García, siempre entre presos. Tú parece que disfrutes con ello.

-Conmigo por lo menos están agradecidos cuando les concedo la libertad, en cambio tú, cuando te jubiles, tendrás que ir siempre mirando hacia atrás para ver si te persigue, para vengarse, alguno de los delincuentes que mandaste a la cárcel años atrás.

-Con mi jubilación, que será mucho más sustanciosa que la tuya, me retiraré a disfrutar al Caribe y allí, si quieren, que me busquen.

-Yo, como estoy soltero, no necesito tanto dinero y duermo mejor que tú teniendo mi conciencia tranquila. Y mientras tú sigas condenando a gente, a mí no me faltará el trabajo. Por cierto, ¿vas a enviar a alguien hoy entre rejas?. Últimamente está bajando tu promedio.

-Hoy no lo creo. Tengo un caso claro de intento de asesinato, pero la investigación se ha llevado de tan mala manera y, de una forma tan poco rigurosa y profesional que, posiblemente, lo tendré que desestimar. No entiendo como la gente puede presentar casos tan mal argumentados y preparados, parece que tengan ganas de perderlos y luego toda la culpa es del juez.

-Al acusado, si no lo encierras, le vas a dar una alegría.

-Y un disgusto a la víctima. Lo malo de los juicios es que si una parte gana; la otra pierde. Nunca el veredicto es a gusto de todos.

-Vamos a comer que se nos va a enfriar la comida y yo me tengo que marchar ya. Esta tarde tengo un montón de solicitudes que revisar.

-No vayamos con tanta prisa García, engullir no es bueno, disfrutemos de los pocos placeres que nos quedan en esta vida.

La sesión se reanudó. La expectación se palpaba en el ambiente. La suerte estaba echada, sólo había que esperar al veredicto final. El juez comenzó argumentando su dictamen:

-Habiendo escuchado a las partes, teniendo en cuenta los testimonios presentados por las mismas y en base a las pruebas aportadas a este tribunal, concluyo y dictamino que no ha quedado técnicamente probada la participación del acusado en los hechos que se le imputan. Por lo que declaro "Juicio Nulo" por falta de pruebas y evidencias. El presente fallo podrá ser recurrido por los conductos reglamentarios existentes a tal efecto. El acusado recobrará su libertad a partir de primera hora de mañana. Caso juzgado. Se levanta la sesión –con estas palabras el juez dio por cerrado el juicio.

Raúl dio un salto de alegría en el banco de los acusados y se abrazó a su abogado en un arrebatado de júbilo. Sus padres estaban felices, había valido la pena todo el dinero que han pagado en este gabinete de abogados. ¡Eran los mejores!.

Nuria y Matilde no salían de su asombro, todo había concluido y el culpable, mañana estaría en la calle como si nada hubiese ocurrido. ¿Qué clase de justicia era ésta?. Habían perdido su confianza en la Ley. ¿Justicia para quién?, para los que se podían

permitir buenos abogados dispuestos a dar la vuelta a las palabras, a tergiversarlo todo de forma que hasta el más culpable acaba siendo el más inocente.

El abogado que habían contratado para la acusación particular llegó hasta donde ellas se encontraban. Traía la cara larga, incapaz de excusarse por el veredicto, se le había ido el caso de las manos por confiado. Lo único que logró articular era que se podía presentar un recurso y que no estaba todo perdido. Ellas, en este momento, no tenían ganas de hablar sobre el tema, querían que las dejaran solas con su decepción y su amargura. Juicio nulo, tantos esfuerzos, sacrificios y penurias para esto. ¡Era injusto!.

Epílogo

Esa misma tarde en la prisión

Raúl estaba recogiendo sus cosas, mañana por la mañana abandonaría aquel antro. Tonio, uno de los jefes de las bandas del recinto, había venido a verlo acompañado por dos de sus secuaces que se quedaron custodiando la entrada a la celda para que nadie molestase. Los “de dentro” solían ponerse en contacto con los que iban a salir para que les hicieran favores especiales o para encargarles recados específicos. Era algo habitual. Había recaditos que no se podían confiar a las visitas.

-¿Qué hay Raulito?. Me han dicho que te largas de aquí mañana.

-Así es, libre como un pájaro, esas urracas no consiguieron culparme de nada.

-El gran Tonio necesitaría que le hicieses un favor.

Mientras decía esto, le apoyaba el brazo por detrás de los hombros a Raúl, como hacen los viejos amigos.

-Faltaría más, cuenta conmigo. ¿Quieres que lleve algo fuera?. ¿Qué hable con alguien de parte tuya?. Lo que haga falta, no importa.

Raúl conocía que, fuese lo que fuese, era mejor no negarse a una petición proveniente de Tonio.

-Yo necesito algo muy personal.

-¿El qué?.

-Necesito tu vida.

Mientras decía esto, Tonio se incorporó y tomó a Raúl por detrás. Con un rápido movimiento extrajo un punzón de su escondrijo de la manga y lo clavó en la espalda, entre las costillas. El dolor era tan punzante que no pudo gritar. El punzón golpeó una y otra vez, hasta que Raúl, con los pulmones destrozados e inundados de sangre, dejó de luchar y quedó inmóvil. Tonio lanzó el cuerpo inconsciente de Raúl sobre el camastro y lo ocultó de las miradas curiosas cubriéndolo con la manta. Tras esto, se marchó junto a sus secuaces, abandonando la celda como si no hubiese ocurrido nada. Nadie fue testigo, nadie vio nada, bds sabían que *meter las narices* en los asuntos de los demás no alargaba la esperanza de vida en la cárcel.

Transcurridas unas semanas

Nuria, Matilde y Antonio se encontraban en la ciudad de Ronda haciendo un recorrido turístico, tal y como había deseado Nuria cuando estaba convaleciente.

El juicio, tras haber transcurrido más de un mes, ya formaba parte del pasado de las muchachas, había quedado atrás, ahora era el momento de rehacer su vida poco a poco.

Llevaban todo el día caminando, recorriendo la ciudad, los pies comenzaban a entumecerse. Habían parado en la fuente de los “Ocho Caños” para refrescarse un poco.

Nuria comentó durante el recorrido que lo que peor llevaba era la posibilidad que algún día se encontrara con su agresor cara a cara, no sabía si lo podría soportar. A veces, soñaba con ello.

Matilde mucho más decidida que su amiga, lo tenía claro, si lo viese lo atropellaría con el coche sin pensarlo dos veces y, si iba a pie, lo empujaría al asfalto para que lo atropellasen. No cometería de nuevo la tontería de dejar las cosas en manos de la Justicia.

Después de escuchar los comentarios de las dos mujeres, Antonio creyó que éste era el momento más adecuado para mostrarlo. De su mochila sacó un recorte de periódico fechado el día siguiente al juicio. El trozo de papel contenía un artículo remarcado con rotulador rojo.

...”Asesinato en la Prisión:

La violencia extiende sus tentáculos hasta la prisión. En el día de ayer se produjo un nuevo caso de violencia entre rejas segando la vida de Raúl L. R.; un preso al que la fortuna le dio la espalda. Tal fue el infortunio de este desdichado que: ayer por la mañana fue absuelto de los cargos que se le imputaban, en el día de hoy sería liberado y ni siquiera tuvo la oportunidad de gozar de esos instantes de su preciada libertad. Ayer por la tarde, fue asesinado en la cárcel, en su propia celda, mientras hacía las maletas. Las rencillas entre bandas rivales están a la orden del día en las prisiones. El alcaide ha prometido reforzar las medidas de seguridad pero se queja que los presupuestos estatales no dan para más inversiones”...

Matilde y Nuria quedaron blancas tras leer el artículo.

-¿Por qué no nos lo dijiste antes? –preguntó Matilde con curiosidad.

-Simplemente porque prefería que pasase el tiempo y se apaciguasen los ánimos. La muerte de un ser humano nunca debe ser un motivo de júbilo para otros.

-Tenías que haber estado en el juicio para ver como lo manipularon todo para que pareciese un santo.

-Me lo puedo imaginar. En verdad, me hubiese gustado estar allí, al lado vuestro, dándoros ánimos pero mi trabajo me lo impedía.

-¿De qué trabajas? –preguntó Matilde llena de curiosidad.

Antonio sacó una tarjeta de su cartera y se la dio a Matilde.

-Aquí tienes, guárdala por si alguna vez necesitas contactar conmigo.

La muchacha leyó la tarjeta:

-“Antonio García Pelayo –Juez- “.

-Si tú eres juez podías haber presidido el juicio de Nuria o haber hablado con tu colega para que condenase a ese cerdo. Así no habría existido nunca la posibilidad de que declarasen el juicio nulo.

-No, la ética profesional me lo prohíbe. Además, yo no soy juez de juicios, mi responsabilidad radica únicamente en estudiar y conceder los casos de solicitud de Libertad Provisional de los presos, es un cometido totalmente diferente a un juicio –aclaró Antonio-. Bueno..., ya conocéis cual fue el destino del desdichado. Ahora podéis dormir tranquilas, jamás os lo volveréis a encontrar en ningún lugar y nunca jamás podrá hacerle a nadie lo que le hizo a Nuria. Así que, hagamos todos un esfuerzo por olvidar este lamentable episodio de nuestras vidas y dejemos que, aquellos malos momentos queden en nuestras mentes para siempre como simples recuerdos difusos.

FIN

Índice

1. Ellos.....	3
2. Los problemas.....	9
3. El encuentro	15
4. La compañía.....	22
5. Lo que aconteció.....	29
6. La identificación.....	35
7. El comienzo.....	42
8. La decisión.....	49
9. La búsqueda.....	55
10. La acusación.....	62
11. El juicio.....	69
12. La sentencia.....	77
Epílogo.....	84
Índice.....	86